

JOSTEIN GAARDER



La Tierra de Ana

Una fábula sobre el medioambiente
y el clima de nuestro planeta

Siruela

LA TIERRA DE ANA

Una fábula sobre el medioambiente
y el clima de nuestro planeta

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Las Tres Edades Biblioteca Gaarder

Índice

Cubierta
Portadilla
La Tierra de Ana
Paseo en trineo
El doctor Benjamín
El terminal
Luces de emergencia
La bisabuela
Las cajas rojas
El paraguas
El petróleo
Los dromedarios
Archivo
Caravana
Las listas rojas
Noche de invierno
Patrimonio de la humanidad
Los globos
La piscina
Los tulipanes
La llave de contacto
Los senderos
La granja de verano
Cuotas de emisiones
Una nueva oportunidad
Los coches blancos
La rana
Los autómatas verdes
Gamificación
Bonitas casas de fin de semana
El anillo de Aladino
El Tribunal Internacional del Clima
Las manoplas
El parque zoológico
Identidad
El planeta
Carta en la red

Un error de lógica
El bisabuelo
El pueblo
Ester
Páginas web de interés
Premios Sofía
Créditos

La Tierra de Ana

Paseo en trineo

Desde que era capaz de recordar, en Nochevieja las familias del pueblo subían en trineo hasta las granjas de verano. Los caballos se almohazaban y se adornaban para recibir el nuevo año, y en los trineos se colgaban cascabeles y se ponían antorchas encendidas para iluminar la oscuridad de la noche. Algunos años, una máquina de abrir pistas de esquí subía antes para que los caballos no patinaran en la nieve suelta. Lo importante era llegar a la montaña cada Nochevieja no en esquís o en moto de nieve, sino en caballo y trineo. La Navidad era mágica en sí, pero el viaje en trineo hasta las granjas de verano arriba en la montaña era la verdadera aventura del invierno.

Todo era diferente en Nochevieja. Niños y adultos revueltos. Era el único día del año en el que las familias se mezclaban por completo. En solo el transcurso de una noche se salía de un año y se entraba en otro. Se pisaba una frontera invisible entre lo que había sido y lo que vendría. *¡Feliz Año Nuevo! ¡Gracias por todo, en este año que acaba!*

A Ana le encantaba la Nochevieja, y era incapaz de decidirse por lo que más le gustaba de todo: si subir a la granja de verano para celebrar lo poco que quedaba de año o si el camino de regreso, bajar de nuevo al pueblo bien envuelta en una manta de lana y con el cálido brazo de su madre, de su padre o de algún vecino rodeándole el hombro.

Pero en la Nochevieja del año en el que Ana cumplió 10 años no había caído nada de nieve, ni arriba en las alturas ni abajo en el pueblo. La helada se había agarrado ya al paisaje, pero salvo alguna pequeña mancha aquí y allá, la montaña estaba desnuda, sin nada de nieve. Incluso el imponente pico estaba vergonzosamente desnudo bajo el cielo abierto, despojado de su blanco abrigo de invierno.

Entre los adultos se murmuraba algo sobre «calentamiento global» y «cambio climático», y Ana se fijó en estas nuevas palabras. Por primera vez en su vida tuvo una ligera noción de que el mundo se estaba deteriorando.

Pero nada ni nadie les impediría subir a la montaña en Nochevieja, y el único medio de transporte posible era el *tractor*. Además, este año la visita tradicional a las granjas de verano tendría que hacerse durante el día porque, sin nieve en la montaña, la Nochevieja sería tan oscura que no se vería absolutamente nada. Ni siquiera las antorchas serían de mucha ayuda, y además estas tendrían un aspecto ridículo en los tractores o remolques.

En consecuencia, temprano el día de Nochevieja, cinco tractores subían a paso de tortuga por el bosque de abedules camino de la montaña, cargados de buena comida y bebida. Con nieve o sin ella, había que conseguir a toda costa un brindis por el año nuevo y algunos juegos en el suelo helado.

En estas Navidades no solo se hablaba de la ausencia de nieve. Después de Nochebuena, se había visto en un par de ocasiones renos salvajes abajo en el pueblo

junto a las granjas, y se bromeaba con que Papá Noel se habría olvidado de algunos de sus renos tras repartir los regalos en Nochebuena.

Ana comprendió que esto de los renos era algo aterrador e inquietante. Nunca hasta entonces había ocurrido que renos salvajes bajaran hasta las poblaciones. En una granja intentaron alimentar a uno de ellos muerto de miedo, y en los periódicos salieron fotos: «Renos salvajes ocupan los pueblos de la montaña».

Un cortejo de tractores con remolque subía hacia la montaña el último día de diciembre, y Ana, junto con otros niños, iba sentada en el primero de ellos. Cuanto más subían, más vidrioso se iba volviendo el paisaje helado, lo que significaba que había llovido justo antes de llegar la helada, silenciando todo lo que fluía.

Descubrieron el cuerpo de un animal en la cuneta, y todos los tractores se detuvieron. El animal muerto era un reno, estaba congelado. Uno de los hombres explicó que había muerto por falta de comida.

Ana no lo entendió bien. Pero un poco más tarde llegaron arriba y vio que todo el paisaje estaba helado. No era posible desprender ni una piedrecita, ni restos de ninguna planta del agarre de la helada.

Pasaron junto al lago Brea, y allí los cinco tractores se detuvieron de nuevo. Esta vez los conductores incluso apagaron los motores. Dijeron que el hielo era seguro, y tanto niños como adultos salieron disparados hacia el lago. El hielo era transparente y la alegría se fue transmitiendo de unos a otros al descubrir que podían ver las truchas nadando bajo el hielo.

Sacaron pelotas y balones, palos de bandy y tablas para deslizarse. Pero Ana se apartó un poco de los demás y se puso a andar por la orilla, mirando el brezo congelado. Debajo de una fina capa de hielo podía ver musgo y líquenes, camarina negra y gayubas con hojas de un intenso color rojo. Era todo muy bonito, como si hubiese llegado a un mundo más noble y más refinado que el suyo. Pero al instante descubrió un ratón muerto... y luego otro. Y debajo de un arbusto encontró también un lemming muerto. Entonces Ana comprendió, y de repente todo lo que le había parecido un hermoso cuento había terminado. Ella sabía que en invierno los ratones y los lemmings vivían entre arbustos y maleza, debajo de suaves edredones de nieve en la montaña. Pero cuando no había suaves edredones de nieve, la supervivencia ya no resultaba fácil a los lemmings y ratones.

Ana entendió por qué los renos salvajes bajaban de la montaña. Y no tenía nada que ver con Papá Noel.

El doctor Benjamín

Seis años después, Ana está sentada con sus padres en la antigua casa de troncos de madera. Hace horas que oscureció, y su padre ha encendido todas las velas que hay sobre la repisa de la chimenea y en el alféizar. Es 10 de diciembre y solo faltan dos días para que ella cumpla 16 años.

Sus padres están sentados en el sofá mirando la televisión. Están viendo una película sobre el Pacífico, un cuento para mayores de la época de los veleros. ¿O es un documental sobre uno de esos capitanes famosos del siglo XVIII? Ana no está segura, solo lo sigue a medias.

Está sentada delante de la mesa de comedor mirando de reojo las imágenes del Pacífico que se ven en la pantalla. Tiene en la mano unas grandes tijeras y está recortando algo de un montón de periódicos.

En el mes de agosto, Ana había empezado el primer curso del bachillerato, y al cabo de solo unos días conoció a Jonás, que iba un curso por delante de ella. Desde el primer momento hicieron buenas migas y durante unos días estuvieron jugando a ser novios, casi como un juego de rol; pero poco a poco se fueron dando cuenta de que eran novios de verdad.

Ana tenía delante una taza grande de té y sonreía hacia sus adentros. ¡Con qué rapidez podía cambiar la vida!

Para algo sí estaba bien preparada. ¡Hoy había recibido por fin el viejo anillo que había pertenecido a la tía Sunniva! Desde hacía mucho tiempo sabía que lo iba a heredar cuando cumpliera 16 años. Pero la entrega había tenido lugar este día, porque su madre se iba de viaje temprano a la mañana siguiente para participar en un congreso. Prepararon una cena especial. Su madre había comprado en la pastelería una tarta de mazapán con una rosa roja encima, y después de la cena, entregaron a Ana el anillo con el antiguo rubí guardado en un viejo joyero. Ana lo llevó puesto toda la noche, y mientras recortaba los periódicos miraba el valioso anillo cuatro o cinco veces por minuto.

La joya tenía más de cien años, algunos opinaban que muchos cientos, y encerraba un montón de emocionantes historias.

En su decimosexto cumpleaños le habían regalado además ese nuevo smartphone que tanto deseaba. Pero, por muy estupendo que fuera, había quedado un poco ensombrecido por esa magnífica pieza heredada. Por otro lado, era increíble que con solo tocar la pantalla tuviera acceso a todo Internet.

Sin embargo, lo más curioso de este otoño había sido el viaje a Oslo a mediados de octubre, aunque todo había empezado un poco antes.

Desde que Ana era pequeña, le decían siempre que tenía una imaginación muy viva. Si le preguntaban en qué estaba pensando, era capaz de explayarse con interminables historias, y nadie veía nada malo en ello. Pero esa primavera empezaron a aparecer algunas historias que en la mente de Ana se vivían como verdaderas y reales. Ella pensaba que se trataba de algo que recibía tal vez de otros tiempos, o incluso de otra realidad.

Al final, se dejó convencer para mantener unas charlas con una psicóloga, y esas charlas continuaron durante el otoño. La psicóloga le dijo que le gustaría que la examinara un psiquiatra de Oslo. Ana no tenía nada que objetar al respecto. No le parecía que tuviera nada de qué avergonzarse, e incluso estaba dispuesta a considerar un honor ser examinada por un psiquiatra.

Pero exigió viajar sin sus padres, y Jonás se ofreció a acompañarla. No obstante, sus padres insistieron en que uno de los dos la acompañaría. Se llegó entonces a una solución intermedia: iría con Jonás, pero también los acompañaría su madre si les prometía viajar en otro vagón del tren.

A primera hora de la tarde, los tres viajeros acudieron al Hospital General, donde Ana tenía cita con el psiquiatra. A los otros dos no se les permitió entrar en la consulta, al menos no al principio, y Ana se dio cuenta de que su madre lo sintió como una gran derrota. Le habría gustado mucho participar en ese examen del alma de su hija, pero tuvo que resignarse a permanecer con Jonás en la sala de espera.

A Ana el doctor Benjamín le cayó bien desde el primer momento. Era un hombre de entre 50 y 60 años, con el pelo largo y algo canoso recogido en una coleta. En el lóbulo de una oreja llevaba una minúscula estrella de color azul violeta, y del bolsillo del pecho de la americana negra asomaba un rotulador rojo. Tenía una mirada chistosa y la observaba todo el rato con gran interés mientras hablaban.

Ana se acordó de lo primero que le dijo el psiquiatra después de que se hubiesen saludado y cerrado la puerta de la sala de espera. Le dijo que tenía suerte ese día, porque de repente habían cancelado la cita inmediatamente siguiente a la suya. Así podrían estar más tiempo juntos.

El sol entraba en la habitación pintada de blanco, y Ana miró hacia fuera, a las hojas rojas y amarillas de los árboles. En un momento, en el transcurso de la conversación, vio una ardilla subiendo y bajando de un pino a gran velocidad.

–*Sciurus vulgaris* –exclamó Ana–. O ardilla común. Pero en Inglaterra ya no es tan común. Allí la ardilla rojiza está siendo sustituida por la ardilla gris americana.

El psiquiatra la miró asombrado, y Ana pensó que tal vez lo hubiera impresionado con sus conocimientos de la naturaleza. Cuando él se volvió en el sillón para ver a la ardilla, ella se fijó en la fotografía de una mujer muy hermosa en un marco rojo colocado sobre

el escritorio. ¿Su hija o su esposa? Ana decidió preguntarle, pero al instante él se volvió de nuevo, haciendo sombra a la foto, y ella se olvidó del tema.

Ana se había preguntado cómo sería un examen psiquiátrico. No resultaba fácil imaginarse que un psiquiatra le mirara el interior de la cabeza, pensaba que sobre todo le escrutaría los ojos con un instrumento óptico, porque se decía que los ojos eran el espejo del alma. Se había imaginado que tal vez también intentara verle la cabeza a través de los oídos, la nariz o la boca, porque un psiquiatra es un médico de verdad, y no solo un psicólogo. Ana no sabía hasta qué punto creía en esas fantasías, solo habían dado vueltas en su cabeza como pequeños fragmentos de película, pero de lo que sí tenía verdadero miedo era de que él la hipnotizara para conseguir vaciarle el alma de todos sus secretos. Esperaba poder librarse de la hipnosis, porque no le gustaba la idea de perder el control de sí misma y revelar *todos* sus secretos. Más valdría que el psiquiatra se empleara a fondo con sus instrumentos.

¡Pero se habían limitado a charlar! El psiquiatra le hizo muchas preguntas interesantes y la conversación se animó tanto que Ana se permitió hacerle algunas preguntas a él. ¿Qué tal él? ¿También le ocurrían de vez en cuando historias curiosas que podía compartir con su entorno? ¿También había soñado alguna vez que era otra persona? Y, por cierto, ¿sus sueños habían resultado ser reales en alguna ocasión?

Al cabo de un buen rato, el doctor Benjamín resumió la conversación.

—Ana —dijo—, no veo ningún indicio de que estés enferma. Tienes una imaginación inusualmente poderosa, y una curiosa capacidad de imaginarte situaciones que no has vivido. Eso puede resultarte agotador a veces, pero no es una enfermedad.

Lo mismo pensaba ella. Estaba cien por cien segura de no padecer ninguna enfermedad. Por si acaso, le recordó no obstante al médico que a veces se creía sus propias imaginaciones. Dijo tener la sensación de que cosas que ella pensaba e imaginaba no era algo que naciera dentro de ella, sino algo que le llegaba de fuera.

El psiquiatra asintió con la cabeza.

—Creo haberlo entendido —dijo—. Puedes tener una imaginación tan desbordante que te resulta imposible creer que eres tú quien ha inventado todo. Pero tener imaginación es una cualidad humana que en mayor o menor grado todo el mundo posee. Todos sueñan. Lo que ocurre es que no todo el mundo se acuerda a la mañana siguiente de lo que ha soñado. Es sobre todo en este punto en el que al parecer tú tienes una capacidad fuera de lo normal. Traes contigo lo que sueñas por la noche...

Ana se había esmerado en poner todas las cartas sobre la mesa.

—Pero, al mismo tiempo, algunas veces tengo la sensación de que los sueños me llegan de otra realidad o de otros tiempos.

El psiquiatra volvió a asentir con la cabeza.

—También la capacidad de tener distintas ideas sobre lo religioso es algo que subyace en lo más profundo de nuestra naturaleza. Siempre ha habido personas que han tenido la experiencia de haber estado en contacto con poderes sobrenaturales, como dioses,

ángeles o antepasados. Algunos incluso han afirmado haber visto con sus propios ojos seres más o menos sobrenaturales. Esta capacidad de creer puede resultar más intensa en unas personas que en otras. Lo mismo ocurre con otras clases de diferencias entre los seres humanos. Algunos son mejores que la gran mayoría en ajedrez o en cálculo mental. Otros son casi insuperables en cuanto a imaginación o ideas religiosas, y en esta categoría es probable que Ana Nyrud se encuentre entre los mejores.

Ana volvió a mirar la luz del sol, que brillaba en las hojas polícromas de los árboles.

—Sin embargo, si creyeras que todas las abejas o abejorros de tu jardín están dirigidos por la CIA y que zumban por tu casa con el único fin de espiarte, entonces puede que padecieras una grave enfermedad mental.

Ella lo interrumpió:

—¿Cómo sabes que vivo en un jardín?

—Al parecer, en una ocasión le dijiste a tu psicóloga que no te gustaría encontrarte con un *reno* en tu jardín.

Ana se rio.

—Ella no tiene la más remota idea de lo que hablaba, le tengo mucho cariño a ese jardín. Y las abejas...

—¿Sí?

—Las abejas son naturaleza como tú y como yo. Claro que no están dirigidas por la CIA. Están dirigidas por sus propios genes. Considero, además, que son una especie de representantes de la Madre Tierra.

—Exacto —dijo el hombre de la coleta—. Y lo que estás diciendo no se puede tachar de idea estrambótica, o lo que en el lenguaje profesional solemos llamar «pensamiento singular».

Mientras hablaban, el psiquiatra echaba de vez en cuando un vistazo a la pantalla del ordenador. Ahora volvió a hacerlo, y ella se dio cuenta de que el documento que miraba debía de ser un extenso informe de la psicóloga del pueblo de Ana. Él le preguntó:

—¿Tienes miedo de algo en particular, Ana?

—Del calentamiento global —se apresuró a responder ella.

El reflexivo psiquiatra se sobresaltó imperceptiblemente. Sin duda era un médico experimentado. Solo esa vez pareció sorprenderse de la respuesta dada por Ana, y volvió a preguntar:

—¿Qué acabas de decir?

—Quiero decir que tengo miedo al cambio climático provocado por los seres humanos. Tengo miedo a que quienes vivimos ahora pongamos en peligro el clima y el medioambiente del planeta, sin tener en consideración a los que vendrán después de nosotros.

El psiquiatra vaciló unos instantes antes de contestar:

—Y tal vez sea un miedo real, un miedo del que por desgracia yo no voy a poder librarte. Si me hubieras dicho que tienes miedo a las arañas, habría sido algo distinto. En

estos casos solemos hablar de «fobias», y entonces podría ser conveniente un tratamiento como, por ejemplo, ir habituando gradualmente al paciente a aquello a lo que tiene miedo. Pero no tratamos el miedo de un paciente al calentamiento global.

Ella lo miró a los ojos y volvió a mirar de reojo la estrella que el doctor llevaba en el lóbulo de la oreja.

—¿Eres consciente de cuántos miles de millones de toneladas de CO₂ han sido emitidas por los seres humanos a la atmósfera solo en el transcurso de las últimas décadas?

Para gran sorpresa de Ana, el psiquiatra respondió a la pregunta sin pensárselo un segundo:

—Creo que hoy en día hay alrededor del 40% más de CO₂ en la atmósfera de lo que había antes de que empezáramos a quemar en serio petróleo, carbón y gas, a talar los bosques y a llevar a cabo una explotación agrícola tan intensa como la que llevamos a cabo hoy en día. Hace más de 600.000 años que el nivel de CO₂ no es tan alto como hoy, y la causa es, como sabemos, las emisiones causadas por los seres humanos.

Ana estaba impresionada. No había mucha gente tan enterada de cuestiones como estas, por muy importantes que fueran. Levantó el pulgar y dijo:

—Hay ya tantos gases de efecto invernadero ahí fuera que nadie puede predecir las consecuencias que tendrá para el clima y el medioambiente del planeta. Y las emisiones no hacen sino continuar...

El doctor Benjamín había apoyado las palmas de las manos en el escritorio delante de él, y por uno o dos segundos permaneció medio inclinado hacia delante mirando la mesa, antes de volver a mirar a Ana. Entonces, con una expresión algo desconcertada, dijo:

—Nos hemos alejado algo de lo que es mi especialidad aquí en el hospital. Pero puedo decirte que yo también siento cierta preocupación por toda esa combustión de carbono y las consecuencias que esto puede tener para la vida en la Tierra. Aunque tal vez estos temas no estén tan alejados de la psiquiatría...

El doctor vaciló y Ana dijo:

—Continúa, sigo aquí.

—Me he preguntado a mí mismo si no vivimos en una cultura que *reprime* algunas verdades básicas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Algunas cosas nos resultan tan incómodas que, en lugar de pensar en ellas, intentamos olvidarlas.

—Exacto. A eso me refiero.

Ana tuvo una repentina ocurrencia sin saber por qué; fue algo que le llegó como metiéndose en su cabeza desde otra realidad diferente a aquella en la que se encontraba en ese momento, y se oyó decir a sí misma:

—¿Qué dirías si te dijera que tengo miedo a los árabes?

El psiquiatra se echó a reír.

—En ese caso te sugeriría que trataras de vez en cuando con árabes. Creo que ese sería el tratamiento más eficaz.

–Estupendo.

–Pero, como te digo, no tratamos la inquietud del paciente por el calentamiento global. Quizá deberíamos buscar una especie de receta para combatir la *falta* de preocupación por el calentamiento global, para que no nos vayamos habituando poco a poco a esa amenaza. Tenemos que procurar quitarnos de encima esa amenaza.

Desde el primer momento, Ana tenía la sensación de que el psiquiatra le hablaba como a una adulta, y eso le gustó mucho. Le había hablado como a un igual. Y sin embargo se sorprendió un poco cuando él, hacia el final de la conversación, quiso saber si ella pertenecía a alguna organización medioambiental. Era una pregunta inesperada en la consulta de un médico. Pero era ella quien había empezado a hablar del cambio climático provocado por los seres humanos.

Ana respondió que donde ella vivía no existía ninguna organización de este tipo. Allí casi todo tenía que ver con el colegio y con el trabajo, con la reparación del coche y de la moto y, desde luego, con los fines de semana, fiestas y borracheras.

–Ese joven que te ha acompañado hasta aquí, ¿es acaso tu hermano?

Ella se rio.

–No, no, es Jonás. Solo es mi novio.

A ella le pareció muy bien expresado: «Solo es mi novio».

Él se rio.

–¿También a Jonás le preocupan las cuestiones climáticas?

Ana contestó:

–Va a segundo de bachillerato y ya tiene Física, Química y Biología. ¡Con eso se *aprende* un poco del mundo!, ¿sabes?

–Ya lo creo.

–En realidad, las cuestiones sobre el calentamiento global no tienen mucho que ver con opiniones personales. O has aprendido y entendido, o vives en la ignorancia.

–Creo que tienes mucha razón, Ana. No me extrañaría que menos del 1% de la población de este país fuera capaz de explicar el equilibrio del ciclo del carbono.

Ana se estremeció. Lo del *equilibrio del ciclo del carbono* era algo de lo que hacía poco había hablado con Jonás. Además, había hecho un trabajo sobre el calentamiento global cuando estaba en décimo. Dijo:

–¿Tú sí sabes? ¿Sabes explicar lo del equilibrio del ciclo del carbono?

El amable médico de almas hizo entonces a Ana una breve introducción, mientras apagaba el ordenador y recogía algunos papeles del escritorio. Primero dijo unas palabras sobre el ciclo que realiza el CO₂ en la naturaleza viva. Las plantas extraen CO₂ del aire mediante la fotosíntesis, uniendo de esta manera el carbono a los organismos vivos, mientras el mismo gas se libera al aire a través de la respiración de los animales y la desintegración del material orgánico. Por *equilibrio del ciclo del carbono* se refería sobre todo al singular equilibrio entre la cantidad de CO₂ que llega a la atmósfera con las erupciones volcánicas y la que se descompone a causa de los vientos y las lluvias, para

acabar ligada a la corteza terrestre. Esa cantidad había sido casi constante durante cientos de miles de años, y los seres humanos no tenían ninguna influencia sobre ese ciclo, de modo que podían olvidarse de él.

—...Y también, todo el carbono que durante millones de años ha estado almacenado en petróleo, carbón y gas ha estado «aparcado» y sacado del ciclo. Pero este equilibrio tan sutil... —continuó diciendo él.

Ana se le anticipó:

—...este equilibrio tan sutil ha sido alterado por los seres humanos quemando petróleo, carbón y gas, por lo que grandes cantidades de CO₂ han entrado en la atmósfera.

—Eso es exactamente lo que iba a decir. Aunque la cantidad de CO₂ que se libera a causa de la actividad humana supone solo una fracción de lo que está circulando por el ciclo natural, constituye un excedente de residuos que la naturaleza no consigue encerrar en la corteza terrestre, razón por la que cada vez hay mayores cantidades de CO₂ en la atmósfera.

—Porque se amontona —dijo Ana.

—Exacto. Creo que tú sabes esto tan bien como yo. Si todos los días comes unas cuantas calorías más de las que tu cuerpo necesita para realizar sus funciones, empezarás a engordar poco a poco. De la misma manera, la atmósfera «engorda» cada vez más de CO₂.

—Y entonces la Tierra se calienta. Cuanto más CO₂ hay en la atmósfera de la Tierra, más calor hace. Luego, el hielo y los glaciares se derriten y eso empeora aún más la situación, porque la nieve y el hielo reflejan la mayor parte de la luz solar, lo que no hacen los océanos y las montañas. De manera que la Tierra se calienta cada vez más...

—Así es. Es lo que llamamos *retroalimentación positiva*.

—...que puede dar lugar a que la tierra helada de las tundras se derrita. Entonces se emite a la atmósfera tanto metano como CO₂. También el metano es un poderoso gas de efecto invernadero, y el calentamiento de la Tierra continúa. Así se produce más vapor de agua en la atmósfera, y la temperatura sube cada vez más. Ahora le toca al hielo de Groenlandia, y tal vez al de la Antártida...

El doctor Benjamín levantó una mano, y Ana entendió que pretendía detenerla. Pero ella no podía dejar escapar esa oportunidad de decirlo todo. Añadió:

—El efecto invernadero puede llegar a ser tremendo, y en el peor de los casos la temperatura media del planeta puede llegar a aumentar entre 6 y 8 grados. Entonces se derretirá todo el hielo que hay en este planeta y el mar subirá decenas de metros... En la mitología nórdica tenían una palabra especial para lo que puede ocurrir en la Tierra. Al fin del mundo lo llamaban *Ragnarok*.

El doctor Benjamín se había levantado para despedirse y acompañarla hasta la puerta. Pero antes de abrirla dijo:

—Tal vez Jonás y tú deberíais fundar una organización medioambiental. Me refiero a un pequeño tigre irascible en vuestro entorno local. Eso sería lo mejor que podrías hacer

para convivir con tu miedo a los estragos del clima. A la larga no es nada sano dejar que el miedo siga dentro de uno, pues podría quedarse ahí royendo, y ahora hablo de nuevo como psiquiatra. Si tuviera que darte un consejo, sería que te abras al mundo.

Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una tarjeta de visita.

—Lláname o envíame un correo electrónico si hay algo que te gustaría discutir. Mis hijos ya no viven en casa, de modo que tengo tiempo, si quieres ponerte en contacto conmigo.

Cuando salieron a la sala de espera, el simpático psiquiatra saludó a la madre de Ana y a Jonás con un apretón de manos. Miró a ambos y dijo:

—Quizá deba daros las gracias por haberme prestado a Ana. He de decir que sois afortunados por tener cerca una fuente de saber como ella todos los días.

La madre de Ana se quedó tan perpleja que lo saludó flexionando las rodillas. En el tranvía que los llevaba al centro preguntó por qué llevaba el psiquiatra una estrella en el lóbulo de la oreja, como si Ana pudiera saberlo. Pero, claro, ni su madre ni Jonás sabían de lo que habían hablado ella y el doctor Benjamín. De modo que podía inventarse lo que le diera la gana.

—Lleva una estrella en la oreja porque sabe que vivimos en un planeta frágil en órbita alrededor de una estrella en el espacio. No todo el mundo lo sabe, y solo los que lo saben tienen derecho a llevar una estrella azul en la oreja.

Su madre y Jonás la miraron boquiabiertos, entonces Ana añadió:

—Como podéis suponer, un hombre adulto no se pone una estrella en el lóbulo de la oreja si no es consciente de vivir en un cuerpo celeste.

La madre volvió a casa en el tren de la tarde, y Ana y Jonás se quedaron paseando cogidos de la mano por las calles de la capital, y volvieron en el tren de la noche. Estuvieron en el parque Vigeland y en los muelles de Aker, fueron a la casa medioambiental de la calle Grensen, donde tenían su sede muchas organizaciones de este tipo. Ya en el tren se pusieron a hacer planes para esa organización medioambiental que habían decidido fundar. A Jonás le había parecido una buena idea.

Al principio, él se encargaría sobre todo de reclutar activistas. Fue una sugerencia de Ana, porque ella sabía que Jonás era considerado el chico más guapo del instituto, y pensaba que al menos conseguiría reclutar a muchas chicas sin tener que esforzarse mucho. Jonás se rio:

—Pero no vamos a formar un grupo de chicas.

—Claro que no. Pero si tú consigues reunir a unas cuantas chicas estupendas, no será tan difícil reclutar a chicos majos.

La tarea principal de Ana consistiría en recopilar de periódicos, revistas e Internet artículos sobre el clima y el medioambiente. Por esa razón estaba buscando recortes de periódicos. Los últimos días se había publicado mucho sobre el clima a causa de una

fracasada cumbre sobre el clima en Qatar. Además, sería la encargada de recopilar todos los videoclips interesantes de YouTube, podcast y otros sitios de la red.

Ana dejó las tijeras y se sentó con sus padres delante del televisor. La película del Pacífico iba por una escena en la que el capitán Cook estaba contemplando un llamado tránsito de Venus en la paradisíaca isla de Tahití. Este tránsito del planeta Venus sucedía cuando pasaba directamente por delante del Sol, y era un fenómeno tan infrecuente que podían transcurrir más de cien años entre cada vez que tenía lugar. En la época del capitán Cook era muy importante observar este tránsito de Venus en varios puntos del planeta a la vez porque así, y solo así, los astrónomos lograrían calcular la extensión del sistema solar.

A Ana le parecía romántico que el capitán británico tuviera que ir a una exótica isla de los mares del sur para calcular la distancia a un planeta llamado igual que la diosa del amor. Y sin embargo, según la película, el capitán y su tripulación mostraron más interés por lo romántico y por las mujeres de la isla a la que habían llegado que por Venus y las distancias del espacio.

La música y los créditos de la película llegaron a su fin, y dieron comienzo las noticias de la televisión: se había concedido a la Unión Europea el Premio Nobel de la Paz. Por ese motivo se habían reunido en Oslo veintiún dirigentes de Estado... Una cooperante noruega había sido tomada como rehén en la zona fronteriza entre Kenia y Somalia. Se llamaba Ester Antonsen y trabajaba para el Programa Mundial de Alimentos...

Ana dio las buenas noches a sus padres y subió a su habitación llevando consigo los recortes de periódico y su nuevo teléfono. No necesitaba poner la alarma del despertador porque el día siguiente era día de planificación para los profesores y los alumnos no tenían clase. Pero había prometido a Jonás llamarlo nada más despertarse.

Había sido un día especial. Había heredado el viejo anillo de la tía Sunniva. Le habían regalado ese modernísimo teléfono móvil que sería la envidia de medio instituto. Había cogido viejos periódicos y recortado de ellos todo lo que había encontrado sobre el clima y el medioambiente. ¡Y pasado mañana cumpliría 16 años!

Ana se preguntó con qué soñaría esta noche. Sabía que, nada más dormirse, su alma podría meterse de lleno en otra realidad.

El terminal

Abre los ojos y se llama Nova. Todo lo siente como nuevo y distinto.

Se incorpora en la cama y en ese momento una cálida luz sale de la mesilla de noche. Al intentar alcanzar el aparato, este luce con más fuerza, y cuando tiene ya el pequeño terminal entre las manos, se coloca en modo de uso. En la pantalla pone: sábado 12 diciembre 2082.

Vé los contornos de la habitación en la que ha dormido. Las paredes son rojas como la sangre. Vé cómo la lluvia lava la estrecha ventana que sube desde el suelo de madera hasta una moldura azul, debajo del techo abuhardillado.

Suena un «plin» en el aparato y en la pantalla aparece un pequeño mono con los ojos redondos como platos. Significa otro primate confirmado como extinguido. En la naturaleza este animal desapareció hace tiempo, porque todo el ecosistema del mono llamado *Saguineus oedipus* está quemado y reseco. Ahora también ha muerto el último ejemplar en cautividad. Es una pena. Es trágico.

Vuelve a sonar otro «plin». Sale una iguana, también ella de Sudamérica. Declarada extinta.

Nota cómo le arden las mejillas. Pero está indefensa, porque el terminal que lleva en la mano se mueve de nuevo y aparecen unas imágenes en vivo de un antílope africano. A partir de este momento, queda declarado extinto por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza también el ejemplar en cautiverio. Hace décadas que nadie ha visto grandes rebaños de antílopes, ñus y jirafas en lo que antaño se llamaba sabana africana. Y con los hervíboros también han desaparecido los grandes animales salvajes. En algunos parques zoológicos a lo largo y ancho del mundo han sobrevivido muchas especies, tanto de carnívoros como de herbívoros, pero también en cautividad se extinguen.

Hace mucho que instaló la App denominada ESPECIES PERDIDAS, que la mantiene informada sobre la pérdida de especies vegetales y animales. Por supuesto que puede desinstalarla y así quedar al margen de todo lo que ocurre a su alrededor en el mundo, pero considera una obligación como ser humano mantenerse informada sobre la constante destrucción de los hábitats de la Tierra. Está enfadada. Está muy cabreada, aunque no sirve de nada porque no hay nada que ella pueda hacer...

La causa aislada más importante de la extinción de tantas plantas y animales es el calentamiento global, que se desbocó hace unas décadas. Hace solo cien años este planeta era increíblemente hermoso. Pero en el transcurso del siglo de Nova, la Tierra ha perdido gran parte de su encanto. El mundo jamás volverá a ser el mismo. Hace muchos años que la gente dejó de emitir CO₂ a la atmósfera –¡qué tontería!– pero no es posible retirar los gases de efecto invernadero. El planeta ha atravesado varios umbrales decisivos. Ya no son las personas las que están detrás del calentamiento global. Los procesos de la Tierra funcionan ya por sus propios medios.

Nova toca la pantalla con un dedo y entra en EarthCam. Al mismo tiempo enciende la gran pantalla colocada en el techo abuhardillado encima de la cama. El aparato que lleva en la mano sirve de control remoto para la pantalla grande. Nova se incorpora en la cama y mira de reojo el planeta en el que se encuentra.

¿Cómo está el tiempo en el Polo Norte? Vé una imagen azul y resplandeciente del gran océano Ártico, y la habitación entera se llena de esa luz azul. El polo no tiene ni rastro de hielo y hoy apenas hace viento, solo unas cabrillas en el agua muestran que se trata de una imagen en vivo, y Nova ve incluso un trozo de la boya desde la

que graba la cámara. Hace ya unas décadas que se observó el último oso polar en la naturaleza, pero sigue habiendo unos cuantos ejemplares en cautividad.

¿Y cómo está la situación en el Pacífico o en el océano Índico? Muchas de las antiguas islas de coral están ya bajo el agua, Estados enteros han desaparecido en el mar. Solo unas balizas muestran dónde hubo tierra en tiempos. En algunas hay carteles que indican el lugar en el mar donde uno se encuentra: Las Maldivas, Kiribati, Tuvalu. En algunos puntos, Nova ve edificios de color marfil un metro o dos por debajo del agua cristalina. Son viejos templos, mezquitas e iglesias misioneras. Civilizaciones hundidas, paraísos exóticos de ayer.

¿Y cómo está la tundra de Siberia? Está hirviendo. Nova elige unas cámaras que ha visitado antes, mira fijamente la finísima pantalla de vídeo en el techo y le parece notar cómo sube el gas metano de la aguanieve y de los pantanos. Hará más calor...

Toca la pantalla del pequeño terminal y se abre un globo terráqueo actualizado, compuesto por imágenes de satélite recientes. El globo gira lentamente. ¿No son los continentes un poco más pequeños de lo que eran hace solo unos años? ¿El mar no ha dejado bajo el agua aún más ciudades portuarias? Las capas de hielo sobre Groenlandia y la Antártida son sin duda más finas que el año pasado.

¿Y cómo está la situación donde ella vive? Busca una cámara colocada en medio de la meseta de Hardanger. A pesar de estar ya cerca de fin de año, aún cuelgan algunas hojas en los abedules. Por encima de las copas de los árboles vuelan gaviotas y córvidos. Nova agranda el brezo y el sotobosque: un ratón de campo sale de un salto por entre los troncos blancos de los abedules, ¡y luego un zorro rojo va a atraparlo!

Algo queda de la naturaleza, pero no son más que restos de la diversidad, migas que caen de la mesa del rico. Lo que queda está bien, pero Nova se niega a contentarse con las migajas. Piensa que tiene derecho a que la naturaleza en la que vive esté intacta, no agujereada como un queso gruyère.

Decide ver imágenes y películas de principios del siglo durante lo que queda de día. No tarda más que unos segundos en poner un filtro. Pone el límite en el 12 de diciembre de 2012, lo que supone una severa restricción. A partir de ahora solo podrá bajar páginas web introducidas en la red antes de esa fecha. Es decir, que durante el resto del día solo podrá nadar en imágenes y vídeos de los parajes naturales del planeta anteriores al 12.12.2012. ¡Qué maravillosas eran todavía por aquel entonces algunas partes del mundo y qué bien se lo va a pasar ella hoy! Aprovecha para cerrar la App de la actualización constante de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza. Podrá volver a abrirla mañana. Para compensar, hará unos «plin» de más a la mañana siguiente, porque Nova no acepta la idea de que se declaren extintos un molusco o una violeta sin que ella sea informada al respecto. El que ponga el límite en el 12.12.2012 no es casual. Sabe que justo en esa época el ecosistema empezó a venirse abajo en serio. Además, era el decimosexto cumpleaños de su bisabuela.

Se pone a navegar en ARKIVE y empieza por los antropoides. Siente cosquillas en la tripa en cuanto salen los primeros videoclips de los chimpancés pigmeo. Son tan graciosos que Nova se echa a reír al verlos. ¡Eran animales y al mismo tiempo muy parecidos a los humanos! Eran además personalidades individuales, tan distintos unos de otros como nosotros. Entre los arbustos se mueven unas crías que juegan entre ellas más o menos como los niños de los humanos. ¡Imagina que hace solo unos años estas criaturas tan graciosas vivían en nuestro planeta! En la gran pantalla del techo ve también unos videoclips de gorilas. Los animales que Nova está contemplando constituyen el puente entre los humanos y el resto de la naturaleza. Algunos parecen muy tristes, tal vez porque entienden de algún modo que están en vías de extinción. Ahora han desaparecido y no volverán nunca. Nova también ve un par de videoclips de unos orangutanes pelirrojos. Son de Borneo y Sumatra. ¡Huy! ¡De repente es testigo de una mamá orangután pariendo una cría! Da la impresión de ser una criatura sana y llena de fuerza vital, pero puede que se trate de una de las últimas crías de orangután nacidas en la naturaleza...

Cuando su bisabuela era joven convivió con estas grabaciones de vídeo, fue entonces cuando se realizaron, y

luego se han podido ver en ARKIVE durante todos los años transcurridos. Pero Bisa, como la llaman, también ha hablado con gente que ha estado de safari en África viendo antropoides vivos con sus propios ojos. Al aire libre. En la naturaleza. Nunca más volverá a suceder. Nunca más un ser humano volverá a ver un antropoide vivo o un gorila en la naturaleza.

Nova ve películas. Se acomoda y sabe que puede elegir entre miles de maravillosas películas sobre la naturaleza. Elige una de la BBC, con David Attenborough de guía, y se queda boquiabierto mirando todas esas hermosísimas imágenes del mundo de ayer.

Está viendo unos cortos increíblemente bonitos de la vida que pulula alrededor de uno de los grandes bancos de coral. Ve corales, moluscos, cangrejos, algas marinas, tortugas y peces de todos los colores del arco iris. Es como si Dios hubiera pintado a mano cada uno de esos peces tan coloridos. Pero Nova es dolorosamente consciente de que todo lo que está contemplando en la gran pantalla ha desaparecido para siempre. Ya no hay bancos de coral —¡claro que no!—, ni existe ya esa multitud de peces de colores. El mar tiene demasiada acidez porque durante más de cien años fue obligado a tragarse millones y millones de toneladas de CO₂. ¡Ja! Es como si un diablillo hubiera estado conjurando en un rincón: ¡Ya está bien! ¡Dejad que todas esas hogueras de petróleo y carbón ahoguen la vertiginosa riqueza de especies!

Nova vuelve a mirar la pantalla del techo y se encuentra en lo que en un tiempo fue la selva tropical del Amazonas, hoy reducida a la sabana más grande del mundo. Mira una vieja película de culto sobre mariposas. Algunas de las especies, con sus insinuantes dibujos, son tan maravillosas que se le pone la carne de gallina, y sabe de sobra que la mayor parte de las especies existe hoy en día solo entre las miríadas de megabytes en los almacenes de datos.

Jamás han aparecido en las pantallas y displays del mundo tantas imágenes tan magníficas como hoy. Pero, por otra parte, tampoco ha habido nunca una escasez de naturaleza viva y diversidad tan grande como ahora.

Lee en la gran pantalla del techo lo que la gente escribía en los periódicos y en las redes sociales a principios de siglo. Todo lo que entonces estaba en Internet sigue disponible, todas las palabras, imágenes y música siguen colgadas en la electrosfera. Lee en uno de los artículos: «...no tenemos derecho a entregar a los que vienen detrás un planeta menos valioso que en el que nosotros hemos vivido...». Ojeando, se pasa a otro artículo: «Me imagino la tristeza de nuestros nietos y bisnietos, tanto por la pérdida de recursos como el gas y el petróleo como por la pérdida de la biodiversidad...».

Nova sacudió la cabeza. Avisos no faltaron.

Se pregunta si Bisa escribió algo cuando era joven. Si encuentra algo mientras tiene puesto el filtro, tiene que ser algo que la bisabuela subiera a la red antes de cumplir los 16. Busca por «Ana Nyrud». Intenta en varios buscadores, ¡y al final le sale algo en la pantalla! ¡Es un texto formulado como una carta para ella, para Nova!

Querida Nova:, pone. Se sobresalta, pero sigue leyendo: *no sé qué aspecto tendrá el mundo cuando leas esto. Pero tú sí lo sabes...*

¿Cómo es posible? La carta de la pantalla está fechada el 11 de diciembre de 2012, es decir, el día antes de que Bisa cumpliera 16 años, y solo un día antes del límite del filtro. ¿Pero cómo pudo Bisa escribir una carta a Nova más de cincuenta años antes de que esta naciera?

Comprueba el filtro. Está intacto. El terminal no recibe señales de la época posteriores a 12.12.12.

¿Cómo podría saber Bisa que más de cincuenta años después tendría una bisnieta llamada Nova? ¿Era vidente?

¿Acaso sigue siendo vidente?

Nova se levanta de la cama. Apaga la gran pantalla del techo pero sigue con el pequeño terminal en la mano.

Copia un archivo de sonido, también de principios de siglo.

Dice una voz de hombre: «...desde finales del siglo XVIII, las reservas de combustible fósil nos han estado tentando como el genio de la lámpara de Aladino. “Sacadme de la lámpara”, susurraba el carbono. Y nos dejamos tentar. Ahora intentamos obligar al genio a que vuelva a la lámpara...».

La lluvia azota la ventana. Nova se sienta debajo del techo abuhardillado e intenta mirar hacia fuera. A través de las gotas de lluvia ve la carretera general, donde hace muchos años hubo una gasolinera. Siguen allí unas ruinas de hormigón y barras de hierro oxidadas. Ya casi no pasan coches por el valle, pero sí caravanas de árabes con sus camellos y dromedarios. El norte de África y el Medio Oriente ya no son habitables, y miles de refugiados climáticos de esa parte del mundo suben hacia el norte para establecerse en el noroeste de Noruega.

Nova se arrodilla y aprieta la cara contra la ventana. Ahora ve mejor. Abajo, en la lluvia, hay un pequeño grupo de personas y tres dromedarios cargados hasta los topes. Sale humo de una hoguera...

Luces de emergencia

Ana se medio despertó con las sirenas de un coche patrulla. Entreabrió los ojos y vio que las luces azules de emergencia iluminaban por un instante la habitación. No quería que nada la despertara en este momento, no *podía* despertarse en este momento. Estaba soñando algo importante y tenía que volver al sueño y arreglar algo...

No era la primera vez que la despertaba un coche patrulla. Hacía solo unas semanas Jonás había dormido en la fría habitación de los cojines. La habitación había recibido ese nombre porque el sofá estaba cubierto por un montón de cojines que la vieja tía Sunniva había bordado. Todos los cojines tenían motivos que ilustraban antiguos y queridos cuentos populares. Cuando Ana era pequeña, se recreaba una y otra vez en cada uno de los cojines, o en cada una de las figuritas más diminutas; y cuando era aún más pequeña, sus padres le contaban cuentos acerca de los cojines. Casi todas las noches uno de los dos le contaba un cuento de cojín. Ana era bastante mayorcita cuando fue por fin capaz de separar dos palabras tan emparentadas para ella como «cuento» y «cojín».

Pero la última vez que Jonás se quedó a dormir, todos fueron despertados en medio de la noche por sirenas ululantes de un sinfín de coches patrulla, y los coches no se contentaron con pasar sin más, sino que además se pararon en la carretera. Ana y Jonás no tuvieron que despertarse el uno al otro. Se tropezaron en el pasillo antes de bajar a toda prisa por la escalera para salir juntos en mitad de la noche. Unos segundos después acudieron sus padres corriendo.

Más coches patrulla seguían llegando por ambos extremos del valle. Eran coches de policía, ambulancias y coches de bomberos. Con los nítidos flashes de luz azul vislumbraron el contorno de un camión cisterna que había volcado en la carretera, que era como una pista de hielo. Entonces la policía les cerró el paso al recinto. Luego supieron que había gran peligro de explosión e incendio, porque el camión volcado llevaba miles de litros de gasolina, y los bomberos estaban rociándolo con espuma. Un inspector de la policía les gritó, como si estuviera enfadado:

—¡Retroceded! ¡Daos la vuelta, maldita sea!

Se dieron la vuelta. Al principio se quedaron en el jardín observando el jaleo, y más tarde Ana y Jonás entraron en la cocina a escuchar las noticias en la radio mientras su madre preparaba un chocolate caliente y su padre fumaba en pipa sentado delante de la chimenea.

Esa noche Ana no se dejó despertar por la sirena de un coche patrulla. Ella estaba de misión en otro mundo. Estaba de servicio. Ya se había dormido de nuevo y regresado al sueño.

La bisabuela

Llaman a la puerta, alguien entra como flotando en la habitación. Nova se vuelve y descubre a Bisa. Lleva una bata, un kimono azul.

Nova se incorpora, se sienta en el borde de la cama y mira a la anciana. Hay en ella algo familiar, algo que reconoce, pero también percibe algo misterioso y desconocido. Tiene la cara pequeña y arrugada. Es el cumpleaños de Bisa. ¡Hoy cumple 86 años!

Pero algo es distinto, algo está distorsionado. Nova se estremece. ¿No rodea ya en torno a la anciana un aura de despedida y transformación?

Lleva el viejo anillo con un rubí rojo en el dedo anular. Hay algo especial en ese anillo. La bisabuela Ana aparece en la habitación como una mensajera de otro mundo. Pellizca con un par de dedos arrugados la joya roja y dice:

—Estás pensando en el rubí, Nova.

Nova asiente con la cabeza. Bisa puede leer los pensamientos. Al menos los de ella.

La anciana coge la silla de madera que está junto al escritorio y se sienta frente a Nova. Dice:

—Hoy te hablaré de los pájaros que vivían entonces en la montaña. ¿Sabes?, aún no he podido escuchar el nostálgico sonido aflautado del chorlito dorado.

Algo se retuerce dentro de Nova. ¿Quiere realmente escuchar? ¿Tiene ganas de seguir escuchando a esta anciana?

Llena de amargura, dice en voz baja:

—No tienes que contarme nada. Lo único que podrías indicarme es cómo hacer volver a todos los pájaros.

Alza la mirada. La cara de la anciana muestra una profunda tristeza. O acaso sea arrepentimiento.

Pero Nova no muestra ninguna piedad.

—Además, quiero que se me devuelvan los antropoides, los leones y los tigres. Quiero que todos sean *reinstalados*. No debería ser difícil de entender. Quiero que aquí, a Noruega, vuelvan los osos y los lobos. ¡Y el gracioso frailecillo ártico y el zarapito real, no lo olvides! Y la gayuba, la verónica alpina, el ranúnculo glacial y el sauce enano. ¿Sabías que el sauce enano en realidad era un arbusto aunque no llegaba a medir más de cinco centímetros de alto? ¿O eso es algo que tú me contaste?

La anciana se encoge de hombros:

—Pero Nova...

—¿Sabes lo que quiero? ¿Te lo digo? Quiero que vuelva un millón de especies vegetales y animales. ¡Ni más ni menos, viejecita! Quiero beber agua limpia del grifo. Quiero sentarme junto al río con mi caña de pescar. Y quiero acabar con todo este irritante tiempo invernal.

—Pero Nova... ¡Nova!

—Lo único que digo es que quiero un mundo tan delicioso como aquel del que tú disfrutaste cuando tenías mi edad. ¿Y sabes por qué? ¡Porque me lo debes!

—¡Déjalo ya, Nova!

—Lo que quiero es que me devuelvas el mundo. Que me des una familia de renos salvajes en la meseta de Hardanger, otra en el macizo de Jotunheimen y una tercera en Dovre. Haz lo que te digo. Si no, ya puedes levantarte e irte.

–Pero Nova...

–¿Sabes?, me gustaría que la humanidad y todo lo que crece en este planeta pudiera tener otra oportunidad. ¿No estaría bien? Y no sería mucho pedir. Podría hacerse como en esos concursos de tiro. Si fallas la primera vez, tienes otra oportunidad. Solo te pido que me devuelvas el mundo. ¿No te parece una buena idea? Porque cuando se ha cometido un fallo, no hay que quedarse tumbado revolcándose en la culpa y la vergüenza. No, no, lo que hay que hacer es volverse a levantar y reparar lo que se ha estropeado. Bisa, lo único que pido es que seas una buena y dulce bisabuela y me devuelvas todas las plantas y animales. Ya hablaremos luego del canto de los pájaros.

Por un instante mira a su bisabuela a los ojos, que vibran ligeramente. Parecen angustiados y tristes. Pero Nova se interrumpe a sí misma:

–¡Pero qué bobadas estoy diciendo! ¡Tonterías! No se puede cambiar nada. No se puede rehacer nada. ¿A que no, Bisa? ¿O acaso vas a decirme que hay un genio de la lámpara que nos puede ayudar?

Bisa intenta enderezarse en la silla. Parece temer que en cualquier momento su bisnieta vaya a golpearla. Con el puño. Duramente.

Pero la anciana dice:

–Sí, querida Nova. Sí voy a decirte algo así.

–¿El qué?

La anciana se pone de nuevo a jugar con el rubí misterioso. Echa una mirada soñadora a su bisnieta.

–Tal vez el mundo sí tenga una nueva oportunidad...

La pequeña Bisa... ¿qué está diciendo? Pero lo dice de un modo tan cautivador que Nova se deja llevar.

–¿Qué quieres decir? –pregunta en voz baja–. ¿Podría hacerse algo realmente ingenioso?

Los ojos de Bisa se encienden. Asiente con determinación y esboza una astuta sonrisa.

Son amigas. ¡Claro que es posible ser amiga de tu propia bisabuela! También ella tuvo 16 años en algún momento. ¡Quién no ha tenido 16 años!

¿Pero qué podrían inventar? Mira las paredes color sangre y luego el kimono azul de Bisa.

–¡Tal vez podríamos gritar hacia atrás en el tiempo y pedir a quienes vivieron aquí antes que nosotros que tengan algo de consideración con sus descendientes! Pero para eso tendríamos que intentar gritar tan alto que pudieran oírnos.

La anciana sacude la cabeza:

–Eso es imposible, claro. Pero creo que tengo otra propuesta.

–Dímela, entonces. ¿Te refieres a algo sobrenatural?

–No sé, mi niña. Tal vez sea completamente natural.

Nova sonríe, desde una mejilla hasta la otra.

–Creo que lo entiendo –exclama–. De alguna forma intentarás ponerte en contacto con los que vivieron en la Tierra antes que nosotros para poder prevenirlos. Les «transmitirás» cómo será el futuro si la humanidad no deja de sobreexplotar la naturaleza. Dime, Bisa, ¿es eso lo que pretendes hacer?

La anciana asiente, con aire misterioso. Luego, recapacita. Se levanta del borde de la cama. Por la estrecha ventana que sube del suelo al techo echa de nuevo un vistazo a la carretera general. Los dromedarios siguen allí, junto a un pequeño grupo de personas...

–Es imposible –suspira–. No podemos corregir una naturaleza que ha perdido el norte.

–¿Estás completamente segura de ello? –le pregunta la anciana, de nuevo con una sonrisa cautivadora y jugando con el rubí.

–¿Se trata del rubí? –pregunta la bisnieta–. ¿Esto tiene algo que ver con el viejo *carbúnculo*? Querida bisabuelita, ¿es el rubí el que nos va a devolver el reno salvaje?

La bisabuela vuelve a asentir con la cabeza y Nova se echa a reír.

—Ya me lo figuraba —dice—. Siempre he sabido que esa vieja joya encerraba algún misterio.

¿Y algo más? Tal vez se pueda pedir algo más.

—¿También podré recuperar el búho real? Aunque solo sea un par de ellos, por favor. Y una nutria, claro, y la mariposa *Scolitantides orion*...

Nova no puede parar. Piensa deprisa porque en este momento todo es maravilloso. Una avalancha de deseos podrá hacerse realidad en cualquier momento, como cuando un chaparrón de estrellas fugaces pasa por el cielo nocturno. ¿Pero quién es capaz de pensar tan deprisa como caen las estrellas? Toma impulso:

—¿Puedo recuperar un millón entero de especies vegetales y animales?

—Sí, preciosa.

Nova tiene que asegurarse el premio. Dice:

—¿Y los hábitats? Porque de nada sirve salvar una especie así: de dos en dos. No te hagas la ignorante, Bisa, eso lo sabes, las plantas y los animales necesitan algo de lo que vivir, tienen que estar a gusto, lo que significa por ejemplo que han de volver las selvas tropicales, la acidificación del mar tendrá que corregirse, la temperatura en alta montaña tendrá que bajar unos grados y la sabana africana necesita riego y renovación. Todo esto tú lo sabes, porque no eres tonta, claro que no lo eres.

Bisa tiene el anillo rojo agarrado, y con una voz solemne, casi mágica, dice:

—Pronto te será devuelta la Tierra exactamente como era cuando yo tenía tu edad, pero tienes que prometerme que vas a cuidar muy bien de ella. Porque se nos está brindando una nueva oportunidad. A partir de ahora tendremos que estar siempre alerta, porque después de esta ya no habrá más oportunidades.

El sonido de las palabras empieza a tener una resonancia hueca, como si fueran tragadas por un profundo sótano o como si salieran como tos de una gruta sin fondo.

Pero Bisa quiere decir algo más:

—Volveremos a vernos dentro de setenta años. Entonces serás tú la persona a la que se juzgará.

Nova se siente extenuada. Se ha agotado al involucrarse en la mayor magia del mundo.

La habitación ha empezado a mecerse, y Bisa sonríe de un modo infantil, demasiado infantil para ser una señora de tanta edad. Deja reposar la cabeza en el respaldo de la silla en la que está sentada, da la sensación de haberse tumbado para morir. Sin embargo se pone a cantar con voz ronca, suena como si cantara misa en un Sábát de brujas o algo por el estilo. Casi como si de estertores se tratara, Bisa canta la vieja canción infantil noruega:

—«¡Los pajarillos... han vuelto! ¡El cucú, el lugano, el tordo y el estornino... cantan sin parar! La alondra gorjea al cielo... dando la bienvenida a la primavera. ¡La helada y la nieve han tenido que huir! ¡Aquí hay sol y alegría!»

Las cajas rojas

Ana se despertó con una sacudida y abrió los ojos de par en par. Había un olor extraño en la habitación, como a rancio y cerrado. Encendió la lámpara de lectura de encima de la cama y miró las paredes y el techo abuhardillado empapelado de color azul.

Había soñado...

¡Había soñado con cosas maravillosas, misteriosas y prometedoras!

Había vivido algún tiempo en el futuro, en la misma buhardilla que ahora, pero en el sueño las paredes eran rojas como la sangre, y en el techo abuhardillado, sobre la cama, se había instalado una gran pantalla plana que estaba conectada a la red.

Fuera se oía el gorjeo de los pájaros. Cuando hacía buen tiempo trinaban, a veces incluso en invierno. Luego oyó el motor de un coche abajo en la gasolinera. La puerta que se abría y se cerraba. Otro coche llegaba por el oeste. Y otro más, a gran velocidad.

Se tocó el dedo y palpó el anillo del rubí rojo. Era una vieja alhaja que pertenecía a la familia desde hacía casi cien años, desde que la tía Sunniva vivió en Estados Unidos y su novio se la regaló. Solo unas semanas después del compromiso, él se ahogó en el gran río Mississippi en misteriosas circunstancias.

«El viejo carbúnculo», solían decir al referirse a la joya de color púrpura, casi como si representara algo mágico, un milagro que los sobreviviría a todos. Desde anoche, Ana era la propietaria del anillo. Lo había heredado de su abuela, que había muerto el año anterior, y ella a su vez lo había heredado de su tía materna, que no había tenido hijos, es decir, la tía Sunniva.

Algo en el sueño trataba precisamente del anillo rojo...

Había soñado que se llamaba Nova y que tenía una bisabuela que se llamaba Ana, que había nacido el mismo día que ella. Hoy era 11 de diciembre de 2012, ¡y al día siguiente Ana cumpliría 16 años!

En el dedo anular, la bisabuela, o Bisa, llevaba un anillo con un rubí montado en oro, igual que el que Ana llevaba en ese momento en el dedo. Se trataba, claro está, del mismo anillo... ¡y también del mismo dedo! En el sueño, ella era su propia bisnieta, ¡y con la mirada de esa bisnieta se había visto a sí misma como una vieja bisabuela!

No es que en sí fuera tan espectacular que Ana soñara que era su propia bisnieta, porque una vez había soñado que era Napoleón y otra que era un ganso. ¿Pero todo había sido un sueño nada más? Ana no estaba muy segura de ello. Todo lo que había soñado lo sentía como algo cercano y verdadero, y no solo mientras soñaba, sino ahora, mucho rato después de haberse despertado.

Algunas generaciones más adelante, gran parte de las zonas habitables estaría arrasada y miles de especies vegetales y animales se habrían extinguido. Llena de amargura se había dirigido a su anciana bisabuela, exigiendo la devolución de un mundo entero, de una naturaleza tan rica y variada como en la que había vivido la bisabuela a principios de siglo. Luego ocurrió un milagro. Porque ahora sí estaban a principios de siglo y todo lo malo que había sucedido desde que la bisabuela cumplió 16 años había sido corregido. Ana había sido lanzada setenta años hacia atrás en el tiempo. Era una experiencia que ella todavía sentía en el cuerpo. Ella, y con ella el mundo entero, habían recibido una nueva oportunidad, y todo tenía que ver con el anillo misterioso.

¡Qué día! Fue como si se encontrara en el umbral de una nueva era: ¡Ahora todo podía empezar de nuevo! El mundo era nuevo, completamente nuevo, había sido perdonado y todas las especies vegetales y animales habían sido *reinstaladas*. Un millón entero de especies habían sido reinsertadas en sus hábitats.

Y sin embargo, millones de especies estaban en gran peligro. Se habían publicado muchos informes preocupantes al respecto. Pero aún no era demasiado tarde para salvar la biodiversidad de la Tierra. ¡Al mundo se le había brindado otra oportunidad!

Se acordó de la carta misteriosa que Nova encontró en la red. Se trataba de algo que había escrito Ana a su propia bisnieta mucho antes de que esta naciera. ¿Pero qué ponía en la carta?

Salió de la cama de un salto, dio dos pasos, se sentó frente al escritorio y encendió el ordenador. No debía pensar en nada más. Tenía que concentrarse para recordar todo cuanto pudiera de la larga carta que Bisa había escrito exactamente setenta años antes de llegar.

¡El ordenador ya estaba en marcha!

Ana escribió:

Querida Nova: no sé qué aspecto tendrá el mundo cuando leas esto. Pero tú sí lo sabes... Tú sabes lo enormes que fueron los daños climáticos, cuánto se ha reducido la naturaleza y quizá cuáles son exactamente las especies vegetales y animales que han desaparecido...

No se acordaba de nada más. La carta era larga y de amplio contenido, y Ana pensó que tal vez a lo largo del día recordara algo más de lo que la bisabuela había escrito. Llamó el documento «Carta a Nova», y lo guardó.

Ana echó un vistazo por la alta y estrecha ventana que subía desde el suelo hasta el techo y constató que era un precioso día de diciembre. Eso estaba muy bien porque tenía el día libre, pero aún no consiguió hacer ningún plan. El sol acababa de salir y dibujaba largas sombras en el paisaje cubierto de nieve, pero el día tendría que esperar. Ana estaba completamente absorta en ese sueño que seguía fermentando en su cerebro. Lo sentía como algo tan real como el día invernal de fuera. Y era más cálido.

Miró el escritorio. Vio algunos ejemplares muy leídos de *El estado de la Tierra*, una edición nueva de *Lista noruega de especies*, un pequeño libro sobre el cambio climático y, además, el lujoso libro *A Gap in Nature*, con el subtítulo *Discovering the World's Extinct Animals*, que su padre le había traído hacía poco de Australia.

Sobre el escritorio colgaba una estantería para libros y en la primera repisa había dos cajas de zapatos que Ana había forrado con papel rojo de envolver. En una de las cajas ponía *¿Qué es el mundo?* y en la otra, *¿Qué hay que hacer?* En esta segunda caja había reunido diferentes recortes de periódico junto con cosas que había sacado e impreso de la red.

¡La red!

En el sueño, Nova había leído fragmentos de algunos de estos artículos, que se encontraban en las cajas rojas. Ana había recortado uno de ellos esa misma noche, mientras sus padres estaban viendo en la televisión la película sobre el capitán Cook.

Se levantó de la silla, bajó las cajas de la repisa y las puso sobre el escritorio. Ojeó rápidamente todos los papeles, y pronto encontró lo que estaba buscando:

Un importante fundamento para toda ética ha sido la regla de oro o el principio de reciprocidad: Trata a los demás como querías que te trataran a ti. Pero la regla de oro ya no solo puede tener una dimensión horizontal, es decir, un «nosotros» y «los demás». Estamos empezando a entender que el principio de reciprocidad tiene también una dimensión vertical: Trata a la siguiente *generación* como habrías querido que la generación anterior te hubiera tratado a ti.

Así de simple es. Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo. Es evidente que habrá que incluir a la siguiente generación. Habrá que incluir absolutamente a todos los que vayan a vivir en la Tierra después de nosotros.

Los seres humanos de la Tierra no viven todos al mismo tiempo. Toda la humanidad no vive simultáneamente. Han vivido personas antes de nosotros, algunos viven ahora y otros vivirán después de nosotros. Pero también los que vienen después de nosotros son nuestro prójimo. Vamos a tratarlos como habríamos deseado que ellos nos hubieran tratado a nosotros si hubiesen sido ellos quienes vivieron en este planeta antes que nosotros.

Así de simple es la clave. Quiere decir que no tenemos derecho a entregar a los que vienen detrás un planeta menos valioso que en el que nosotros hemos vivido. Menos peces en el agua. Menos agua potable. Menos comida. Menos selvas tropicales. Menos naturaleza montañosa. Menos bancos de coral. Menos glaciares y pistas de esquí. Menos especies vegetales y animales...

¡Menos belleza! ¡Menos milagros! ¡Menos maravilla y alegría!

¡Puf! Ana se quedó completamente extenuada al leer de nuevo este texto. Era la tercera o cuarta vez que lo leía, y este mismo texto lo había encontrado su bisnieta en la red setenta años después. Todo lo que se encontraba ahora en la red tal vez se quedara allí eternamente. Todas las palabras e imágenes de nuestra época se han quedado colgadas en la «electrosfera».

Pobres descendientes, pensó Ana, que no solo tendrían que contentarse con vivir en un planeta enfermo a causa del egoísmo e imprudencia de las generaciones anteriores, encima tendrían que vivir con todas las advertencias. «Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo. Es evidente que habrá que incluir a la siguiente generación.» No era de

extrañar que resultara ofensivo leer estas amonestadoras palabras de un pasado lejano, y encima mucho, muchísimo tiempo después de que fuera ya demasiado tarde para poner remedio.

Pero había más. Y también se trataba de algo que Ana había encontrado en la red. Echó un vistazo a las hojas y los recortes de la caja marcada con *¿Qué hay que hacer?*, y por fin encontró la hoja que buscaba.

Tanto el problema del clima como los problemas relacionados con la amenaza de la biodiversidad tienen que ver con la codicia. Pero la codicia no suele preocupar a los codiciosos. Existen varios ejemplos históricos de eso.

Si nos basáramos en el principio de la reciprocidad, en realidad solo deberíamos permitirnos gastar recursos no renovables en la medida en que preparáramos a nuestros descendientes para apañárselas sin ellos.

Las preguntas éticas no son necesariamente muy difíciles de contestar, lo que pasa es que nuestra capacidad de vivir de acuerdo con las respuestas es deficiente.

Me imagino la gran tristeza de nuestros nietos y bisnietos tanto por la pérdida de recursos como el gas y el petróleo como por la pérdida de la biodiversidad: ¡Lo cogisteis todo vosotros! ¡No nos dejasteis nada!

Lo cogisteis todo vosotros...

Ana se había despertado intranquila de un sueño intenso, y el sueño seguía bullendo en su cabeza. Si solo hubiera sido un sueño...

Se acordó de repente de Jonás. Había prometido llamarlo en cuanto se despertara. Pero tendría que esperar. Era absolutamente necesario que se acordara de algo más del sueño. Y ahora recordó algo de lo que había estado escuchando Nova mientras se movía por la habitación.

Ana sabía que tenía el manuscrito de ese archivo de sonido en una de las cajas grandes. ¿Pero dónde estaba ahora la hoja? Buscó en las dos cajas, pero no la encontró. Tendría que ser algo que había *olvidado*, ¿pero el qué? ¿Había alguna razón especial por la que no había vuelto a meter esa hoja en la caja? Iba recordando poco a poco, y al cabo de unos instantes sacó un viejo libro de la estantería. Se llamaba *Arabian Nights*, y era una edición inglesa de *Las mil y una noches*. Había consultado algo en ese libro, y la nota manuscrita que buscaba se había quedado de marcapáginas.

En todos los sentidos, vivimos en una época única. Por un lado, pertenecemos a una generación triunfante que investiga el universo y cartografía el genoma del ser humano; pero, por otro lado, somos la primera generación que realmente devasta el medioambiente de nuestro propio planeta. Estamos viendo que la actividad humana desgasta los recursos y erosiona el hábitat. Alteramos el entorno de tal manera que esta época en la que vivimos suele describirse ya como una época geológica nueva, llamada *Antropocena*.

En plantas y animales, en el mar y en el petróleo, en el carbón y en el gas se encuentran enormes depósitos de carbono deseosos de ser oxidados y meterse en la atmósfera. En un planeta muerto, como lo es Venus, el CO₂ constituye la mayor parte de la atmósfera. Lo mismo habría ocurrido aquí si no fuera porque los ciclos de la Tierra lo mantienen controlado. Pero, desde finales del siglo XVIII, las reservas de combustible fósil nos han estado tentando como el genio de la lámpara de Aladino. «Sacadme de la lámpara», susurraba el carbono. Y nos hemos dejado tentar. Ahora intentamos obligar al genio a que vuelva a la lámpara.

Si todo el petróleo, carbón y gas que todavía hay en este planeta se saca y se emite a chorros a la atmósfera, puede ocurrir que nuestra civilización no sobreviva. Sin embargo, muchos consideran como su derecho divino el sacar y quemar todos los combustibles fósiles en su territorio nacional. ¿Por qué entonces las naciones de los bosques tropicales no iban a estar en su derecho de hacer lo que les dé la gana con sus bosques tropicales? ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál es la diferencia respecto a la contabilidad global del carbono?

¿Y qué diferencia hay respecto a la pérdida de la biodiversidad?

Ana se acercó a la ventana que daba al valle. Miró la bulliciosa gasolinera. Pensó que parecía un fósil vivo: ¡tan poco moderna, tan anticuada, como sacada de otros tiempos y sin embargo allí seguía, llena de actividad!

Se acordó de algo más que había soñado...

El paraguas

Llueve a cántaros cuando Nova baja la empinada cuesta resguardándose bajo un paraguas rojo. Es tan grande que una guardería entera podría meterse debajo. En la ladera que baja del monte al otro lado del río ve los restos de las avalanchas que ocurren constantemente, y vislumbra la carretera nacional, situada a un nivel más alto en el terreno.

Baja hasta el cruce donde antiguamente había una gasolinera. Ahora hay una especie de posta donde los árabes suelen darse un respiro antes de cruzar las montañas. Los dromedarios beben agua, y las personas comen algo y descansan. En la hondonada en dirección al río arde una gran hoguera, y un grupo de personas se calienta alrededor del fuego.

Bajo el paraguas, Nova se mete a paso ligero entre la gente: mujeres con vestidos largos negros y hombres con túnicas blancas también largas. Solo Nova lleva un paraguas rojo, un paraguas tan grande que muchos tienen que apartarse, pero otros optan por meterse debajo de la protección roja para saludarla. Los niños ni siquiera tienen que inclinarse. De esa manera Nova se encuentra con muchas caras graciosas.

La gente está alegre y se ríe. Uno de los hombres hace malabarismos con unas viejas lámparas de aceite, y es aplaudido por las mujeres y los niños. La gente del pueblo vende brochetas de cordero y bebidas calientes. Otros venden ropa impermeable y mantas de lana. Se paga con monedas de oro.

Un poco alejado del tumulto hay un chico tumbado en la hierba. Nova pregunta a una de las mujeres vestidas de negro si está enfermo. La mujer parece preocupada. Asiente y dice: «Long journey».

Nova se acerca al chico y lo cubre con el paraguas para que al menos no se empape con la lluvia. Dos mujeres vestidas de negro la han seguido. Nova señala hacia su casa y dice que el chico puede dormir allí.

El chico sube la cuesta ayudado por las mujeres vestidas de negro. En la puerta se encuentran con Bisa. Nova le explica que el chico está enfermo y que tendrá que alojarse con ellos hasta que se recupere. Lo meten en la habitación de los cojines. Tal vez tengan que llamar al médico, es probable que el chico necesite medicinas.

El petróleo

En el aparcamiento de la gasolinera no paraban de entrar coches, y por regla general los conductores dejaban el motor en marcha mientras permanecían en la tienda comprando perritos calientes y patatas fritas. Ana se sentía enojada por todos esos gases de escape que salían de los coches parados. Coches de salchichas, pensó. Esos gases de escape de un color entre grisáceo y azul se volvían extraordinariamente visibles porque estaban a muchos grados bajo cero, tal vez 10 o 12. Ana no tenía termómetro exterior en la estrecha ventana, pero había aprendido el arte de adivinar más o menos la temperatura en el invierno mirando el color y la consistencia de los gases de escape de los coches.

Permaneció delante de la ventana pensando en algo que había leído sobre el petróleo. Había apuntado unos números casi incomprensibles en un post-it amarillo, que ahora tenía en la mano.

Un barril de petróleo equivalía a 159 litros y se vendía en ese momento a unos 100 dólares, unas 600 coronas o unos 76 euros. Ese barril de petróleo suministraba por sí solo tanta energía como 10.000 horas de trabajo físico, lo que en Noruega correspondería a 6 años de trabajo por persona. Con un sueldo anual de 350.000 coronas, unos 44.500 euros, equivaldría a 2,1 millones de coronas en sueldos, unos 266.500 euros en esos 6 años. En otras palabras: un solo barril de petróleo aportaba una energía que costaría más de 2 millones de coronas si tuviera que ser sustituida por trabajo manual. Y el norteamericano medio consumía 25 barriles de petróleo al año, lo que correspondería a 150 años de trabajo por persona y equivaldría, más o menos, a que un norteamericano tuviera en cada momento 150 «esclavos de energía» a su servicio para propulsar todos los coches y máquinas, todos los frigoríficos y aparatos de aire acondicionado, todos los aviones, fábricas, granjas y máquinas de ocio... ¡Y por ahora solo se había mencionado el petróleo! Estaban además el carbón y el gas.

Ana se preguntaba si el petróleo no era un recurso demasiado barato. En Estados Unidos el petróleo se introdujo más o menos cuando se abolió la esclavitud. Los rancheros de Texas tuvieron primero una gran oferta de esclavos del oeste de África, luego tuvieron una gran oferta de petróleo.

¡Solo 600 coronas por 6 años de trabajo físico! Eso equivaldría a 100 coronas o 12 euros por un año de trabajo de una persona. ¡Eso sí que podía denominarse un sueldo de esclavo!

¿Cómo podía ser tan barato ese recurso? Sin ayuda de nadie, Ana había encontrado una respuesta a esa pregunta: el petróleo era así de barato porque no tenía dueño; y como no tenía dueño, tampoco tenía precio. ¡Solo hacía falta bombearlo!

El petróleo tenía millones de años. Era en realidad un depósito de muchos millones de

años de energía solar. Pero como no tenía dueño, podía consumirse en un pispás. ¡Y colorín colorado, el cuento del petróleo se ha acabado!

Ana bajó la vista hacia la nota amarilla y sacudió la cabeza.

¿Sería verdad lo que los políticos y ministros del petróleo solían señalar?: que el petróleo había sacado a mucha gente de la pobreza. Pero también había metido a un montón de gente en un lujo absurdo, un despilfarro y un exceso de consumo nunca visto en la historia.

Junto con el post-it, Ana tenía también un recorte de periódico. Era un anuncio de viajes en avión. El billete más barato del aeropuerto de Moss a París no costaba más que 119 coronas, unos 15 euros. Ella no sabía cuántos billetes baratos había, pero lo interesante era lo que ponía en letra pequeña: «Incluidos impuestos». ¡119 coronas a París, incluidos *impuestos*! Era lo mismo que tenía que pagar por cuatro billetes de tranvía en Oslo. Lo que *no* ponía en letra pequeña, pero Ana había leído en otro sitio muy distinto, era que un viaje en avión para una persona ida y vuelta Oslo-París afectaba al clima tanto como si esa misma persona condujera su propio coche de casa al trabajo y del trabajo a casa unos 6 o 7 kilómetros durante un año entero. Además había leído en algún sitio que un vuelo Oslo-Nueva York ida y vuelta afectaba al clima lo mismo que 50.000 turismos en el transcurso de un día.

¿No se gastaban de esa manera los recursos que también serían útiles a las generaciones venideras? ¿No se estaban descargando las baterías que, en el fondo, deberían durar mucho más? Tal vez no faltaran muchos años para que el petróleo tuviera que ser sustituido de nuevo por manos diligentes, nuca rígidas y hombros doloridos. ¿No estaría ella presenciando un enorme robo a las generaciones venideras?

Y la combustión de todo ese combustible fósil ¿no arrancaría también en poco tiempo gran parte de la base de los recursos renovables? ¿No constituía esta fiesta petrolífera sin escrúpulos una amenaza considerable a los mismísimos medios de subsistencia de plantas, animales y personas? ¿Y estos destrozos de la naturaleza no suponían también un robo a los que iban a heredar la Tierra?

Ana seguía delante de la ventana. En su sueño, los granjeros habían vendido brochetas de cordero a los refugiados climáticos que seguían atravesando el país con el fin de probar suerte como comerciantes en el noroeste de Noruega.

Ana no pudo sino sonreír ante todo lo que se había imaginado, pero a la vez lo sentía todo como verdadero y real. Era incapaz de considerar más verdaderos los recuerdos de sus vacaciones en Italia del verano pasado, y apenas era capaz de recordar lo que había hecho en el instituto el día anterior.

Pero en aquel sueño hubo algo más. Algo sin fondo. Mientras dormía, había creado un universo entero del futuro, un universo que existía paralelamente a la vida que vivía aquí y ahora. Si cogía uno de los hilos, era como si levantara madejas enteras, episodios que ella había vivido antes o después, o tal vez incluso al mismo tiempo que todo aquello...

Los dromedarios

El chico está mejor. Es de la edad de Nova o tal vez un año mayor, y están sentados en la habitación de los cojines jugando al parchís. Ella juega con las fichas rojas y él con las azules.

Él dice que el juego viene de la India, donde los reyes jugaban al parchís con fichas vivas. Jugaban con mujeres de sus harenes. De esa manera, podía haber dieciséis mujeres en el patio, donde las casillas del juego estaban marcadas con baldosas rojas y blancas.

El chico consigue juntar tres fichas en una casilla. Tira el dado de nuevo y consigue colocar las cuatro fichas, una encima de otra. Dice que ha ganado porque ha conseguido un «alminar». Discuten sobre las reglas del juego, y acaban la partida.

Están fuera, debajo de la gran haya roja, contemplando el valle. Un dromedario desbocado se aproxima a la posta. El chico árabe se vuelve hacia Nova y dice:

—Mi tatarabuelo viajaba con dromedarios. Mi bisabuelo conducía un Mercedes y mi abuelo paterno viajaba por todo el mundo en Jumbo. Ahora nosotros volvemos a viajar con dromedarios.

La mira con aire pensativo y añade:

—El petróleo fue una desgracia para mi país. Nos hicimos ricos en un abrir y cerrar de ojos, pero ahora somos pobres. ¿Cómo podemos ser ricos cuando ya no tenemos un país en el que se pueda vivir?

El chico está listo para marcharse. Junto a la posta se ha congregado un grupo de árabes con un rebaño de dromedarios. El humo sube de parrillas y calderos. La bisabuela sale a despedir a la gente. Entonces, el chico árabe se quita un anillo rojo del dedo y se lo da a Bisa en agradecimiento por el alojamiento y los cuidados.

Nova se siente decepcionada porque Bisa recibe todo el agradecimiento. Pero el chico se vuelve hacia Nova y le acaricia el pelo. Es la primera vez en su vida que un chico le acaricia el pelo. Él dice que la bisabuela está mayor y que un día Nova heredará el anillo. Dice que es un auténtico anillo de Aladino y que tiene su origen en el antiguo cuento de *Las mil y una noches*.

Nova mira a un par de ojos oscuros, casi negros del todo, e intuye un profundo secreto.

Archivo

Ana volvió en sí sentada en un puf azul delante de la estrecha ventana. Se sentía completamente extenuada. Había retrocedido hacia atrás, hasta el principio, setenta años atrás en el tiempo. El mundo era como una manopla a la que podía dar la vuelta y usar por ambos lados. Era dos personas. Tenía 16 años en 2082, y cumpliría 16 años al día siguiente.

¡Al día siguiente era su cumpleaños!

Se quitó el anillo y se puso a jugar con él junto a la ventana. Se decía de este rubí que su color era como la sangre de pichón: rojo intenso, con un toque de azul. Ana lo veía reflejarse de un modo muy bello en el cristal de la ventana. Era un rubí llamado «de estrella», pues muestra una estrella móvil de seis rayos en su superficie.

Estaba bien informada de la historia del anillo en los últimos cien años. Pero también había oído historias mucho más antiguas sobre él. La vieja tía Sunniva había dicho a la familia que era de origen persa, pero que la piedra en sí venía de Burma...

Se sentó delante del ordenador y tecleó www.arkive.org. Al instante entró en su página preferida sobre imágenes de la vida en la Tierra.

En la pantalla apareció primero una imagen de Sir David Attenborough y un lince ibérico. A partir de ahí podía elegir entre miles de especies vegetales y animales para estudiarlas y ver preciosas fotos y videoclips. También podía leer sobre los hábitats de una especie y comparar los de hoy con su extensión en otros tiempos.

Muchos de los ecosistemas del planeta se habían reducido ya, y cada vez se cerraban más corredores ecológicos entre las zonas frescas y sanas. En África, por ejemplo, muchas plantas y animales cubrían casi todo el continente, de este a oeste, y ahora esas zonas habían quedado reducidas a unos restos dispersos del bosque original de África. Lo mismo ocurría en Europa, Asia y América. La diferencia era tal vez que la destrucción de la biodiversidad había empezado en Europa mucho antes que en los demás continentes. En partes centrales de Europa ya casi no había animales de presa grandes. Solo en Noruega se mataron más de 5.000 osos blancos entre 1856 y 1893.

Ana tecleó *Hominidae* en la pestaña Buscar y podía elegir entre seis especies de antropoides. Había dos especies de chimpancé, dos de gorila y dos de orangután. De estas especies, cuatro eran consideradas por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza *especies en peligro de extinción* y dos, *en peligro crítico de extinción*. Es decir, que todos los antropoides de la Tierra estaban en peligro crítico de extinción o en peligro de extinción. Con «peligro crítico» se quería decir que había un «riesgo extremadamente grande» de que la especie se extinguiera en unas décadas, y «peligro de

extinción» quería decir que solo había un «riesgo muy grande» de que la especie se extinguiera. Muchas gracias. Solamente un riesgo muy grande.

Entró en uno de los videoclips. Eran las mismas fotos que había visto en la gran pantalla del techo abuhardillado cuando estaba al otro lado de la manopla. Pero allí, solo unas décadas dentro del futuro, eran fotos de especies irrevocablemente extintas. La situación no era todavía desesperada. Aún vivían algunos ejemplares genuinos en la naturaleza, en un puñado de colonias aisladas, en algunos oasis dispersos en hábitats anteriores.

Al mismo tiempo, el propio humano había llegado a ser el mamífero más extendido del mundo. No había ya ninguna otra especie de mamífero con mayor número de individuos que el *Homo sapiens*. Pero, claro, eso tenía que ver con que era precisamente el ser humano el que amenazaba de extinción a nuestros parientes más próximos, no solo porque se talaban los bosques y se perdían los hábitats, sino también debido a las capturas y cazas ilegales.

Ana echó un vistazo a algunas de las fieras más grandes del planeta. Muchas de estas especies estaban tan amenazadas como los antropoides. En el transcurso de los últimos cien años, el tigre había perdido un 93% de su extensión geográfica. Pero esta reducción de la biodiversidad no solo afectaba a los antropoides y a las fieras grandes. Miles, o seguramente cientos de miles de especies de plantas y animales estaban amenazadas simplemente porque los grandes ecosistemas eran reducidos y erradicados, en gran parte debido al cambio climático provocado por el hombre.

De nuevo miró el rubí rojo. En el transcurso de la vida del anillo, había tenido lugar un dramático «deshechizo» de la naturaleza del globo. ¿Cuál sería su estado dentro de cien años a partir de ahora?

Ana casi se había olvidado del otro regalo que había recibido para su decimosexto cumpleaños, pero ahora cogió el nuevo teléfono móvil de la mesilla de noche y lo encendió. Tenía un sms, el primero en el nuevo móvil, y por supuesto, era de Jonás:

¿Estás despierta, Ana? ¿Me das un toque?

Tuvo mala conciencia porque había prometido llamarlo en cuanto se despertara, pero contestó:

Estoy muy ocupada, Jonás. Se trata de algo grande, algo de importancia cósmica. Enseguida te llamo.

La respuesta tardó solo un par de segundos en llegar:

Vale. Tómate el tiempo que te haga falta. Estoy emocionado con lo de la importancia cósmica.

El teléfono venía con varias Apps a periódicos en la red y otras redes sociales. Se metió en uno de los periódicos digitales, y luego en uno de los titulares:

CONTINÚA DESAPARECIDA. Ester (foto) permanece aún retenida como rehén en Somalia. Acompañando una importante entrega de alimentos, la noruega Ester Antonsen salió ayer por la mañana del aeropuerto internacional de Mogadiscio, junto con un cooperante norteamericano y otro egipcio, además de los conductores locales de los cinco camiones cargados de alimentos. Los tres cooperantes, que representaban al Programa Mundial de Alimentos han sido capturados como rehenes... El hambre azota los países del Cuerno de África tras la catastrófica sequía del año pasado. Miles de personas murieron de hambre y un gran número de refugiados intentaron salir de las zonas arrasadas por la sequía... Sin duda, las condiciones políticas han contribuido al sufrimiento de la población, pero los investigadores climáticos no pueden excluir ya la posibilidad de que catástrofes naturales como esta se deban al cambio climático provocado por el hombre.

Ana miró la foto de la mujer noruega desaparecida. Tendría unos 30 años. ¿No la había visto antes? ¿No conocía a esta persona? ¿Era una profesora suplente de décimo? ¿O solo era una mujer de uno de sus sueños?

No era la primera vez que a Ana le presentaban a alguien a quien nunca había visto y que, sin embargo, le resultaba muy familiar porque había soñado con él o con ella. Había llegado a la conclusión de que debía abstenerse de mencionar estas relaciones nada más conocer a alguien. Ya no dejaba escapar enseguida frases como: «¡Cuánto me ha gustado conocerte, de hecho he soñado contigo!».

Caravana

Nova va sentada en lo alto de la joroba de un dromedario. Delante de ella caminan con aire altanero otros cuatro dromedarios. Se usan para transportar todos los enseres que trae la comitiva; entre otras cosas, alfombras y trabajos de artesanía que venderán en grandes mercadillos en Molde y Kristiansund. En pequeñas bolsas que cuelgan a ambos costados de los grandes animales también llevan collares y bolsitas con especias.

A Nova es a la única que le permiten ir sentada en la silla de montar de un dromedario, y el chico árabe es quien conduce al animal. En el hombro, Nova lleva una capa roja que le ha regalado una de las mujeres, y así sentada, en alto contemplando el paisaje, se siente como una princesa árabe. El chico la mira sonriente.

—¡Sheikha, jequesa! —dice.

Nova va a acompañar a la caravana un pequeño trecho. Luego, en Lo, algo más al oeste en el valle, cogerá el autobús eléctrico de vuelta a casa. Lo hace solo por placer, ha congeniado con el chico árabe y a ninguno de los dos les resulta fácil despedirse.

El grupo está compuesto en total por unas treinta personas de todas las edades. Delante de los cinco dromedarios camina un hombre que va tocando con firmeza un tambor de piel de camello, y moviéndose entre la gente baila una chica de unos 11 o 12 años, tocando a la vez una flauta de bambú.

Han cruzado el puente e iniciado la larga marcha para atravesar el puerto. Ya no llueve, pero el paisaje sigue mojado y los árboles gotean.

El río corre impetuoso por el valle, y el nivel del agua es peligrosamente alto. ¡Ojalá dejara de llover algunos días!

En el país nunca se han dado temperaturas tan altas, nunca ha estado más húmedo o más verde de lo que está hoy, ni los ríos más marrones. La población se ha multiplicado por cinco en cuarenta años, no porque hayan nacido más niños, sino porque constantemente llegan nuevas olas de refugiados climáticos. Solo las zonas más al norte del mundo obtienen ciertas ventajas del dramático cambio climático. Además, en muchos países nórdicos hay todavía bastante espacio.

Nova habla al chico árabe de los escépticos climáticos de principios de siglo. Eran hombres de mediana edad que, mientras pudieron, se negaron a creer que se estaba produciendo un calentamiento global. O negaban que el calentamiento fuera creado por los seres humanos. O que, fuera cosa de los humanos o no, siempre sería algo bueno para los que vivíamos en el extremo norte.

—Eso es lo que yo llamo nadar y guardar la ropa —contesta el chico árabe—. Los avestruces de África y Oriente Medio se asustaban a veces tanto que escondían la cabeza en la arena. Esa táctica no era siempre muy afortunada, y ahora están extinguidos.

Nova se ríe desde su asiento en lo alto del dromedario. Casi tiene que gritar para que él la oiga:

—Había gente que opinaba que no había que preocuparse por que se derritiera el hielo en el Ártico... Como allí arriba apenas había alguien que esquiar o patinara sobre el hielo... Además, bajo el hielo había grandes yacimientos de petróleo... y el derecho de Noruega a extraer petróleo se extendía casi hasta el Polo Norte. ¿Y qué era todo ese incordio de mantener vivos a los osos polares? ¿No era suficiente mantener vivos a los panda? Pero los avestruces climáticos no entendieron que el deshielo era un aviso de que el planeta entero se estaba calentando. Y ahora estoy sentada en la joroba... ¡de un dromedario!

Llegan a Lo. Él la ayuda a bajar del dromedario, y enseguida la caravana se pierde en el horizonte. El autobús eléctrico puede llegar en cualquier momento.

Los dos están con sendos aparatos intercambiando sus direcciones para el Skype. Se prometen volver a verse. Él le muestra en su aparato cómo es el pequeño emirato de donde es originario. Pero Nova no ve nada más que arena.

–¿Solo arena? –pregunta.

–Pues sí, las ciudades siguen allí, pero están debajo de la arena.

Busca en el aparato y encuentra por fin un pequeño edificio solitario, casi como un taco, que se yergue un metro o dos sobre la arena del desierto. Dice:

–Esto es un minarete.

Llega el autobús, ellos chocan las palmas de sus manos en el instante en el que Nova sube al vehículo.

Las listas rojas

Ana se quedó meditando con el smartphone entre las manos, preguntándose dónde podría haber visto antes a esa mujer desaparecida. ¿Paseando con Jonás por el centro de Oslo? Saludaron a mucha gente cuando fueron a la Casa del Medioambiente a coger folletos e informarse de lo que necesitarían para fundar una organización medioambiental. Pero no era muy probable que se tratara de alguien que un mes más tarde ya estuviera en África por encargo del Programa de Alimentos de las Naciones Unidas. También habían hablado con algunas personas del Fondo de los Bosques Tropicales y con una señora que pertenecía a algo llamado Fondo de Desarrollo. ¿Algunas de estas organizaciones estarían colaborando con el Programa Mundial de Alimentos? No le encajaba... no del todo.

Cogió el lujoso libro australiano subtítulo *Discovering the World's Extinct Animals*. Era pesado, más de un kilo, tal vez kilo y medio. En la portada venía la imagen de un dronte, o dodo, una enorme ave de las Islas Mauricio observada por última vez en 1681. En la primera página apareció un dibujo de la última especie del ave moa, erradicada por los maoríes de Nueva Zelanda alrededor del año 1600, luego seguían dibujos de todos los mamíferos, aves y reptiles confirmados como extintos del año 1500 al 1989.

Los drontes y los moa tenían en común que no volaban. Además, no tenían enemigos naturales hasta que los seres humanos llegaron a las islas. Pero a partir de entonces fueron presa fácil.

Ana había leído en alguna parte que las aves moa ocupaban todavía un lugar en el folclore de los maoríes. En Nueva Zelanda (o Ao-tea-roa, «tierra de la gran nube blanca», nombre maorí del archipiélago) se podía aún escuchar esta elegía: *No moa, no moa in old Ao-tea-roa. Can't get 'em. They've et 'em. They've gone and there ain't no moa!* [Ningún moa, ningún moa en la vieja Ao-tea-roa. No los encuentro. Los han comido. Se han ido y no hay ningún moa].

En el gran libro había un papel con un extracto de algo que Ana había encontrado en Internet:

Las llamadas listas rojas de las especies vegetales y animales amenazadas se editan en ediciones cada vez más elegantes, con fotos en color de muy buena calidad de las especies *en peligro crítico de extinción*, *en peligro de extinción* y *amenazadas*. Como una prolongación natural de esta tendencia, sin duda tendremos dentro de unos años espléndidos libros de adorno con impactantes fotos de especies ya extinguidas. Se tratará exactamente de las mismas fotografías que algunos años antes adornaron las listas de especies amenazadas, y en un futuro tal vez denominaremos a esas especies extintas «fotofósiles», es decir, especies

que llegaron justo a tiempo para ser conservadas ópticamente antes de extinguirse junto con los hábitats que las rodeaban.

¿No es una ironía del destino que el arte fotográfico –un almacenaje digital de información– justo tuviera tiempo de extenderse antes de que nosotros nos pusieramos en serio a acabar con la biodiversidad de la Tierra? Pero, un día, el interés de los chicos por los dinosaurios será agua pasada, sustituido por una obsesión irrefrenable por galerías fotográficas de aves y mamíferos extinguidos, y para los niños más pequeños podemos esperar que el juego de «quién es quién» viva un renacimiento.

Todo esto era absurdo. ¿Qué derecho tenía el ser humano a erradicar otras formas de vida?

¿En qué había fallado el ser humano? La respuesta a esta pregunta es la que Ana intentaría buscar cuanto antes. Se le ocurrió una idea.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó la tarjeta de visita del doctor Benjamín. Había dicho que no dudara en llamarlo si quería comunicarle algo. Por si acaso, envió primero un sms: *¿Qué nos está pasando a los seres humanos? ¿Podríamos hablar de ello? ¿Cuándo puedo llamarte? Saludos, Ana (Nyrud).*

La respuesta no tardó en llegar más de un minuto: *Si quieres, llámame ahora. Hoy no estoy en el trabajo. Benjamín.*

«Hoy no estoy en el trabajo.» ¿Por qué había escrito eso? Porque si hubiera estado en el hospital, no le habría venido bien, claro. Y sin embargo había algo que no encajaba. ¿Por qué el doctor Benjamín tenía que subrayar que no estaba en el trabajo? ¿Y por qué no estaba en el trabajo?

Algo caótico empezó a darle vueltas en la cabeza. Llamó antes de poner orden en el caos. Él tardó unos segundos en contestar:

–¿Sí, quién es?

–Soy Ana.

–Hola, joven. ¿Cómo sabías...?

–Me diste tu tarjeta.

–Ya.

–Te noto un poco estresado.

–Sí, claro. ¿Qué quieres, Ana?

¿«Sí, claro»? Ana no entendía qué quería decir con eso. Pero sí se acordaba de por qué lo había llamado.

–¿Existe alguna investigación psiquiátrica sobre el ser humano como especie? Estamos destrozando nuestro propio planeta. ¿Por qué lo hacemos?

–...

–¿Hola...?

–«¿Qué nos está pasando a los seres humanos?» has escrito en tu sms. ¿No estás enterada?

–¿De qué?

–De lo de mi hija.

–¡Ester Antonsen!

—Pues sí, ella es mi hija. Veo que lo sabías.

—No, no... acabo de caer en la cuenta. ¡En este mismísimo instante! Ahora tengo más claro por qué he llamado. Tienes una foto de ella en el escritorio... en un marco rojo. Me fijé en esa foto.

—Esa es una foto de mi mujer de hace casi treinta años.

—¿De verdad? Entonces deben de parecerse mucho...

—Bueno, sí... Pero, cuéntame, Ana. Es verdad que estoy algo estresado, y de hecho con ganas de hablar con alguien.

—¿Así que el psiquiatra se ha quedado en casa y tiene ganas de encontrar a algún paciente con quien hablar?

—Si quieres... Así de complicada es la mente humana.

—¿Sobre qué quieres hablar?

—¿Has recibido últimamente visitas de renos?

Ana se rio:

—Sí, todo el tiempo. Creo que me están espiando... para ayudar a Papá Noel.

—Tal vez estén intentando averiguar lo que te pides para Navidad.

—Quizá. Creo que lo de Ester se va a solucionar, y *no* es porque crea en Papá Noel. Tú también debes pensar en positivo, doctor Benjamín. A tu hija no le haces ningún favor si te hundes. Necesitarás mucha fuerza los próximos días.

—Tienes razón, Ana. Es un buen consejo.

—Tengo entendido que está realizando una labor importante para el Programa Mundial de Alimentos, ¿verdad? Menos mal que existen *almas entregadas*.

Ana se acordó de repente de por qué lo había llamado. Dijo:

—Lo de una investigación psiquiátrica de la humanidad tal vez podamos aplazarlo para otra ocasión. Ahora puedo contarte unos sueños locos que he tenido. Soñé que era mi propia bisnieta y que me veía a mí misma de bisabuela. Pero también este tema podemos dejarlo para otro día.

—Sí, creo que será mejor, Ana. De todos modos, gracias por tu llamada.

—Seguiré de cerca las noticias, doctor Benjamín.

—Doctor Antonsen... o solo Benjamín.

—De acuerdo, doctor Antonsen, ¡o Benjamín! Debería haber leído más detenidamente tu tarjeta... Ahora me ha quedado claro.

—¡Que te vaya bien!

—Lo mismo digo. ¡Pensaré en ti!

Noche de invierno

Nova está sentada bajo un chispeante cielo estrellado en un claro del bosque. Tiene el terminal sobre las rodillas y está navegando en la red para enterarse de verdad de lo que pasó con su planeta. Quiere ver los destrozos. Por esa razón se ha refugiado en el bosque. Quiere ver el mundo desintegrarse. Ese deseo es tan vergonzoso que no puede hacerlo en casa, en su habitación. Podría entrar alguien y descubrir lo que está haciendo. *¿Cuándo vas a dejar de quejarte tanto, Nova?*

Mira fijamente la pantalla y con las teclas se mueve de un lado para otro en el mundo. Encuentra lo que está buscando. Tiene a su disposición un abanico de Apps que canalizan todos los aspectos de la desintegración de la naturaleza del planeta.

El planeta está vigilado por web, y Nova deja vagar la mirada por todas las morrenas terminales conforme los glaciales se van retirando. En los videoclips revive la extensión gradual de la sequía sobre África, América, Australia y Oriente Medio. La verdad tiene cuatro dimensiones. Mira los detalles nítidos e hirientes de ese mundo de antaño con su naturaleza variada y fecunda, para luego experimentar al instante cómo empieza un proceso de destrucción continuo. Evoca cómo continentes enteros, países y regiones van perdiendo su riqueza de especies y su encanto. Resulta fácil, el sistema es Android y sus dedos bailan como cosmopolitas por la pantalla, pero se trata de un baile macabro.

Nova tiene acceso a todas las emisiones de noticias del mundo, a los reportajes y a los documentales. Y las Apps seleccionan lo que va a ver y experimentar según criterios definidos por ella misma. Tiene acceso a todo. No hay límites en el planeta. Ningún límite de percepción. Está online. Está enganchada online.

Utiliza el zoom. El terminal es una máquina del tiempo. Las sensaciones se introducen entre las sienes. El aparato tiene buenos altavoces y muchas impresiones llegan al alma por los oídos. Nova no solo ve cómo las personas talan los bosques tropicales, también oye las motosierras. Ve las llamas y oye el chisporroteo del fuego. Ve aterradoras imágenes de huracanes y ciclones, y oye el agua chapotear, el viento aullar y a los humanos gritar y llorar.

Sigue atenta la disminución gradual de la población del mundo y ve cómo millones de personas sucumben al hambre y a las catástrofes climáticas, y cómo millones mueren en las últimas y desesperadas guerras por conquistar lo que queda de recursos, pesca y tierra fértil. No se ha realizado ningún censo fiable desde el comienzo de la debacle, pero se estima que la población mundial hoy en día se encuentra bastante por debajo de los mil millones.

Ninguno de los paisajes por los que navega es imaginario. Lo único que ella tiene que tener en cuenta son las dos coordenadas del juego: el tiempo y el espacio. Amazonas año 1960 no es Amazonas año 2060. Serengueti año 2080 no es Serengueti año 1980. El planeta Tierra año 2082 no es el planeta Tierra año 2012.

Año Ana no es Año Nova. La hora ya no son las doce menos cinco. Son las 12... 12...

Regresa una última vez al mundo tal y como fue, a los inmensos bosques tropicales, las sabanas y los bancos de coral. Pero estos ecosistemas intactos ya no existen, y por eso resulta tan desgarrador verlos lucir en la pantalla. Es como si observara las imágenes desde otro planeta distinto al suyo, yermo y árido.

Nova llora. Apaga el terminal y en ese mismo instante todo se vuelve negro como el carbón a su alrededor. Pero muy en lo alto de la bóveda celeste miles de minúsculos soles lejanos pinchan la noche. Nova mira la ancha

banda de estrellas de la Vía Láctea. El cielo está lleno de soles como el suyo. Pero están tan lejos que a Nova no le conciernen, y no encuentra en ellos ningún consuelo.

Quizás solo haya vida inteligente en su propio planeta. ¿Y cuando un día ya no queden aquí seres humanos? ¿Todas las estrellas y planetas estarán en el espacio sin que nadie sepa que existen?

Nova se endereza y decide no llorar. No quiere dar ese placer a los responsables de lo que ocurrió con su planeta.

Patrimonio de la humanidad

Ana se metió en la página de algunos periódicos digitales para leer sobre los rehenes. Pero no había llegado ninguna novedad del Cuerno de África. Miró una breve noticia televisiva. Se había emitido por la mañana, pero no le costó ningún esfuerzo encontrarla en la red. Poco a poco se iba familiarizando con su nuevo móvil. Se metió en el podcast de la Radiotelevisión Noruega y escuchó una conferencia radiofónica que había escuchado unos días antes. Hablaba una voz de hombre:

El ser humano moderno está formado en gran parte por nuestras condiciones histórico-culturales, por la propia civilización que nos ha engendrado. Decimos que estamos administrando una herencia cultural. Pero, además, estamos formados por la historia biológica de este planeta. También administramos una herencia genética.

Se necesitaron miles de millones de años para crearnos. Sí, miles de millones de años. ¿Pero conseguiremos sobrevivir al tercer milenio?

¿Qué es el tiempo? Primero viene el horizonte del individuo, luego el de la familia, el de la cultura y el de la cultura de la escritura, pero luego también lo que llamamos el tiempo geológico. Provenimos de unos cuadrúpedos que subieron gateando del mar hace más de 350 millones de años. En último término nos encontramos ante un eje temporal cósmico. Vivimos en un universo que tiene unos 13,7 mil millones de años.

Pero los periodos mencionados no están en realidad tan alejados los unos de los otros como puede parecer a primera vista. Tenemos razón para sentirnos como en casa en el universo. El planeta en el que vivimos tiene casi justo la tercera parte de la edad del universo, y la sucesión animal a la que pertenecemos, los vertebrados, ha existido durante un 10% de la vida de la Tierra y de este sistema solar. El universo no es más infinito que eso. O dicho al revés: tan sustancialmente profundas son nuestras raíces y nuestro parentesco con el terruño universal.

Es probable que el ser humano sea el único ser vivo que posee una conciencia universal –una sensación vertiginosa de este universo enorme y enigmático del que formamos una parte esencial–. Entonces, no solo es una responsabilidad global conservar los medios de subsistencia de este planeta, es una responsabilidad *cósmica*.

¡Tenemos razón para sentirnos como en casa en el universo! Esta fue la frase en la que Ana se fijó la primera vez que escuchó la conferencia radiofónica. Hubiera o no vida allí fuera, la vida en la Tierra representaba todo el universo, y con su conciencia, el ser humano se encontraba en una situación especial. Pero el ser humano no habría podido existir sin otra clase de vida. Una condición necesaria para la existencia del ser humano era, por ejemplo, algo tan pequeño y nimio como ciertas bacterias. Incluso las bacterias tenían una importancia cósmica, porque también ellas contribuían a levantar la conciencia del ser humano sobre la Tierra y el universo entero. ¡No se podía sino alabar a esos microorganismos! ¡No lo sabrían, pero también ellos desempeñaban un papel cósmico!

Ana se rio. La idea de que incluso una minúscula bacteria contribuyera a dar *sentido* al

universo le impedía parar de reír.

Echó un vistazo abajo, a la gasolinera. Hacía un estupendo tiempo invernal. ¡Tenía que llamar ya a Jonás! Pero él se le anticipó.

Jonás vivía en Lo, unos veinte kilómetros más arriba en el valle. No se habían visto nunca antes de que ella empezara el bachillerato ese otoño. El instituto reunía a alumnos de media provincia, y muchos vivían a gran distancia los unos de los otros. Esa era una de las razones por las que resultaba difícil organizar actividades por las noches.

Ese año se había podido esquiar desde mediados de noviembre, y últimamente habían salido esquiando cada uno de su pueblo para reunirse arriba en la montaña, donde la familia de Ana tenía una pequeña granja de verano desde tiempos inmemoriales. Había sido una propuesta de Jonás. Dijo que ese día era su última posibilidad de ser el novio de una quinceañera.

No fue lo más acertado que podía haber dicho, porque con ello Ana volvió a acordarse de la carta que Bisa escribió a su bisnieta. Tenía necesariamente que haberla escrito antes del límite del 12.12.12. Si no, no habría llegado. Si no, no *habría* llegado cuando la chica puso ese «filtro» en el terminal. Esa era la lógica.

—En realidad estoy un poco liada con una cosa —dijo Ana.

—¿De importancia cósmica?

—Sí, Jonás, pero también hay otro asunto. ¿Has escuchado o has visto las noticias hoy?

—Pues..., sí. He tardado tanto en saber algo de ti que he tenido tiempo de sobra para pasearme por varios periódicos digitales. ¿Por qué lo preguntas?

—Ester Antonsen.

—¿La de Somalia?

—Sí...

—Es un poco ingenuo... salir así como así del aeropuerto de Mogadiscio, ¿no?

—Ester Antonsen es la hija de Benjamín. Acabo de hablar con él por teléfono.

—¿Has hablado con el doctor Benjamín?

—Con el doctor Antonsen, Jonás: Benjamín Antonsen.

—De acuerdo...

—Me había hecho un lío con su nombre.

—¿Te llamó sin más para contarte que habían secuestrado a su hija?

—No, lo llamé yo.

—¿Para qué?

—No tiene importancia. Solo quería pedirle una opinión psiquiátrica sobre el ser humano como especie. Sobre nuestro desdén por otra clase de vida, nuestra falta de respeto por nuestros propios descendientes. Pero puede que lo llamara porque acababa de ver una foto de Ester Antonsen en un periódico digital. Seguro que me recordó una foto que Benjamín tenía en su despacho. Aunque la foto resultó ser de su mujer cuando era joven, lo que significa que madre e hija tienen que parecerse mucho...

—Ana, ¿por qué no seguimos hablando de esto en la montaña?... Por supuesto que estaremos pendientes de las noticias. Vendrás, ¿no?

Fingió hacerse de rogar:

—Iré pero con una condición —dijo.

—¿Cuál?

—Como tendrás que hacer ocho kilómetros sobre esquís, te daré algo en qué pensar.

—¿Sí?

—Es una tarea con la que tienes que ayudarme.

—Dímelo ya. Por ti haré lo que sea.

—¿Cómo vamos a ser capaces de salvar 1.001 especies de plantas y animales?

—¿Qué? ¿Tiene eso algo que ver con nuestro grupo medioambiental?

—No directamente. Pero hay algo que tengo que aclarar... algo que he soñado, Jonás, algo que soñé anoche.

—Típico de ti. ¿Pero por qué justamente 1.001?

Ana se rio:

—Es un número redondo. Como en *Las mil y una noches*. Los niños dicen «mil» cuando quieren decir «muchísimos», pero yo digo «mil y una».

—Estás loca.

—Quizás, a veces tengo miedo de estarlo. Pero Benjamín me ha dado el alta...

—Tendremos que fiarnos de él entonces.

—Cuando nos veamos, tendrás que haber pensado en una respuesta veraz a cómo vamos a ser capaces de salvar 1.001 especies de plantas y animales de la extinción. Si lo consigues, te quiero. ¡Y si no lo consigues, lo dejamos!

—Entonces, lo haré. No permitiré que lo dejemos.

—No creo que pudiera dejarte, Jonás. Te quiero demasiado como para hacer eso.

—Qué alivio. Entonces nos vemos en la montaña dentro de un par de horas, ¿de acuerdo?

—¡Espera un momento!

—¿Sí?

—¿Crees que existen realidades paralelas?

—¡Ana!

—Vuelvo a tener una de esas experiencias de vivir en dos mundos diferentes. O al menos de tener alguna relación con otra dimensión. Que hay algo al otro lado... y que es algo que recibo.

—Ya hemos hablado antes de eso.

—Sí.

—Me das miedo cuando hablas así.

—¿Miedo a que haya otra dimensión? ¿O miedo de lo que pueda haber al otro lado?

—Me da miedo pensar que puedes tener varias realidades en la cabeza a la vez.

—No hay que tener miedo de eso, Jonás. Nos vemos dentro de un rato.

- ¡Cuídate! ¿Por qué no intentas concentrarte en la realidad que compartes conmigo?
- Lo intentaré. ¡Hasta ahora!
- ¡Hasta ahora!

Ana se quedó pensando, y entonces volvió a suceder: se acordó de un fragmento de algo que vivió en otra eternidad, una escena cotidiana de otra vida, una milésima parte de otro universo...

Los globos

Sale al jardín con un puñado de globos rojos. En cada globo hay dibujado en azul el contorno de una especie animal extinta. Nova va a bajar a la posta para vender allí los globos. Necesita dinero porque está ahorrando para un nuevo terminal. Muchos viandantes querrán comprar a sus hijos un globo rojo con la imagen de un león o un gorila.

En el jardín están sus padres, cada uno subido en una escalera polinizando a mano los frutales. Ya no hay ni abejorros ni abejas: sus poblaciones empezaron a disminuir hace ya cien años. Había muchas razones para ello, pero de repente un día no había abejas. Toda esa fatigosa labor que antes habían realizado miles de millones de abejas y abejorros tenían que hacerla ahora a mano las personas.

Sus padres la saludan desde las escaleras. Los dos llevan un mono azul. A Nova su madre le parece guapa y su padre, también.

–Bonitos globos –dice su padre.

–Casi da pena venderlos –dice la madre.

La bisabuela sale al jardín con una gran bandeja. Ha preparado algo gratinado. Nova sabe que es comida sintética. Está harta de tanta comida sintética, aunque le dicen que contiene todos los nutrientes que necesita.

Bisa pide ayuda para poner la mesa del jardín, donde ya hay un jarrón con tulipanes rojos. Nova se acerca a Bisa para descargar la bandeja. Se cambia el puñado de globos de mano. Pero se despista un instante y pierde el control de los globos. Ocurre ahora.

¡Ahora!

Acaba de soltar sin querer los hilos de los globos y estos se elevan por los aires, todavía están tan cerca que Nova casi podría alcanzarlos de un salto, da saltos y estira la mano, pero es demasiado tarde, los globos siguen subiendo, dispersándose con el viento para luego desaparecer como puntitos rojos en el cielo.

La piscina

Había dos posibilidades. Ana había soñado todos los episodios de un lejano futuro esta última noche. En ese caso, una cadena entera de secuencias de gran colorido habrían llegado ensartadas desde que ella se acostó tarde anoche hasta que se despertó temprano esta mañana. O bien, había ido acumulando sus sueños durante mucho tiempo del mismo universo soñado, pero hasta hoy no se había acordado de todos. El sueño sobre Bisa y el anillo rojo era de esta noche, porque acababa de despertarse de él, y tal vez fue este sueño el que despertó del mar del olvido el resto.

¿Cuál de las dos posibilidades era la más probable? ¿Y cuál de las dos era la más difícil de entender?

Pero también había una tercera posibilidad, y Ana no quería descartarla: tal vez todo lo que había soñado era verdad, tal vez *tenía* realmente una nieta en un lejano futuro, una niña milagrosa que de un modo inexplicable conseguía transmitir sus impresiones y experiencias a su propia bisabuela, es decir, a Ana, que tenía la misma edad que Nova en todos los sueños. Había muchas cosas en la naturaleza que los seres humanos no entendían. El tiempo, por ejemplo. ¿Qué era el Tiempo?

Algo sí era seguro: los padres de Nova, que estaban subidos en unas escaleras polinizando los frutales a mano, no se parecían en lo más mínimo a los de Ana. Tenían su propio aspecto, y no se parecían a nadie a quien Ana conociera.

Era incapaz de recordar a una mujer tan bella como la madre de Nova, ni siquiera entre las estrellas de cine. Y tampoco conocía a ningún hombre tan guapo como el padre de la chica. Su mirada intensa y atenta no se podía olvidar, y Ana habría caminado diez kilómetros solo por volver a verlo.

O Ana era clarividente, y las personas con las que se había encontrado en el sueño eran personas reales que vivirían en un futuro lejano, o se había imaginado dos individuos singulares. ¿Pero qué resultaba más fantástico? ¡Tal vez era ella quien los había *creado*!

Si hubiera sabido dibujar, habría conseguido reproducir cada detalle de las caras de los padres de Nova. Si se los hubiera encontrado en la calle, los habría reconocido inmediatamente y sin duda se habría acercado a saludarlos. Y uno de ellos, él o ella, podría ser nieta o nieto de Ana.

De nuevo se acordó de la carta que Nova había encontrado en la red, una carta escrita por Bisa cuando era joven. ¡Pero ella era Ana! Se sintió mareada por todas esas capas de conexiones en los sueños.

¡Conciencia, sueño!

¿Pero qué *era* conciencia? ¿Y qué era sueño?

Mientras estaba en el baño, se acordó de un día en primavera en que bajó al jardín, donde su madre estaba con una larguísima cinta métrica. Ana le preguntó qué estaba haciendo, y su madre le contestó que tal vez cavarían el jardín para hacer una piscina. En realidad no era muy caro, dijo, resultaba mucho más barato de lo que pensaban. Les habían dado un buen presupuesto.

Al principio Ana se quedó boquiabierta. Luego se sintió algo preocupada, sobre todo por el estado de su madre. No quedaba sitio en el jardín para una piscina, ¿verdad? Pero su madre insistió en que había *mucho* sitio, era justo lo que estaba midiendo en ese momento. Entonces tendrían que quitar los frutales, claro. Y los rosales y los groselleros rojos. En el pequeño jardín tenían también una colmena, pero lo de la apicultura era algo que su padre había decidido dejar ya hacía tiempo.

—El verano es muy corto, Ana. Sería estupendo poder darse un refrescante baño cuando calienta el sol. Además, es sano.

Sobre la yerba había un banco pintado de blanco y unos sillones de jardín alrededor de una pequeña mesa. Ana alargó el brazo para indicar a su madre que se sentara. Ella hizo lo que le pidió su hija y Ana se sentó en el sillón de enfrente para mirarla a los ojos mientras hablaba.

Dijo:

—¿Habéis incluido en ese presupuesto el dinero que vamos a perder todos los años por el jardín? ¿Con las peras y ciruelas, las cerezas y las grosellas? ¿O las rosas?

Ana se ofreció a hacer un cálculo. Le recordó a su madre que la naturaleza no solo trataba de lo que era bonito de ver. Mencionó algo que ella llamaba «los servicios de la naturaleza». Dicho esto, también quería recalcar cuánto amaba el precioso césped con los tréboles encarnados y blancos tal y como estaba, le encantaba caminar por el jardín y formar parte de él, y aunque su madre no se había dado cuenta, todavía le encantaba trepar por el peral.

Con el fin de asegurarse de que su madre entendía lo que quería decir, añadió, para terminar:

—Me encuentro muy bien aquí.

No se volvió a mencionar el tema de la piscina.

Los tulipanes

Nova camina a lo largo del río con un ramo de tulipanes rojos que probablemente acaba de comprar en la tienda.

De repente oye una serie de estallidos al otro lado del río. Cruza el puente y oye unos hachazos secos que provienen del pinar de la ladera. Ve caer un pino. Luego otro.

Sigue un estrecho sendero, sube hasta la loma de donde vienen los hachazos y descubre un grupo de hombres con uniforme azul. Todos tienen un hacha en la mano y todos están talando un árbol. Tal vez sean en total una veintena. Nova tiene la sensación de que todos miden alrededor de dos metros de alto y pesan más de cien kilos.

Uno de esos hombres fuertes lleva una gorra roja con una borla. Puede que sea el capataz del equipo. Ella se acerca a él y ve un rostro luminoso. El hombre tiene los ojos color violeta y deja descansar el hacha por unos instantes.

Nova le pregunta:

—¿Qué ocurre?

El hombre se seca el sudor de la frente:

—Estamos talando este bosque.

—¿Por qué?

El hombre se ríe y ella cree que lo hace por esa pregunta tan tonta. Pero no es un hombre desagradable. Continúa:

—Van a instalar aquí un parque de aerogeneradores. Por eso hay que talar el bosque. Quitar para poner, señorita. Así suelen ser hoy en día casi todos los cálculos.

—A mí me da pena que se pierda el bosque.

El hombre vuelve a reírse. Mira los tulipanes rojos y dice:

—Pero eso tal vez no sea lo importante.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez te preguntes cuánto tiempo necesitamos para este trabajo. Estamos en primavera, somos veinte hombres y tenemos las hachas afiladas. Calculo que podremos acabar antes de Navidad.

Ella asiente con la cabeza:

—¡Entonces solo me queda decir Feliz Navidad!

Le alcanza al hombre los tulipanes rojos y añade:

—Toma. Estos son para ti.

El hombre fuerte se inclina respetuosamente.

—Te doy las gracias. ¡Tal vez debería agradecértelo con un buen final!

Nova mira interrogante los ojos color violeta y vuelve a asentir. Él dice:

—Si hubiera tenido un barril de gasolina y una motosierra habría acabado este trabajo en un par de días.

La llave de contacto

Ana se metió el nuevo móvil en un bolsillo del anorak azul, y justo antes de salir echó una mirada a las dos cajas. *¿Qué es el mundo?* y *¿Qué hay que hacer?* Colocó todas las hojas impresas y todos los recortes de periódico en sus fundas de plástico, que luego se metió a presión en el otro bolsillo del anorak. Y echó a andar en dirección a la gasolinera, con los bastones en la mano izquierda y los esquís sobre el hombro derecho.

Delante del Autolavado había un coche grande con el motor en marcha. Ana dejó los esquís en el borde del camino, y al instante vio salir de la gasolinera una señora con un abrigo amarillo que se dirigía al coche con un perrito caliente en una mano y una revista en la otra. Ana gritó tras ella:

—¡He estado a punto de apagar el motor del coche y de tirar la llave a la nieve!

Se puso rápidamente los esquís y se fue camino de la montaña.

Pensó: *Estamos destruyendo nuestro planeta. Lo estamos haciendo nosotros y lo estamos haciendo ahora.*

Unos días antes había hecho una copia de la llave de la granja de verano para dársela a Jonás, por si llegaba antes que ella. Se preguntó quién llegaría primero hoy. Él tenía que recorrer una distancia de ocho kilómetros y ella solo de cinco. Pero Jonás era más rápido. Seguramente no ande más despacio aunque tenga mucho en lo que pensar. Quizá es justo al revés, pensó. Cuanto más deprisa piensas, más deprisa te mueves. Y viceversa: cuanto más deprisa te mueves, más deprisa piensas.

Ana reflexionaba sobre el episodio de los rehenes de Somalia y sobre la extraña conversación telefónica que había mantenido con Benjamín. Antes de guardar el teléfono en el bolsillo, había vuelto a mirar los periódicos digitales, además de algunas otras páginas de la red. Había leído que flotas pesqueras extranjeras se habían llevado gran parte de la pesca de la costa de Somalia y que eso podría tener algo que ver con la piratería que estaba ocurriendo en el mar. Pescadores, muchos de ellos de países de la Unión Europea, habían estado pescando ilegalmente en aguas somalíes durante muchos años, por un valor equivalente a varios millones de dólares al año. Somalia había exigido a las Naciones Unidas que los buques de guerra que ahora se estaban usando para combatir la piratería se usaran también para impedir la sobrepesca ilegal llevada a cabo por flotas extranjeras... También leyó que Somalia protestaba contra los planes de Kenia de una prospección petrolífera ilegal delante de sus costas. Según la convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, varios de los posibles yacimientos en cuestión pertenecían a Somalia. Cuatro grandes compañías petrolíferas estaban involucradas, entre ellas la noruega Statoil. Pero no encontró nada nuevo sobre los

rehenes. Solo leyó que aún no se había recibido ninguna petición de rescate por parte de los secuestradores. La típica «no-noticia».

Ana subió hasta las últimas granjas del pueblo en sus esquís con movimientos largos y deslizantes. Se detuvo un momento como hipnotizada al ver un buzón de correos verde. ¿Acaso también había soñado algo sobre estas «cajas verdes»? ¿O eran una clase de autómatas? No, era incapaz de acordarse. Pero tal vez en el transcurso del día le iría viniendo poco a poco algo más de todo lo que había soñado. Aún eran solo las doce.

Llegó al bosque Lia, donde Nova estuvo sentada bajo las estrellas con su terminal portátil. Se tomó un respiro y sonrió para sus adentros.

Ana tenía su propio escondite en un lugar del claro del bosque, un prado que durante el invierno estaba casi libre de contaminación lumínica por encontrarse al abrigo de las luces del pueblo y de la pista de eslalon. Allí podía estar en completa oscuridad contemplando la noche del universo, exactamente igual que Nova.

Y, sin embargo, la vida en su propio planeta dejaba más sin aliento que todos esos cuerpos celestes sin vida juntos. ¿No era una ardilla más espectacular que un agujero negro? ¿No era una liebre o un zorro más importante que una supernova sin vida?

Cuando quería estar sola, Ana se acercaba a veces al bosque Lia durante el día. Una vez, no hace mucho tiempo, discutió con Jonás sobre lo que él llamaba «las visiones de Ana», y ella se molestó tanto que se internó en el bosque.

Jamás se había encontrado allí dentro entre los árboles con nadie. Pero sí había visto corzos. Los corzos siempre le habían parecido criaturas más misteriosas que los seres humanos. No tenían ningún trabajo al que acudir todos los días. No iban al colegio y no tenían que preocuparse por los deberes escolares. No tenían casa, religión ni seguro. No tenían nombre ni número de identidad, tampoco tenían dueño. Los corzos solo *eran*. Y sin embargo, no por ello resultaban menos expresivos y profundos.

¿Qué sentimientos habría dentro de la cabeza de un corzo? ¿Eran diferentes a los que habría dentro de la cabeza de un dromedario?

En el sueño, Nova estaba sentada en ese mismo claro del bosque. Pero no era donde *estuvo* sentada. Era donde se *sentaría* con su terminal dentro de setenta años contados a partir de ahora. Y había algo más. No era necesariamente una casualidad el que Nova hubiese elegido ese mismo claro del bosque como su refugio especial. Tal vez Bisa la había llevado allí alguna vez. Ana decidió que, si un día era bisabuela de una niña llamada Nova, le enseñaría justo este claro del bosque...

Tuvo la sensación de que sus pensamientos habían dado vueltas y vueltas, y se echó a reír. Se rio tan alto que ahuyentó a unas perdices nivales escondidas entre la maleza. Al poco rato se puso en marcha de nuevo. Un cuarto de hora más tarde había llegado a la planicie. El imponente pico estaba bañado por el sol de invierno, y toda la sierra desnuda se abría ante ella.

Los senderos

Está avanzado ya el otoño. Nova lleva una bufanda roja y sigue un estrecho sendero en dirección a la vieja granja de verano. Ha dejado atrás las empinadas cuestas y ha llegado a la planicie. También aquí crecen los abedules densamente. Ella sabe que esta zona por la que se está moviendo fue montaña pelada en el pasado. Pero lo que entonces era un paisaje abierto, hoy está cubierto por abedules y maleza de mimbrera, y aquí, en lo más profundo del bosque, no puede ver ni el pico ni las montañas lejanas. Aunque es incapaz de verlos, sabe que los picos altos cubiertos de musgo y liquen se encuentran en algún lugar detrás del bosque de abedules, conoce las altas montañas de la misma manera que conoce los viejos mitos y leyendas, y tal vez conozca el terreno lo bastante bien como para lograr encontrar algún día el camino hasta ellos a través de un espeso matorral de senderos y caminos de gravilla. Sin embargo, le encanta ir por estos senderos entre los blancos troncos de los abedules. Los árboles y el brezo resplandecen con intensos tonos amarillos y rojizos, y este año el sotobosque rebosa además de arándanos azules y rojos.

Nova se mueve a paso ligero, tiene la sensación de flotar unos milímetros por encima del suelo. El sendero que sigue se cruza con otro. Sin pensárselo, se cambia de sendero, la visita a la granja de verano puede esperar hasta otro día.

Se siente un poco avergonzada por disfrutar de todos estos senderos y caminos, porque a la vez es consciente de que este bosque casi infinito de abedules significa que ha desaparecido ya gran parte de la flora y fauna de la montaña. El paisaje ha perdido su naturaleza montañosa en el que vacas, ovejas y cabras pastaban durante los veranos. Y sabe que el precio a pagar por los laberintos de caminos del bosque de abedules es una terrible sequía, hambruna y crisis climática en otras partes del mundo.

Pero en este momento se entrega al paisaje. Ella pertenece a este lugar. Llega a una caseta de vigilancia pintada de rojo. Al lado, delante de una sólida barrera, hay un soldado uniformado. Nova se sorprende un poco, pero solo un poco, porque es *su* bosque y conoce las reglas que aquí rigen.

El soldado le pide que le enseñe el terminal. De acuerdo. Nova le alcanza el aparato. Él toca la pantalla, moviéndose por ella a una velocidad vertiginosa. Le da la sensación de que el hombre pasa por cien sitios diferentes de la red en cuestión de solo unos segundos. Luego le devuelve el terminal, abre la barrera y le permite pasar.

La granja de verano

Ana abrió con llave la puerta de la cabaña de la antigua granja de verano. La entrada estaba helada, pero enseguida encendió fuego y puso agua a hervir para el té. Había llegado antes que Jonás.

A veces, cuando estaba allí sola, le invadía una vaga sensación de estar acompañada por uno o varios amigos invisibles. En algunas ocasiones le llegaba un murmullo de voces de esos seres, no a través de las paredes, sino dentro de su propia cabeza. Y si estaba de humor para ello, les contestaba en voz alta: «¡No, en eso discrepo contigo por completo!» o «¡Exacto! ¡Siempre he pensado lo mismo!». A veces contestaba tan alto que asustaba a los pajarillos de fuera. Si alguien hubiera pasado por allí en ese instante habría creído que Ana estaba hablando sola. A ella nunca le asustaban esta clase de fenómenos.

Ahora oyó de repente su propia voz gritar:

—¡Ester! ¿Qué tal le va a Ester?

Sacó a toda prisa el teléfono móvil del bolsillo. Había buena cobertura. Buscó el periódico digital que más le gustaba, y encontró un montón de novedades.

ÚLTIMA HORA. El rehén egipcio y el estadounidense han sido liberados de su cautiverio en Somalia y han conseguido cruzar la frontera de Kenia, donde ahora se están ocupando de ellos las autoridades keniatas y personal del Programa de Alimentos de las Naciones Unidas. Solo la cooperante noruega, Ester Antonsen, sigue en manos de los secuestradores en este país del Cuerno de África devastado por la guerra... Sarah Hames y Ali al-Hamid (en la foto) han transmitido las exigencias formuladas por los secuestradores. Para que la rehén noruega sea liberada, exigen garantías por parte de la compañía petrolera noruega Statoil de que no se comprometerá con Kenia en lo que los secuestradores denominan «prospección petrolífera ilegal en aguas somalíes»... Hames y al-Hamid describen a los secuestradores como profesionales y decididos...

Ana no necesitó leer más. Llamó a Benjamín. El médico no tardó muchos segundos en contestar.

—¿Sí, quién es?

—Soy Ana. ¿Qué tal estás?

—Tengo que ser breve. No puedo tener mucho tiempo ocupado el teléfono.

—¿Estás recibiendo la ayuda que necesitas?

—Sí, pero también tengo que *prestar* ayuda. Ester tiene marido e hijos.

—¿Estás solo?

—En este momento, sí. Pero estoy en contacto permanente con el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Y nadie ha tenido noticias directas de Ester?

—No, nadie. Lo que más me preocupa es cómo se *sentirá* ella.

—Claro.

—Ester sufre desde pequeña de claustrofobia. ¿Lo entiendes?

—Pánico a los espacios cerrados.

—Y yo, psiquiatra, no he conseguido curarla: cuando está en Nueva York es capaz de subir a pie hasta la planta treinta o cuarenta por no coger el ascensor. Bueno, Ana, ahora tengo que dejarte. De verdad que no puedo seguir hablando.

—¡Espera!

—¡Sí, dime! ¡Rápido!

—¡Recapacita! ¡Tienes que intentar *reprimir* tus impulsos negativos! Llévate el móvil y ve a correr. Tú también tienes que abrirte.

—Eres una chica extraña, Ana, pero ¡gracias!

Con la intención de hacer algo y no solo estar mordiéndose el labio, Ana sacó del bolsillo del anorak los dos plásticos con artículos periodísticos y hojas impresas de internet. Al principio los dejó sobre un viejo arcón, pero al rato abrió uno y extendió los papeles sobre la mesa de comedor. *¿Qué es el mundo?*, en un extremo, y *¿Qué hay que hacer?*, en el otro.

Se acercaba todo el rato a la ventana para ver si venía Jonás. Desde allí tenía la vista despejada unos kilómetros hacia el suroeste si se colocaba lo bastante cerca del cristal mirando en diagonal hacia la derecha. En esa dirección vendría Jonás esquiando, pero Ana no vio ningún movimiento en el terreno abierto, ni siquiera en ese empinado desfiladero por el que su novio tendría que bajar, allá en el horizonte.

Era mediodía, pero el sol se encontraba bajo en el cielo ya que solo faltaban unos días para el solsticio de invierno. La luz penetrante caía casi en perpendicular sobre el cristal de la ventana y le hacía daño en los ojos.

Ojalá Ester no estuviera con las manos atadas a la espalda y la cabeza aplastada contra un suelo de tierra en una habitación oscura, aunque esa escena era exactamente la que ella veía en su imaginación. Pero optó por creer que la mujer estaba siendo bien tratada por los secuestradores. También optó por albergar la esperanza de que Statoil diera cuanto antes las garantías que habían pedido los que la habían tomado como rehén. ¡Si no, al día siguiente Ana movería el grupo medioambiental y organizaría una acción de protesta!

Uno de los recortes de encima de la mesa trataba precisamente de fe y esperanza. Estaba en la caja marcada con *¿Qué es el mundo?*

Según las teorías vigentes, el universo surgió hace unos 13,7 miles de millones de años. Este acontecimiento suele llamarse «Big Bang». No obstante, puede resultar algo precipitado poner un signo de igualdad entre el nacimiento del universo y el principio de todas las cosas. La gran explosión puede haber sido una rígida continuación de un estado a otro.

Nadie es capaz de explicar qué puede haber «debajo» o «detrás» del universo. El mundo es un inmenso

enigma. En ese sentido puede uno inclinarse respetuosamente ante lo inescrutable.

Contemplar la noche del universo equivale a reconocer los límites de nuestra inteligencia. Más allá de estos horizontes existen posibilidades ilimitadas de fe...

Está permitido tener una vida de fe, y debe estar permitido creer en la salvación de este mundo. Pero no es seguro que nos esperen un nuevo cielo y una nueva tierra. Es además dudoso que unos poderes celestiales celebren un día un juicio final. Pero un día nosotros seremos juzgados por nuestros propios descendientes. Si nos olvidamos de ellos, ellos nunca se olvidarán de nosotros.

Contemplar la noche del universo equivale a reconocer los límites de nuestra inteligencia... O contemplar dentro de tu propia mente. Las dos cosas le parecían a Ana igual de misteriosas. ¿Podría haber alguna relación entre ambas? ¿Podría haber una relación entre todos los enigmas que ella vivía en lo más profundo de su ser y todos los enigmas que se escondían detrás de ese universo físico ahí fuera?

Cuotas de emisiones

Está lloviendo a cántaros. Nova lleva botas altas y camina bajo el gran paraguas rojo. Solo va a bajar a la tienda a comprar algo para la comida. Últimamente ha habido gran escasez de alimentos.

Delante de la tienda han colocado un pequeño tenderete. Es la primera vez que Nova ve algo así en este lugar.

En el tenderete, detrás de una mesa inundada de catálogos de colores chillones, hay un hombre de pelo blanco que lleva una bata. Al acercarse, Nova ve que se trata de viejos catálogos turísticos. Parecen nuevos y resplandecientes, pero ella sabe que son de los tiempos antiguos. Ya no se imprimen cosas como estas.

Del tejadillo cuelga un banderín azul en el que pone: «Cuotas baratas de emisiones».

Nova coge uno de los catálogos y contempla atractivas fotos de playas blancas y piscinas de color azul intenso. El hombre de pelo blanco sonríe amablemente. Los dos están cada uno debajo de su protección, y es obvio que él se ha quedado impresionado por el gran paraguas de Nova. Y dice:

–No estaría mal tomarse unas breves vacaciones en el Sol, ¿verdad, pequeña? Aquí puedes comprar cuotas de emisiones.

Nova vuelve a dejar el catálogo en la mesa, señala y dice:

–Estos tienen que tener más de cuarenta años.

–Correcto –responde el hombre de pelo blanco.

Nova dice:

–Si tú no vendes viajes reales, yo tampoco necesito ninguna cuota de emisiones de verdad.

Él la mira sorprendido, casi molesto:

–¿Quién ha dicho que las cuotas tienen que ser de verdad? Entenderás que esto no es más que un juego, ¿no?

Arranca un formulario de un bloc, coge un rotulador rojo del bolsillo de su bata y pregunta:

–¿Cómo te llamas?

–Nova –contesta ella.

–¿Apellido?

–Nyrud...

El hombre apunta en el formulario y se lo alcanza. Nova lee:

Vale por ¹ cuota de emisiones. Por el presente, se le concede a Nova Nyrud autorización para emitir una tonelada de CO₂, equivalente a un viaje en avión para dos personas hasta Alicante o Nápoles.

Ella mira la hoja y de nuevo al hombre. Dice:

–Pero ya he dicho que no voy a viajar.

Él asiente.

–Por eso te regalo esta cuota gratis. Si realmente hubieras pretendido emitir una tonelada entera de CO₂, habrías tenido que pagar por ello, claro está. Algo tiene que costar ensuciar la atmósfera de la Tierra.

–Claro...

–Pero tú ya has entendido las reglas del juego. Podrás viajar adonde te plazca con la conciencia limpiísima, siempre y cuando compres cuotas de emisiones correspondientes a la distancia que vayas a recorrer. Todo se basa en una matemática aplastante.

Pero ella no entiende la lógica.

—¿Quieres decir que puedo viajar sin contaminar comprando simplemente cuotas de emisiones?

El hombre de pelo blanco asiente enérgicamente:

—Sí, porque entonces viajas del modo llamado *climatológicamente neutro*, que es un modo mucho más dulce de moverse que viajar de un modo climatológicamente negativo. Y la gran diferencia la puedes conseguir por 100 o 200 coronas, unos 12 o 25 euros.

Nova vuelve a echar un vistazo a todas las bonitas imágenes en color. Se siente tentada por las palmeras y las playas. En algunas de las fotos pone «barato», «el más barato» y «el más barato del invierno». Ella mira al hombre de pelo blanco y dice:

—Entonces voy a comprar el doble de cuotas de emisiones de lo que necesito. ¿A que será estupendo para el clima si entonces viajo un montón?

El hombre se queda pensando. Parece estar haciendo algún cálculo. Al final asiente y dice con firmeza:

—Si vamos a aplicar la misma matemática sencilla, eso tendrá que significar que tú viajas de un modo climatológicamente positivo. Cuanto más viajes, más positivo será para el medioambiente. Algunos rápidos viajes de fin de semana aquí y allá, y zas, has contribuido a extraer de la atmósfera una cantidad determinada de gases de efecto invernadero. Y por añadidura tendrás cuotas *tax-free*. Muy bien, chica, has ganado la primera vuelta.

Nova se vuelve de un modo tan brusco que el enorme paraguas se inclina y una gran cantidad de agua chorrea sobre la mesa de los catálogos. No sabe si lo hace sin querer, o si lo hace aposta, pero se despide del hombre de pelo blanco de tal manera que otro pequeño río corre por los catálogos turísticos, y dice con un gesto como disculpándose:

—¡Ay, lo siento! ¡Este maldito clima tiene la culpa de todo!

Una nueva oportunidad

Ana había vuelto a la ventana. De repente avistó en la lejanía un puntito rojo que se acercaba. Al mismo tiempo, el sol de diciembre la cegó. Cogió los prismáticos y salió al umbral para asegurarse. ¡Sí, sí, era Jonás con su traje de esquí rojo! Solo él andaba de esa manera.

Jonás respiró como un huracán cuando, diez minutos después, entró en la cabaña. En la entrada seguía haciendo tanto frío que le salían nubes blancas del aliento. Nova le quitó la gorra de visera con orejeras, lo abrazó y lo besó. Jonás la estrechó contra él, a la vez que jadeaba por falta de aliento.

—¿Llevas... llevas ya... un rato aquí? —preguntó.

Ella contestó:

—Solo lo justo para empezar a echarte de menos. De menos de verdad, quiero decir.

—¿Estás sola?

Nova se rio:

—Sí, Jonás. Hoy no me he traído a ningún amigo invisible, y no he visto ni duendes ni trolls.

Jonás seguía sin aliento:

—¿Sabes... algo más... de lo de los rehenes?

Ana fue a por su teléfono móvil, buscó la noticia en el periódico digital y le alcanzó el aparato. Mientras él leía, ella dijo:

—He hablado con Benjamín. No estaba exactamente alegre. Pero creo que conseguí animarlo un poco.

—¿Cómo?

—Le sugerí que hiciese footing. No es que solucione ningún problema, pero tampoco crea nuevos.

Jonás ya había recuperado el aliento. Fue hacia ella, le cogió la cabeza entre las manos y la besó en serio.

—Ana —dijo—, siempre he pensado que eres una buena psicóloga.

Ella lo miró:

—¿Siempre, Jonás? ¿O desde hace tres meses?

—No importa. Tengo la sensación de conocerte desde siempre.

Él le soltó por fin la cabeza, pero siguió mirándola a los ojos. ¡A ella le encantaba! A Ana le gustaba mucho que Jonás se quedara un rato frente a ella, simplemente mirándola a los ojos. En algunas ocasiones duraba tanto que uno de los dos se echaba a reír, y entonces el otro se reía también.

Jonás echó un vistazo a las hojas impresas y a los recortes que estaban doblados sobre

la mesa de comedor. En el grupo medioambiental, Ana era la encargada de hacer de agencia de recortes, y esta era la primera vez que presentaba resultados de su actividad. Dijo:

–Estoy impaciente por saber si tú también traes algo.

Él esbozó una misteriosa sonrisa, y Ana tuvo la sensación de que Jonás no la decepcionaría. Dijo:

–No voy a ponerme pesada. Primero voy a explicarte por qué te he hecho hoy este encargo.

–¿Es por algo que soñaste anoche?

Jonás intentó abrazarla de nuevo, pero ella se apartó. Tenía que contarle algo:

–Me desperté de un sueño completamente loco, y ese sueño tiene importancia tanto para el encargo que te hice como para todos los recortes de esta mesa, y además para la catástrofe de la sequía en el Cuerno de África. ¿Me sigues?

–No, Ana. ¡Pero continúa!

Jonás se tumbó en el banco de espaldas a la ventana. Ana gesticulaba enérgicamente.

–Soñé que vivía unas generaciones más adelante en el tiempo. Después de la era del petróleo. Casi todas las reservas fósiles de carbono se habían quemado y emitido a la atmósfera. También la quema de los bosques tropicales y la putrefacción de gruesas turberas habían aumentado la concentración de CO₂ en la atmósfera, a la vez que habían contribuido a emitir este mismo gas ácido dentro de los océanos, lo que fue igual de destructor para los recursos de la Tierra, y sobre todo para el consumo humano de alimentos.

Jonás se la quedó mirando mientras ella hablaba.

–Has hecho tus deberes de Ciencias Naturales, Ana...

Ella estaba tan contenta de verlo que no se irritó, pero dijo:

–¡Estoy intentando contarte un sueño, Jonás! ¡Muestra un poco de respeto! El calentamiento global había conducido a la desecación de las zonas tropicales, lo que significó otra sobredosis de CO₂ para la atmósfera. Miles de especies se habían extinguido y todos los antropoides habían desaparecido; quedaban solo tres ejemplares de lémures de Madagascar, por ejemplo, pero también habían sido parcial o totalmente depurados insectos irremplazables, como abejas y abejorros, de manera que los humanos se vieron obligados a *polinizar a mano* muchas de las plantas alimenticias más importantes de nuestra cultura. Había tenido lugar una desintegración total de la naturaleza, una completa destrucción de los ecosistemas; la civilización casi se había estancado y la población del mundo había sido fuertemente reducida debido a los estragos del clima. Luego llegaron las últimas guerras de recursos, y enseguida se había terminado todo. El silencio se había instalado en las sociedades locales que quedaban vivas.

–Lo peor es que todo esto puede ocurrir de verdad –intervino Jonás.

Ana había sacado tazas y galletas y se acercó a él con la tetera. Él intentó retenerla,

pero ella se libró con una sonrisa y volvió a su rincón de la cocina.

—Escúchame —dijo—. En el sueño tenía una pantalla increíble que podía mostrar absolutamente todo lo que se había escrito en la historia de la humanidad, todo lo que se había grabado en película o vídeo, además de todo lo que habían grabado cámaras web fuera en la naturaleza. Podía ver a cámara lenta todo lo que les había ocurrido a las plantas, y podía estar durante horas estudiando imágenes de plantas y animales extinguidos hace mucho tiempo.

—También este proceso está ya en marcha...

Ella se volvió bruscamente:

—¡Me sentía utilizada y engañada! Los recursos del planeta habían sido robados por las generaciones anteriores a la mía. Vivía con mis padres, y además con mi anciana bisabuela en la misma casa en la que vivo ahora, incluso en mi misma habitación, pero en el sueño la habitación era roja como la sangre. Me llamaba Nova, he olvidado decírtelo, y mi anciana bisabuela se llamaba Ana, aunque la llamábamos simplemente Bisa.

—«Ana», como tú... —dijo Jonás.

A Ana le resultaba casi imposible contar todo lo que había soñado, porque tenía constantemente la sensación de que lo que estaba contando suponía otra cosa a la que aún no había llegado, pero a la que tampoco, por razones obvias, podría haber llegado antes de haber contado lo que estaba contando.

—Además, había cumplido 16 años en la misma fecha que yo, fue en 2082. Y la bisabuela tenía 86 años.

Jonás silbó en alto. Dijo:

—Entonces... empiezo a entender.

—Yo tenía una relación muy complicada con la bisabuela. Porque aunque la quería como bisabuela, al mismo tiempo la odiaba porque representaba a una generación voraz que había vivido antes que yo y que *sabía* la dirección en la que se movían las cosas sin hacer nada por cambiar el rumbo. Le exigí que me devolviera todos los ecosistemas tan intactos como estaban cuando ella tenía mi edad. Y si no, la echaría al bosque. Admito que habría sido capaz de asesinar a mi propia bisabuela, más o menos como los niños en los viejos cuentos y leyendas, que se toman la justicia por su mano y acaban con brujas y trolls.

—¿Entonces te despertaste?

Ana negó con la cabeza. Dudaba sobre cómo continuar. Finalmente dijo:

—La gasolinera ya no estaba, porque apenas circulaban coches por las carreteras excepto, por cierto, los coches blancos. No me había acordado de esto hasta ahora, tendré que volver sobre ellos en otra ocasión. En cambio pasaban constantemente largas caravanas de árabes con camellos y dromedarios para cruzar el puerto de montaña en dirección al noroeste de Noruega. Solían pararse a comer y descansar donde antiguamente estuvo la gasolinera.

—¿Árabes?

—Eran refugiados climáticos. Los países de los que venían estaban totalmente cubiertos por arena del desierto, y una vez llegó un chico árabe que se había puesto enfermo y nosotros le dejamos alojarse en la habitación de los cojines hasta que se puso bien y pudo seguir a una nueva caravana hacia la montaña. Llamamos al médico, y le recetó medicinas. Pero de alguna manera era mi responsabilidad entretenerlo hasta que se repusiera. Pasábamos los días jugando al parchís y otros juegos de dados... Cuando el chico por fin se iba a marchar, le regaló a Bisa un anillo con un gran rubí, y dijo que era un auténtico *anillo de Aladino*.

—¿Cuánto tiempo se quedó en la habitación de los cojines? —quiso saber Jonás. Parecía un poco preocupado.

Ana no contestó. Tenía ya bastante con lograr recordar lo que había soñado.

—A partir de ese día Bisa llevaba siempre el anillo. Y una mañana entró en mi habitación y dijo que el mundo y todas las especies vegetales y animales extintas volverían a tener otra oportunidad. Jugueteaba con el rubí rojo, y era obvio que esa nueva oportunidad que se brindaba al mundo tenía algo que ver con el anillo. Entonces la habitación empezó a mecerse y ella cantó con una voz alta y estridente: *Los pajaritos han vuelto...* Entonces, Jonás, me desperté. No hace más de unas horas. Me desperté completamente convencida de que el sueño era real y que la bisabuela había conseguido lo que me prometió: el mundo tuvo realmente otra oportunidad y un millón entero de plantas y animales se habían reinsertado. ¡Estaban reinstalados!

Jonás sacudió la cabeza.

—Increíble —dijo—. Incluso yo estoy a punto de creer ese sueño.

—Pero lo que en el sueño era responsabilidad de la bisabuela, se había convertido en *mi* responsabilidad. De repente los papeles están cambiados. Ahora soy yo quien tiene que hacer algo para combatir los estragos climáticos. Y luego, dentro de setenta años, volveré a verme con mi bisnieta. Entonces el juicio se celebrará de nuevo, y yo será la vieja bisabuela a la que se puede mandar al bosque si no ha mejorado el estado de la Tierra. Si no consigo impedir que los ecosistemas se destruyan y se reduzca y se *desheche* la naturaleza... entonces yo me habré condenado a mí misma.

—¡Qué fuerte! —exclamó Jonás—. Creo que no hace falta que digas nada más.

—Pero hay más —insistió Ana—. Porque al despertarme del sueño *yo* llevaba el anillo mágico en el dedo, es decir, el mismo anillo con el que había soñado.

Jonás la interrumpió:

—¿Qué es lo que acabas de decir?

Ana se subió la manga izquierda del jersey, sacó la mano y señaló el rubí rojo engarzado en una sólida montura de oro en su dedo anular.

—¡Mira! —dijo—. Este era el anillo que llevaba Bisa en el sueño. Gracias a él hemos podido volver a empezar.

Era obvio que Jonás no sabía qué creer.

—¿Y al despertarte tú lo llevabas de repente en el dedo? ¿No es eso lo que acabas de

decir?

Ella asintió enérgicamente con la cabeza. Él tuvo que pensárselo una vez más. Dijo:

—¿O lo llevabas ya cuando te acostaste ayer por la noche?

Ana asintió orgullosa y misteriosa, y le contó que había recibido el día anterior la antigua pieza heredada. Era una especie de regalo por su decimosexto cumpleaños, pero como su madre tenía que ir a Oslo a participar en una conferencia, se lo habían dado dos días antes, junto con el nuevo smartphone.

—Debido a este sueño he decidido llevar el anillo rojo en el dedo el resto de mi vida. Hará que nunca me olvide de esa responsabilidad que me he encargado a mí misma. Y por supuesto, lo llevaré cuando me convierta en bisabuela. Y si la bisnieta es una niña, pediré a sus padres que la llamen Nova. Así podrá cumplirse el sueño. Y así podré entrar en su habitación cuando ella vaya a cumplir 16 años. Ya me ocuparé de que se fije en el misterioso rubí. Entonces, por fin se habrá cerrado el círculo.

Jonás dijo con aire preocupado:

—Si tus sueños se cumplen, también se habrá perdido mucha naturaleza. Todo el planeta estará destruido.

Ella lo negó sacudiendo la cabeza.

—Se le ha brindado una nueva oportunidad al mundo. Ese era el quid de la cuestión. La bisabuela me iba a devolver el mundo tal y como era cuando ella tenía 16 años. Pero solo se me dio esa única oportunidad.

Miró la mesa con todas las hojas y recortes de periódicos, luego volvió a mirar a Jonás, y dijo:

—¡Por lo tanto habrá que trabajar un montón a partir de ahora!

Los coches blancos

Nova mira por la ventana estrecha y ve que el pueblo está recibiendo la visita de uno de los coches blancos. Hace mucho que no han venido por aquí. Baja la escalera a toda prisa, mete los pies en un par de mocasines, se pone encima un abrigo y sale disparada.

En el jardín se encuentra con su madre, que está entrando con un ramo de acebo repleto de bayas rojas. Nova no le dice a dónde se dirige. Sabe que a su madre no le gustan los coches blancos.

Al acercarse a la gran furgoneta ve llegar gente por el puente desde el otro lado del río. No es ella la única interesada en lo que se va a mostrar hoy. Ya puede leer lo que pone en letras mayúsculas en el vehículo blanco: LOS ÚLTIMOS LÉMURES DEL MUNDO. ¡Conque hay más lémures, entonces!

Sabe que el lémur es un primate de Madagascar y que en los últimos años solamente en Berlín han contado con unos cuantos ejemplares supervivientes. Hasta que no se haya desvanecido la última esperanza de que una especie en peligro de extinción se reproduzca, no se permite a los parques zoológicos llevar estos animales en los coches blancos y exhibir la especie a mucha gente en muchos países del mundo. En la naturaleza no se han encontrado lémures desde hace ya muchos años.

Compra la entrada a un hombre de mofletes rojos y perilla. También vende algodón de azúcar y palomitas, pero no le apetece ni lo uno ni lo otro.

La entrada tiene el tamaño de un naipe. Por un lado hay una foto de un lémur, y debajo de la foto pone *Lemur catta*. Al otro lado del naipe pone: Animalia, Chordata, Mammalia, Primates, Lemuridae. Hay un par de frases explicando por qué la especie se extinguió en Madagascar. Su hábitat se destruyó a causa de los incendios, los árboles fueron talados con el fin de producir carbón vegetal y su población se redujo también por la caza humana. Pero el verdadero golpe mortal llegó de la mano del cambio climático global.

Nova es la primera visitante. Casi todo el vehículo es una jaula, y en ella saltan tres lémures entre palos artificiales y plantas verdes. El suelo está cubierto de serrín. Hay tres animales, y todos son hembras, porque en la carta pone ♀ ♀ ♀. Nova ha visto cartas como esta muchas veces. Tiene una baraja entera. Las cartas son valiosos recuerdos de los animales a los que le dio tiempo a ver antes de que desaparecieran.

Los tres ejemplares miden algo más de un metro desde el negro hocico hasta el extremo de la cola. Más de la mitad de la longitud total del cuerpo corresponde al sólido rabo, con anillos negros y blancos. Los animales saltan nerviosos de un lado a otro detrás de la tela metálica, mirándola con sus ojos entre marrones y amarillos. Nova se pregunta cuánto entenderán estos animales. Cree que entienden más de lo que son capaces de expresar. Y sabe que al cabo de uno o dos años se oirá el último «plin» en la App de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza como un último adiós de esta especie de Madagascar, antaño tan numerosa.

Graba con el móvil unos videoclips de los lémures. Al salir del vehículo blanco se encuentra con una madre que lleva un hijo en cada mano, los dos muy emocionados con lo que van a ver. Cada uno lleva un cucurucho de palomitas. Cuando salgan del furgón tal vez lleven también un algodón de azúcar. No todos los días los coches blancos recorren el país.

La rana

Ana entró una vez más en el periódico digital y leyó en voz alta:

ÚLTIMA HORA. Statoil desmiente que la compañía vaya a operar en alguna zona conflictiva del Cuerno de África. En cuanto a otras partes de la plataforma keniana, por razones de competencia, no quiere confirmar ni desmentir algunas especulaciones que se han...

Jonás dijo:

–Pero sí que quieren chupar del petróleo.

Ana lo miró, casi suplicante:

–En este momento tal vez no sea eso lo más importante.

–¿Y qué es lo más importante entonces?

–Lo más importante es saber si esta última noticia es positiva para Ester Antonsen. O para Ben.

–¿Ben?

–Sí, lo utiliza cuando tiene prisa. Voy a enviarle un sms.

Tecleó dos palabras:

¿Alguna noticia?

Al cabo de unos minutos recibió la respuesta:

Nada nuevo. Te mantendré informada.

Ana suspiró.

–Sí que está depre, el pobre –dijo.

Jonás había empezado a mirar algunas de las hojas que tenía delante en la mesa. Cogió una de ellas y leyó en voz alta:

La naturaleza humana se caracteriza por un sentido de orientación generalmente horizontal. Siempre hemos dejado vagar la mirada, atentos a posibles peligros y botines. Así tenemos una propensión natural a protegernos a nosotros y a los nuestros. Pero no tenemos la misma propensión natural a proteger a nuestros descendientes, y mucho menos aún a proteger a otras especies diferentes a la nuestra.

Está muy enraizado en nuestra naturaleza como seres vivos favorecer a nuestros propios genes. Pero no tenemos ninguna propensión natural a proteger nuestros propios genes de dentro de cuatro u ocho generaciones. Es algo que tenemos que *aprender*. Es algo que tenemos que aprender de la misma manera que hemos tenido que memorizar la larga lista de los Derechos Humanos.

Desde nuestro origen en África hemos librado una acérrima lucha por que nuestra rama no fuera cortada del árbol genealógico de la evolución. La lucha ha dado resultado, porque seguimos aquí. Pero el ser humano ha tenido tanto éxito como especie que estamos amenazando nuestros propios medios de subsistencia. Hemos tenido tanto éxito que estamos amenazando los medios de subsistencia de todas las especies.

A un primate juguetón, ingenioso y presumido le puede resultar fácil olvidar que también nosotros somos,

al fin y al cabo, naturaleza. ¿Pero somos tan juguetones y tan presumidos que el juego en sí se antepone a la responsabilidad del futuro del planeta?

—Una buena pregunta —comentó Jonás.

—¿Cuál?

Ana estaba pensando en la gran pregunta que le había hecho por teléfono antes de que los dos salieran de sus respectivas casas hacía unas horas. *¿Cómo vamos a ser capaces de salvar 1.001 especies vegetales y animales?* Pero Jonás señaló la hoja que acababa de leer, y dijo:

—¿Somos tan juguetones que eso se antepone a la responsabilidad del futuro del planeta? Simplemente digo que es una buena pregunta.

Ana sonrió, un poco condescendiente.

—Por esa razón lo he recortado, ¿sabes?

A Ana le gustaba que Jonás se interesara por lo que ella había buscado en la red y recortado de periódicos y otros medios. Al mismo tiempo estaba muy interesada en saber la conclusión a la que él había llegado mientras iba esquiando por la planicie. Preguntó:

—¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo podemos evitar la extinción de 1.001 especies vegetales y animales?

Jonás dejó la hoja en la mesa. Descubrió entonces un recorte de periódico y leyó el contenido en voz alta, como si se tratara de la respuesta a la pregunta de Ana:

Si pretendemos salvar la biodiversidad de este planeta, tendrá que darse un giro copernicano en nuestra manera de pensar. Tan ingenuo como creer que todos los cuerpos celestes se mueven en órbita alrededor de nuestro planeta, resulta vivir como si todo tratara de nuestra propia época. No es así. Nuestra propia época no tiene una importancia mayor que todas las épocas que vendrán después de nosotros. Para *nosotros*, nuestra época es la más importante, claro está. Pero no podemos vivir como si nuestra época también fuera la más importante para los que vendrán después de nosotros.

Jonás asintió con la cabeza, primero para él mismo, luego miró a Ana y le hizo a ella el mismo gesto:

—Visto con nuestros ojos, está claro que fue una locura pensar que la Tierra era el centro del universo y que todos los demás cuerpos celestes se movían en órbita alrededor de nuestro planeta. ¿Pero es menos locura vivir como si hubiera más planetas donde cosechar que este único que tenemos que repartirnos?

Ana se estaba impacientando. Quería saber la conclusión de Jonás. Pero él sacó otra hoja de *¿Qué hay que hacer?* y leyó en voz alta:

Según una antigua metáfora, si se mete a una rana en agua hirviendo, el animal saldrá inmediatamente del agua para salvar el pellejo. Pero si se mete a la rana en un caldero de agua fría que se va calentando hasta el punto de ebullición, la rana no percibirá ningún peligro y morirá hervida.

Una vez más Jonás asintió con la cabeza y dijo:

—¿Nuestra generación es una de estas ranas? ¿O las democracias en las que vivimos?
¿Soportará nuestro planeta toda esta «humanería»?

Los autómatas verdes

Nova está en la capital con el chico árabe que en una ocasión se alojó en la habitación de los cojines, lo que significa que han vuelto a verse. Bisa ya no vive, y ahora es Nova quien lleva el anillo rojo. Es tan mayor ya que viste un traje de chaqueta negro, y sobre los hombros se ha puesto un chal rojo. El elegante traje se debe a su visita a la capital, y el color del mismo tiene relación, claro está, con la muerte de la bisabuela.

El chico árabe también es adulto ya. Lleva una túnica blanca que casi barre el asfalto cuando anda. Nova no sabe qué clase de ropa lleva debajo de la túnica.

Pasean por las calles principales de la ciudad inspeccionando los autómatas verdes, que pronto se encontrarán a disposición del público. Pero las calles siguen desiertas, sin gente. Nova y el chico árabe tienen el centro para ellos solos.

Las cajas verdes están colocadas en cada dos esquinas, en todas las estaciones de metro y delante de algunos edificios monumentales.

Las campanas de la torre del Ayuntamiento empiezan a tocar una conocida melodía popular. Es la señal que están esperando. Los dos se acercan a sendos autómatas verdes, ella con la tarjeta roja y él con la azul.

Se miran cada uno desde su esquina con un guiño de complicidad, antes de pasar sus tarjetas por los autómatas. Nova elige las plantas y animales por los que quiere apostar dinero. Cada vez que teclea un número, una imagen de vídeo sale en la pantalla. No es posible obtener ninguna imagen sin antes haber metido alguna moneda para conservar justo ese fragmento de naturaleza que representa la imagen.

Mientras mira la pantalla y apuesta, la ciudad empieza a llenarse de gente. Suben de las estaciones de metro, bajan de los autobuses y pasean por las calles. Muchos quieren probar los autómatas verdes y empiezan a formarse pequeñas colas delante de ellos. La gente charla animada. Discuten enardecidos y gesticulan.

Entre toda esa muchedumbre a Nova le cuesta volver a encontrar a su acompañante. Pero, por suerte, el hombre saca media cabeza a la mayoría. Se vuelven a encontrar, chocan las palmas de las manos, ella lo mira y se ríe.

—Esto es como volver a poner el mundo en marcha —dice.

Él contesta:

—Solo se trata de tomarse la naturaleza del ser humano en serio.

Gamificación

—Al mundo se le ha dado una nueva oportunidad —repitió Ana—, y ahora tendrás que decirme cómo vamos a aprovechar esa oportunidad.

Jonás levantó por fin la mirada de los papeles de la mesa. Sonrió de esa manera que a Ana tanto le gusta, abrió un bolsillo con cremallera del traje de esquí, sacó unas hojas dobladas y se las dio.

Arriba, en la primera hoja, Ana leyó el titular: *¿Cómo vamos a ser capaces de salvar 1.001 especies vegetales y animales?* En letra un poco más pequeña ponía: *Respuesta a la pregunta de Ana.*

Ella las hojeó deprisa y contó siete páginas impresas. Miró a Jonás:

—Ya me parecía a mí que tardabas mucho, ¿pero cómo te ha dado tiempo a escribir todo esto?

—Es un secreto. Lee.

Ana se puso a leer en voz alta las hojas que tenía en las manos. Mientras ella leía, Jonás puso más leña en la estufa, y luego cogió los prismáticos y se colocó delante de la ventana de cuadrados.

Todas las plantas y todos los animales dependen de sus hábitats, y cuando una parte de la naturaleza es agredida, constituye una amenaza para todas las especies que se encuentran integradas en ese ecosistema. Lo que ocurre en estas zonas tiene que ver en gran medida con cuestiones económicas. Los ricos no escatiman ningún medio para hacerse aún más ricos, por ejemplo extrayendo recursos naturales como petróleo, carbón y minerales en áreas vulnerables. Pero también la pobreza del hombre puede conducir a que los ecosistemas sean explotados de un modo que no resulte sostenible.

El problema es que este tipo de cuestiones se vuelve a menudo tan inmenso que supera la capacidad del individuo de reaccionar ante ellas. ¿Qué hago yo por el Amazonas, por ejemplo? ¿Qué responsabilidad asumo por la sabana africana o por la población de peces en el Atlántico? Pero no es así como piensa la gente. El cerebro humano no está construido de esta forma.

El ser humano es un animal juguetón, egocéntrico e individualista. En consecuencia, todos los intentos de salvar la humanidad y el planeta que habitamos han de tener esta premisa como punto de partida. A modo de introducción, voy a poner un ejemplo:

Supongamos que te interesa en particular el tigre y quieres hacer algo para salvar esta especie de la extinción. Entonces puedes ir por ahí preguntando a la gente con la que te encuentres cuánto está dispuesta a pagar para que se aseguren los hábitats del tigre. A lo mejor llevas contigo una hucha para recolectar dinero a favor del Fondo del Tigre, u organizas un bazar, un mercadillo o una gran lotería. Ya que se trata de humanos, las loterías y los mercadillos encajan bien.

Casi todo el mundo está dispuesto a dar una corona, unos 10 céntimos de euro, para el tigre, lo hacen sin pensárselo dos veces. Y algunos hasta dan diez coronas, es decir, lo mismo que cuesta una chocolatina o un pastelillo. Pero otros dan cien coronas en apoyo al tigre, y algunos están dispuestos a dedicar mil o diez mil coronas, a condición de salir en los periódicos. Tampoco podemos descartar que haya algún gran inversor con un interés especial por los tigres y que, por razones personales, tenga una inmensa necesidad de llamar

la atención y esté dispuesto a donar un millón de dólares o de euros para contribuir a la conservación del tigre para las generaciones venideras. La verdad es que se compran piezas de arte por sumas como esa, es decir, objetos que seguramente deleitan al ojo mientras duran pero que no son vivos, que no son capaces de reproducirse y que nunca aumentarán en magnitud o extensión. Antes o después también habrá una anciana viuda que deje en testamento toda su fortuna a favor de la promoción del tigre. No es demasiado improbable, porque el abuelo de la anciana viuda fue coronel británico en la India, y por desgracia participó en la matanza de nada menos que ocho tigres, y una de esas pieles de tigre sigue delante de la chimenea en la biblioteca de la vieja casa familiar en Birmingham.

Será posible aportar un apoyo de este tipo al tigre en todo el mundo. Lo único que hay que hacer es ingresar el dinero en una determinada cuenta bancaria, llamémosla «La cuenta del tigre», y supongamos que unos cuantos millones de personas metieran algo de dinerillo en esta cuenta de vez en cuando, por ejemplo una vez al mes, si algunas personas decidieran apadrinar al tigre, y de esta manera se habrá reunido en poco tiempo unos miles de millones de euros o de yuanes para un ambicioso programa que se ocuparía de los hábitats del tigre. Pero lo primero que hay que hacer es invertir grandes sumas en detener la caza ilegal o furtiva, tanto del propio tigre como de sus animales de presa. En el peor de los casos, se necesitaría un ejército entero de guardabosques para estos primeros auxilios. En el mercado ilegal, hoy se paga fácilmente medio millón de coronas, casi 64.000 euros, por una piel de tigre, y el precio seguirá en aumento conforme haya menos animales vivos en la naturaleza. Además, los precios suben al introducirse castigos más severos por esta clase de crímenes contra la fauna. De todos modos habrá que aumentar las penas. Pero este programa de los guardabosques no es más que un primer paso, porque luego habrá que asegurar también algunos sólidos corredores entre las distintas poblaciones de tigres, con el fin de evitar la endogamia. También hay que encargarse de conseguir los animales de presa de los que se alimentan los tigres, como por ejemplo jabalíes, ciervos y antílopes, lo que a su vez significa que hay que cuidar el ambiente vegetal del que dependen estos animales herbívoros. Conservar el tigre significa la necesidad de conservar también una larga serie de otras especies vegetales y animales. En este sentido el tigre no es más que un símbolo de algo mucho más grande que él mismo, y cuando desaparece, es la señal de una naturaleza en desintegración.

—De acuerdo —dijo Ana—. Muy bien. Pero ¿por qué el tigre? ¿Por qué no el oso polar?

—Creo que respondo a esta pregunta en la siguiente frase.

Continuó leyendo:

¿Por qué centrarse en una determinada especie? ¿Y el búho real?, ¿y el zorro ártico? ¿Qué pasa con las ranas y las salamandras? ¿Y todas las demás especies amenazadas? La respuesta es que cada una tendrá que tener su propia cuenta bancaria. Además del programa para tigres, tiene que haber otros mil fondos más. Así habrá exactamente 1.001 fondos para especies vegetales y animales amenazadas, lo que es un número relativamente redondo. Un buen surtido donde *elegir*. En lugar de aportar algo para la promoción del tigre, debe ser posible apoyar a fondos completamente distintos, como por ejemplo el fondo del león o el de las salamandras, por razones completamente personales, se entiende, por no decir ideológicas o sentimentales. Lo que importa es la libertad de elección y toda esa *atención* que despierta.

Se publican informes que insinúan que hasta un millón de especies pueden estar amenazadas debido solo al cambio climático. Pero eso no significa que sea deseable contar con un millón de fondos diferentes. Tal vez debamos reservar fondos propios para especies de aves grandes y mamíferos. Pero un solo fondo tendría que ser suficiente para favorecer a todas las especies de pulgones, por ejemplo. Bastaría con captar el interés de aquellos que, por razones personales (por ejemplo, una exótica experiencia en la infancia), sienten una compasión especial por los pulgones. Pero si vas a salvar al pulgón, también tienes que salvar las hojas por las que se mueve, entonces también puede que salves a la liebre y el corzo, y con ellos al lince. Todo lo que hay en la naturaleza está relacionado. La biodiversidad trata tanto de la pérdida de naturaleza y recursos ecológicos como de la pérdida de determinadas especies. Las especies que han perdido su hábitat natural y solo siguen vivas en parques zoológicos se encuentran a solo un paso de su extinción final.

—No entiendo cómo te ha dado tiempo a escribir todo esto.

Ana miró a Jonás, pero él seguía de espaldas, contemplando la planicie con unos viejos prismáticos. No le veía la cara y no sabía qué expresión tenía.

—¿Qué te parece?

—Bastante bien. Me interesa mucho saber cómo sigue. Creo que me gusta.

—¡Continúa!

Mi pregunta es cuáles son los sistemas sostenibles para mantener el interés de la gente por la biodiversidad, y ya he mencionado la libre elección como un factor importante. Pondré otro ejemplo: Imaginemos que la gente pudiera elegir a qué partidas del presupuesto del Estado quiere contribuir, en lugar de estar obligada a pagar un 30% o un 40% de impuestos, casi como un castigo social, porque uno no tiene ninguna influencia directa sobre el uso de este dinero. A lo mejor no estaría mal que la gente pudiese elegir a qué dedicar sus impuestos, porque entonces algunos elegirían dedicarlos a Defensa, otros a Educación, Investigación, Protección del medioambiente, Cooperación o Transporte público, otros elegirían Museos, Guarderías, Hospitales, Ópera, Asistencia a la tercera edad. A lo mejor el resultado final sería más o menos como ahora. La diferencia estaría en unos contribuyentes contentos. Este sistema conservaría el placer del ser humano por todo aquello que huele a individualidad, competición y juego.

Y luego podemos transferir el dinero a la Protección del medioambiente. Si los políticos introdujeran de repente un impuesto medioambiental, muchos protestarían por otro impuesto más, pues ¿qué significa Medioambiente, y cuál es la política medioambiental mejor y más importante? Si se introdujera un impuesto más específico para conservar la biodiversidad, es decir, toda la variedad de plantas y animales que hay en la naturaleza, a lo mejor se apuntaría más gente, pero habría algunos que aun así protestarían, porque ¿cuáles son la especies dignas de conservarse? Yo, por mi parte, no aguanto ni a los lobos ni a los glotones, puede que dijera un campesino dedicado a la explotación de ovejas, o un sami dedicado a la cría de renos; un representante de la jungla del asfalto de esos que siempre están en los cafés tendría seguramente algo que oponer a pagar impuestos por algo tan poco importante como los halcones o los búhos navales, especies a las que esta persona tan urbana no se acercará nunca. Pero si cada contribuyente tuviera derecho a indicar de 1 a 8 especies a las que dedicar su impuesto medioambiental, entraría en juego un elemento de elección personal y voluntariedad, a la vez que se tendría algo de qué hablar, algo con lo que hacerse importante.

Ana dijo:

—¿Quieres decir que pretendes tener 1.001 distintos *fondos* que la población del mundo podrá gestionar? Así, se puede dedicar 1 o 2 coronas, unos céntimos de euro, al Fondo de los osos un día, y tal vez otro día se tenga una inclinación especial a favor del águila real, el búho o el azor. Y al menos una vez al año, por ejemplo en Navidad, se daría 1 o 2 coronas para las salamandras o las ranas amenazadas, ¿verdad?

—O al revés, es decir para salamandras y ranas una vez a la semana, y para el águila real y el azor en Navidad y Año Nuevo. ¿Qué viene antes, el gavilán o la rana?

—La rana —contestó Ana—: el gavilán necesita algo de lo que vivir.

—¿Y antes de la rana?

—Insectos y otros artrópodos... y gusanos. Una vez vi una rana tragarse una lombriz entera.

—¿Y antes de eso?

—Plantas... setas... y organismos unicelulares.

—Muy bien.

—Pero, Jonás, eso *no* vale. Es imposible que hayas escrito todo esto hoy. No me lo creo. Te lo digo como lo siento. ¡No te creo!

—¿No puedes simplemente dedicarte a leerlo?

Ella volvió a mirar la hoja:

Pero intuyo alguna objeción. ¿Le importa a la gente la Naturaleza? ¿No hemos transformado la Tierra en un gran parque de atracciones? Es posible que haya tantas atracciones divertidas para elegir que seamos ya incapaces de unirnos en torno a grandes tareas comunes de la humanidad. Compartimos un planeta, pero no todo el mundo es capaz de pensar de un modo planetario. Hay demasiada libertad en el mundo, demasiados derechos para el individuo, demasiado poder adquisitivo para los ricos, demasiados barriles de petróleo y motores a reacción a disposición de quienes son los más ricos de todos, pero hay demasiado poca responsabilidad por el planeta en el que vivimos y por el reparto justo de sus recursos. La gente se interesa por miles de otros aspectos antes de ponerse a pensar en algo tan especial como el bien de la naturaleza y del planeta. Basta con ver cuánto escriben los periódicos y las revistas sobre deportes y juegos de azar, restaurantes y vinos, coches y cruceros, teléfonos móviles e informática, jardinería y decoración de la casa, cocina y ejercicio físico, medicinas y enfermedades por malos hábitos de vida, salud y drogas, sexo y vida en solitario... Por no mencionar los que lo hacen sobre cotilleos y escándalos. Cada día se lee algo acerca de algún famoso de la televisión que se casa o que se divorcia, que se droga o que se desintoxica. De eso habla la gente. Ahí es donde encontramos a la gente. Esto es lo que quieren. Nos hemos alejado de la naturaleza en la que vivimos y de la que, al fin y al cabo, dependemos por completo. Ha llegado ya a tales extremos que la mayoría sabe mencionar más nombres de futbolistas y estrellas de cine que de especies de aves.

¿Qué quiero decir con todo esto? Creo que con una iniciativa humana de este tipo tal vez podamos conseguir salvar algo tan diversificado como 1.001 especies vegetales y animales amenazadas. Con esta clase de seres humanos, quiero decir. Es importante tenerla en cuenta. Basta con desviar parte del enfoque de la gente hacia los resultados deportivos, los cotilleos sobre famosos y lo que llamamos «arte» y «cultura» hacia el mundo en sí: la naturaleza viva y toda la riqueza de especies vegetales y animales que ahora están en peligro de desaparecer. Y se podría charlar y cotillear como antes, pero esta vez también un poco sobre el arao común, el frailecillo o el rinoceronte, y no solo sobre el Real Madrid, el Arsenal o el Barcelona. Se podrían introducir unos estupendos juegos de azar con el tema *Especies amenazadas*, no estaría mal. *¡Décimos de lotería del Frailecillo: sorteo el 31 de julio! ¿No? Bueno, también tengo boletos para rascar del Búho nival. Y si no te interesan mucho las aves, también me he traído las participaciones para la del Lince de este año, lo encontrarás en la red a partir de mañana por la noche.* Oigo ya el zumbido de las voces. Oigo un maravilloso parloteo que por fin está al lado de la naturaleza: *No, hoy invito yo, acabo de ganar unas cuantas coronas en la lotería de Tortugas marinas.*

Ana se quedó boquiabierta, pero todavía podía ver solo una espalda.

—¡Jonás... Jonás!

Entonces él se volvió.

—¡Estás loco! —dijo Ana—. Pero eres genial. Tendrás que pedir ayuda a un psicólogo, Jonás. O quizá deberíamos hacer otro viaje a Oslo. Te vendría bien una larga charla con Benjamín. *¡Ojalá vuelva pronto Ester de África!*

Jonás se rio, y Ana siguió leyendo:

Una condición para todo esto sería la elaboración de un catálogo con un número de cuenta para cada una de las especies vegetales y animales amenazadas, un listado en la red de fácil acceso. Se podrían organizar loterías internacionales de las distintas familias de especies amenazadas, por ejemplo de todos los felinos, búhos u osos. O algunos juegos de más envergadura: un sorteo cada dos años de superfamilias de animales, como anátidos, predadores o bisulcos. Los sorteos de las loterías nacionales más importantes serían

retransmitidos por la televisión, claro está que como acontecimientos a los que acuden en masa las estrellas del país con el fin de exhibir sus nuevos vestidos y trajes chic, y los sorteos de los juegos globales más importantes se retransmitirían en grandes shows televisivos para todo el planeta. Entre tanto, se pueden hacer quinielas y apuestas a menor escala, por ejemplo sobre cuántos animales quedan de una especie particularmente amenazada, porque se tendrá que llevar la cuenta de cuántos ejemplares quedan aún en la naturaleza.

Pero yo vuelvo a preguntar: ¿Hay razón alguna para creer que la población apoyará un circo de este tipo en beneficio de las especies vegetales y animales del planeta? En este sentido, pienso que si las pausas para comer y los encuentros entre amigos en bares pueden ser dedicados exclusivamente a discutir sobre que once tíos en el transcurso de dos tiempos de 45 minutos consigan meter el balón más veces en la meta del adversario que este en la suya, no es imposible que la gente también, bajo ciertas condiciones, pudiera engancharse a ver cuántos leones quedan en el mundo, o cuántos chimpancés, sobre todo si al mismo tiempo se pueden ganar con ello unas coronas o unos euros, e incluso cosechar un poco de fama, un poco de gloria alrededor de la mesa del café. Basta con pensar en lo que la gente podría aprender sobre la naturaleza debido a toda esa atención que despertarían tales juegos, tanto en la sociedad local como en la global. Algunos conseguirían grandes premios y otros serían famosos en sus países por un breve espacio de tiempo: *Este tipo es fabuloso. Una vez más ha barrido en el concurso sobre las familias de animales, moluscos, artrópodos y vertebrados. El tío se ha forrado, se ha comprado un coche eléctrico y un dúplex en el barrio de Homansbyen. ¿Por qué no? Los millonarios de fauna no son como otros millonarios.*

—No, Jonás. Te estás pasando. Esto empieza a parecer un blog o el periódico de un instituto.

—No has leído todo.

—Además, no puedes haberlo escrito hoy. ¿Simplemente has entrado en Internet y has cortado y pegado?

Jonás sonrió. No hizo ademán de contestar, y Ana siguió leyendo:

Puede parecer que quiero aliarme con el diablo. Pero no: yo solo quiero aliarme con la naturaleza humana. Me imagino que algo de todo este parloteo puede llegar a adoptar un nuevo contenido, aunque la forma siga siendo la misma. No tenemos que escandalizarnos porque los adultos a veces recuerden a monos y niños pequeños. De hecho descendemos de los unos y de los otros. Debemos conservar la competición o el concurso, porque a la gente le gusta competir: *¿Cuántos tigres quedan en el mundo? ¿Dónde viven? Hay que contestar con exactitud; si no, seréis expulsados... Vale, vale. ¿Qué hace falta para que estas poblaciones sobrevivan? Pensadlo bien, tenéis una única oportunidad. ¿Qué podemos hacer exactamente para salvar los hábitats del tigre? Nos referimos tanto al tigre bengalí como al siberiano... A continuación tenéis que situar la problemática del tigre dentro de un contexto global. Hacednos un breve informe sobre la situación de todos los felinos del mundo: la familia Felidae. Para terminar, tenéis que explicar lo que se ha observado durante el trabajo de campo en el transcurso del último medio año. Los equipos tienen que dar respuestas muy precisas...*

¿No sería liberador que un día saliera en los periódicos una nueva clase de titulares en las páginas de cotilleo? *Arquitecto de interiores apoya a 114 vertebrados amenazados... Este profesor de inglés siempre sintió mucho cariño por ranas y salamandras... El profesor Hjort deja toda su fortuna al fondo de ungulados... Granjero de Vinstra vende sus fincas y dona todo el dinero al león... Pensionista sigue aportando semanalmente para el zorro polar... ¿Quién hizo más a favor de las aves durante el año pasado? Gran expectación este domingo ante la transmisión del concurso Pájaro de Oro...*

Por otra parte, a la gente hay que darle algo. Tienen que poder llevarse a casa algunos objetos visibles que puedan luego colgar en la pared o poner en la repisa de la chimenea. Una persona que en total ha donado mil coronas —poco más de 125 euros— a la población de renos salvaje recibe un lazo o un cinturón de un determinado color, y al que ha donado más de cinco mil coronas —casi 650 euros— se le da un lazo o cinturón de otro color. Luego, puede continuar el cotilleo y la charla o lo que sea, eso está bien, es natural y humano.

O la gente puede quedarse en sus casas chateando: *¿Sabías que ese tipo es cinturón negro de renos salvajes?* Se puede hablar de estas cosas durante la comida del día de Navidad. Está bien, es estupendo. ¡Estoy a punto de volver a sentir cariño por la gente!

—No has podido teclear todo esto antes de ponerte los esquís. Creo que llegaste unos diez o quince minutos más tarde de lo que yo había calculado. ¡No diez horas! Y después de haber trabajado unas semanas en la creación de un grupo medioambiental queda un poco mal que no escribas nada sobre el cambio climático.

—¡Lee, Ana!

De nuevo intuyo una objeción. ¿Qué hacemos con el cambio climático? ¿No es el calentamiento global la amenaza individual más importante para todo ese millón de especies vegetales y animales? Es correcto, y debemos decir por tanto que el 35% de todo el dinero que se recoge para los 1.001 fondos se destina a turbinas eólicas, energía solar, investigación de fuentes alternativas de energía —como la de fusión—, y en general al trabajo que se realiza para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero —más bien como una especie de IVA para poder participar en el juego—. Tal vez sea así de fácil. Reducir emisiones de gases de efecto invernadero no constituye ya ningún problema, se ha convertido en parte del nuevo deporte popular.

Mi intención ha sido mostrar que, a la larga, no sirve apelar a la mala conciencia del individuo, porque se supone que él o ella carga con una mil millonésima parte de la responsabilidad del futuro de la Tierra. Si queremos que participen todos los humanos en este proyecto, habrá que tener en cuenta las diferencias que existen entre unos y otros y sus maneras de pensar y actuar. Tened en cuenta todo el interés y toda esa manía de coleccionar relacionados con plantas y animales que ya existen ahí fuera, me refiero al interés por todo, desde orquídeas, escarabajos y mariposas hasta periquitos, pinzones y papagayos, rosas, grosellas y rododendros, gatos y perros, serpientes e iguanas, ratas y ratones. Pero cuando se decide dar unas cuantas monedas al fondo de rosas o al de papagayos, se contribuye a la vez a frenar el calentamiento global.

Para terminar, quiero agradecer personalmente a Ana Nyrud el haberme instado a sentarme durante catorce minutos delante del ordenador con el fin de adaptar esta conferencia sobre biodiversidad que ofrecí a mi clase el jueves de la semana pasada. El título de entonces fue «¿Cómo despertar el interés popular por la biodiversidad?».

Jonás Heimly, Lo 11.12.2012

Ana levantó la cabeza.

—Entiendo... Es una conferencia buena, muy buena, de hecho. ¿Pero quién va a poner en marcha todo esto?

Jonás no contestó.

—¿Qué te dijo la profesora? ¿Te puso nota?

—Dijo que era una conferencia divertida, que el lenguaje era bueno y que la presentación ante la clase había sido animada. Me puso un 5, y dijo que la única razón por la que no me ponía un 6 esta vez era que quizá fuese un poco improbable que algo así pudiera llevarse a cabo. Las ideas eran frescas, dijo, pero no tenían «toma de tierra».

—Yo también pienso un poco eso.

Se quedaron callados unos instantes. De repente Jonás abrió los ojos de par en par.

—Espera un momento... Olvida esos catálogos, las cuentas y todo ese rollo de transferir

dinero. ¡Creo que vislumbro algunos mecanismos!

–¿Mecanismos, Jonás? ¿Qué quieres decir?

–Quiero decir el juego en sí.

–¿Sí?

–Me estoy imaginando unos autómatas verdes colocados por todo el mundo en todas partes donde hay gente: en aeropuertos, esquinas de las calles y estaciones del metro. Solo tienes que pasar tu tarjeta por esos autómatas. Tecleas la clave de la especie a la que deseas apoyar, habría números del 0001 al 1001, y al instante aparecerían en una pequeña pantalla unas fantásticas imágenes de vídeo de la especie en cuestión. Es parecido a la televisión de pago. Solo podrás ver la naturaleza a la que apoyas, a la vez que participas en un sinfín de distintos juegos de azar. Como existen unos miles de millones de personas y unos millones de especies vegetales y animales, no sería imposible introducir algo de juegos y diversión en toda esta protección vegetal y animal. Algunos lo llaman *gamificación*...

Ana suspiró, un poco desanimada. Dijo:

–Ya has hablado antes de eso.

–¡No! Es algo que se me ha ocurrido ahora.

Ana suspiró de nuevo:

–Entonces es algo que he soñado.

Su mirada era de repente distante. Durante varios segundos permaneció sentada, mirando a través de él.

–¿Ana?... ¡Ana!

Ella lo miró a los ojos de nuevo, y dijo:

–No lo puedo remediar, Jonás.

Bonitas casas de fin de semana

Nova se ha pintado las uñas de rojo y está dando un paseo por el bosque de abedules. Resulta un poco absurdo haberse pintado las uñas justo antes de ir al bosque. Nunca se encuentra con nadie en esos paseos y, además, es probable que tenga que usar las manos.

Llega al bosque bajo, se está acercando ya a la vieja granja de verano. En otros tiempos tenían allí sus cabras y vacas desde San Juan hasta septiembre. Debajo del establo de las vacas estaban los cerdos, y por el patio andaban las gallinas. Las ovejas cuidaban de sí mismas durante todo el verano, moviéndose libremente por esas montañas donde ahora hay bosque.

El viejo sistema de las granjas de verano ya ha pasado a la historia. Pero las casas siguen allí, tras vallas de piedra cubiertas de vegetación, como pequeños mundos acogedores. Algunas se mantienen en buen estado y son usadas como bonitas casas de fin de semana. Algunas familias mantienen los patios libres de maleza y árboles.

Nova corretea por entre los blancos troncos, cruza de un salto un arroyo y disfruta de todos esos secretos que tal vez sea la única persona que conoce de verdad. Oye un crujido en la maleza y descubre un corzo. Parece ser un corcino. Por un instante el animal se queda inmóvil mirándola. Luego, desaparece.

Sube la última pequeña cuesta que conduce hasta la vieja cabaña con la intención de entrar en ella, pero al acercarse descubre a través de los cristales cuadrados que hay alguien dentro. Es la bisabuela Ana. No cabe duda: es ella. Nova ha visto montones de fotos y vídeos de Bisa cuando era una adolescente. También hay un joven, un adolescente como Ana.

Pasa sigilosamente por delante de la cabaña. No quiere molestar a los que son jóvenes en esa época.

El anillo de Aladino

Jonás cogió la mano de Ana por encima de la mesa y se puso a jugar con el anillo rojo.

—Háblame del anillo.

—¿Del sueño? ¿O del cuento de Aladino?

—De la realidad, me refiero.

Ana le explicó que el anillo era propiedad de la familia desde hacía más de cien años. La bisabuela de Ana se llamaba Sigrid, y ella había heredado el anillo de la anciana tía Sunniva, su hermana mayor, que había emigrado a Estados Unidos y se había comprometido con un persa que vendía alfombras. Era una historia triste, muy triste, porque solo unas semanas después de haberse celebrado el compromiso por el que Sunniva recibió el precioso anillo, Esmail Ebrahimi, que era como se llamaba el persa, cayó al río Mississippi desde un vapor de ruedas, y desde entonces nadie volvió a verlo. Se cayó al río o fue empujado fuera de la borda, como decían algunos, porque el vendedor de alfombras llevaba a bordo un bazar de alfombras persas, al menos una buena carga, y todas habían desaparecido antes de que nadie tuviera tiempo de informar sobre la desaparición del mercader. Para entonces la tía Sunniva estaba ya harta de América, y consiguió regresar a su patria un año escaso más tarde. Lo único que se trajo fue el misterioso anillo, además del dolor y la tristeza, porque la tía Sunniva estaba perdidamente enamorada del galante persa, tan perdidamente que algunos dudaban de que la relación pudiese acabar en matrimonio, pues a veces decían que era una relación «no adecuada». El anillo sí que era auténtico. Tan misterioso e incomparable con cualquier otro objeto era el anillo rojo que, al parecer, provenía de Aladino, del mismo del que se habla en *Las mil y una noches*. Al menos eso era lo que decía la tía Sunniva, que se aferró a esta idea hasta que murió de tisis, soltera y sin hijos, cuando volvió de América. La tristeza por no haber engendrado ningún hijo le estuvo royendo hasta el final, y fue durante toda su vida el miembro más cariñoso y atento de la familia. Una y otra vez repetía que le gustaría significar algo para los que habitaran el mundo después de ella. Un resultado visible de ese deseo fue todo lo que tejió, bordó y cosió para el gran abanico de sobrinas y sobrinos. La abuela materna de Ana era una de esas sobrinas, fue ella quien heredó los cojines con motivos sacados de los cuentos populares. Y luego estaba el anillo, claro, el mismísimo Tesoro de la tía Sunniva. No se destruiría nunca. Pasaría de dedo en dedo a través de muchas generaciones, y ahora el anillo rojo se encontraba en el dedo de Ana.

Jonás le cogió la mano y estudió de cerca el rubí.

—Es *increíblemente* bonito... y parece muy antiguo, de una época muy distinta a esta.

Miró a Ana.

—Pero... ¿no dirás en serio que puede que tenga su origen en el cuento de Aladino, verdad? ¿No era ese el de la lámpara maravillosa?

Ana asintió y continuó su relato:

—Sunniva tenía solo 38 años cuando murió de aquella tisis, o bronconeumonía tuberculosa. Este anillo era la única prueba visible de la existencia de su gran amor, y de que él la había amado por encima de todas las cosas. Nadie regala un anillo tan especial a una amiga cualquiera. Estoy segura de eso. Tuvo que ser un anillo de compromiso, del que Esmail aseguraba que tenía más de mil años.

Jonás volvió a mirarla:

—A lo mejor exageró un poco. Esa tía tuya debía de ser un poco ingenua, ¿no?

Ana negó firmemente con la cabeza.

—El anillo fue examinado hace cincuenta años por un joyero noruego, un especialista en joyas orientales, y llegó a la conclusión de que tenía cientos de años, si no más. Dijo que era una auténtica antigüedad e insinuó que en realidad debería estar en el museo Histórico Nacional de Teherán. También aseguró que el rubí en sí, de color sangre de pichón, en principio tendría que haber venido de Birmania.

—¿Conque de Birmania, eh? Pero no de un cuento.

Ana continuó con su relato, le encantaba ver cómo Jonás se dejaba llevar por la historia.

—Esmail descendía de una familia muy tradicional, llena de historias que se remontaban a cientos de años atrás. Hace ochocientos años vivió en Persia un personaje histórico llamado Aladino, cuyo nombre significa «Gloria de la fe». Se decía que había recibido este nombre porque, rezando sus oraciones diarias y aferrándose a la fe en el Todopoderoso, fue capaz de defenderse de un malvado mago que quería matarlo. Al parecer, todo se debió a que Aladino pretendía a una bella joven. Parece ser que luego consiguió hacerse con un anillo mágico propiedad del mago, y con ese anillo en el dedo, Aladino era invulnerable a toda clase de magia negra a la que intentaba someterlo el malvado mago.

Jonás carraspeó:

—¿Y se supone que ese Aladino es el mismo personaje del cuento?

Ana lo confirmó primero con un gesto, pero luego sacudió la cabeza.

—No necesariamente —contestó—. En el pasado, vivió un tal Per Gynt en el valle de Gudbrand. Pero ¿se trataba del mismo Peer Gynt que aparece en la obra de Ibsen? ¡Difícilmente! Yo me doy por satisfecha con tener un anillo que proviene de un auténtico Aladino que vivió en Persia en el siglo XIII. Además, debemos tener en cuenta otra cosa, algo que suele recordarnos siempre mi madre, ella que se cree tan sensata.

—Cuéntamelo —dijo Jonás—. Yo también quiero ser sensato.

Ella lo miró a los ojos.

—No es impensable que el anillo venga realmente de un hombre llamado Aladino. Pero,

claro, podría ser que ese Aladino se llamara así por el personaje del cuento. Nadie sabe cuántos años tiene esta historia.

—Está bien —dijo Jonás—. Tiendo a estar de acuerdo con tu madre. En la sala de espera los dos charlamos de muchas cosas. Creo que ella es quien representa la sensatez en la familia.

—Seguro que sí —respondió Ana. Luego repitió en voz alta y acalorada, casi amenazante—. ¡*Seguro que sí!* Pero Sunniva contó algo más sobre este anillo cuando volvió de América, ¿sabes? Algo en lo que creyó ciegamente hasta el día de su muerte. Para entenderlo tenemos que echar un vistazo al cuento de *Las mil y una noches*.

Jonás miró el reloj y ella entendió por qué. En un par de horas sería de noche. Pero prosiguió:

—Aladino salvó la vida dos veces gracias a este anillo. La primera cuando estuvo preso en una gruta y entrelazó las manos para rezar al Todopoderoso. Entonces apareció el genio del anillo por primera vez y liberó a Aladino del cautiverio. La segunda vez fue cuando su palacio, con mujer y sirvientes, fue trasladado de China al continente africano. Aladino se encontraba en la orilla del río y entrelazó las manos para rezar su última oración antes de ahogarse debido a su infinita pena. También en ese instante tocó el anillo y el genio del anillo apareció por segunda vez, dispuesto a cumplir el deseo de Aladino de reunirse con su amada princesa. El genio del anillo no tenía poderes para cambiar lo sucedido y trasladar el palacio entero con la princesa y los sirvientes de vuelta a China, el único capaz de hacer eso era el genio de la lámpara, y la lámpara estaba en África, pero el genio del anillo sí tenía poderes para cumplir con el deseo de Aladino de ser trasladado al palacio.

—Sí, de eso sí me acuerdo —dijo Jonás.

—La tía Sunniva decía siempre que este anillo cuando se forjó había recibido el poder de cumplir *tres deseos*, y solo se habían usado dos de las oportunidades. La tía Sunniva murió convencida de que la persona portadora del anillo podría conseguir que se cumpliera cualquier deseo en caso de gran apuro, pero solo una vez más. La propia Sunniva nunca consiguió inventarse un deseo tan importante como para aprovechar la última oportunidad del anillo, ni siquiera cuando supo que se estaba muriendo y tal vez podría haberlo usado para recuperarse. Pensó que era mejor que esta oportunidad se fuera heredando hasta que apareciera un deseo tan grande y tan intenso que el anillo realmente pudiera ayudar al mundo.

Jonás se levantó de la mesa y empezó a andar por las anchas tablas de madera del suelo. Al final apuntó a Ana con un dedo rígido y dijo:

—¿Y esa oportunidad la has heredado tú?

Ella lo miró y asintió. Luego, dijo resignada aunque con cierto aire triunfante:

—Pero ya la he usado, Jonassen. Ya no quedan más. He usado la última oportunidad. O mejor dicho, no realmente ahora, sino dentro de setenta años, cuando todo estaba en tan mal estado en nuestro planeta que apenas quedaba ya vida en los tradicionales

bosques tropicales y en las zonas pantanosas, en las praderas y en las sabanas. Mi ardiente deseo fue que se le concediera al mundo una nueva oportunidad. *Ese* deseo era demasiado grande para que el genio del anillo pudiera cumplirlo. Entonces pedí que se me trasladara en el tiempo a la época en la que el mundo aún tenía una oportunidad. Y... zas, llegué aquí. Luego te conocí a ti. Y aquí estamos, Jonás. No vamos a tener más oportunidades que esta. A partir de ahora tendremos que saber muy bien lo que hacemos. Pues más magia no queda ya en este anillo de Aladino, de eso estoy segura.

Jonás se limitó a sacudir la cabeza. Luego, soltó:

—No sé qué creer.

Ella dijo:

—Tal vez no sea eso lo más importante.

—¿Qué quieres decir?

—Lo más importante es que *creas*.

Ana echó un vistazo a través de los cristales cuadrados de la ventana. De repente vio a una chica de su edad pasar por delante de la cabaña. No tuvo tiempo de fijarse en la cara de la chica, pero había algo muy familiar en esa figura que se movía tan sigilosamente.

Se sobresaltó, y fue corriendo hasta la puerta, la abrió y gritó:

—¡Hola!

Jonás se acercó y le preguntó que quién era.

—Era Nova —respondió Ana, cerrando la puerta—. Acaba de pasar, ¿no la has visto?

—No, no he visto nada.

—Es la chica con la que sueño. Es la que soy cuando duermo.

Él la agarró firmemente por el hombro.

—¿No pretenderás decirme que acabas de ver ahí fuera a tu bisnieta?

—¡Sí!

—Pero Ana...

—¿Sí?

—¿Crees que habrías podido grabar con el móvil lo que viste?

Ella se quedó pensando. Luego, dijo:

—Quizá no. Pero eso no es lo importante.

—¿No?

—Lo importante es que *yo* la vi.

El Tribunal Internacional del Clima

Es verano, y Nova lleva un vestido rojo. Ha sido llamada como testigo por el Tribunal Internacional del Clima, en La Haya. Es la primera vez que viaja al extranjero.

Camina por la ciudad cogida de la mano del chico árabe, lo que significa que son como novios, o tal vez solo finjan serlo. Él viste traje oscuro y camisa blanca, casi como un hombre de Estado. También él ha sido llamado como testigo por el tribunal para el clima, quizá por eso vaya tan elegante. Tal como se mueven los dos por la ciudad podrían pasar fácilmente por un joven matrimonio, pero lo más probable es que todo sea teatro, o una especie de juego.

Entre los altos edificios atraviesan una gran plaza donde hay alineados unos diez dromedarios. Tal vez fuera un aparcamiento de coches en el pasado. Algún que otro vehículo de cuatro ruedas sigue circulando por la ciudad, y algunos están aparcados en la plaza, pero quedan ya muy pocos. Los dromedarios están atados a los árboles, y los vehículos de cuatro ruedas a sus puntos de carga.

Hace muchos años, Noruega fue condenada por el Tribunal Internacional del Clima a pagar el 97% del fondo nacional de petróleo a la lucha contra la pobreza y otras medidas climáticas, como por ejemplo la construcción de diques de contención. Al emirato del que procede el chico árabe se le impuso una condena equivalente. Hay responsables de todos los daños sufridos por el planeta y la humanidad como consecuencia del enorme consumo de petróleo, carbón y gas. En cualquier caso, la rápida descarga de las baterías fósiles del planeta fue una usurpación de los recursos globales, y la condena especialmente severa impuesta a Noruega se debió a la responsabilidad de la compañía petrolífera estatal por la sucia extracción de «arenas de alquitrán». En su defensa, la compañía alegó que si ellos no lo hubieran hecho, lo habrían hecho otros de una manera aún más sucia. Esa declaración se ha convertido ya en un dicho en el mundo entero: *Si no lo hubiéramos hecho nosotros, lo habrían hecho otros de una manera aún más sucia*. En La Haya muchos criminales de guerra se han pronunciado del mismo modo.

Suben la escalera del gran edificio judicial donde testificarán ante el Tribunal Internacional del Clima. Todas las miradas están puestas en ellos. Algunos niños les lanzan pétalos de rosa, creen que son una pareja de novios.

Justo delante de la puerta de la sala de juicios son entrevistados por una cadena de televisión, que les pregunta en qué consiste su testimonio. Nova mira directamente a la cámara y dice:

—Somos jóvenes. Vamos a testificar que la crisis climática ya no es un conflicto entre las naciones. Hay solo una atmósfera, y desde el espacio no se vislumbra ninguna frontera nacional. Son *las generaciones* quienes han estado enfrentadas en este conflicto, y los que hoy somos jóvenes somos todos víctimas de la catástrofe climática.

Nota que su acompañante le aprieta la mano. Quizá significa que está de acuerdo o solo que están participando juntos en algo grande e importante.

Él mira a la cámara y dice:

—Provenimos cada uno de una nación petrolífera. Los dos países se hicieron muy ricos de repente. Pero los de mi emirato tuvimos que huir debido a la terrible sequía y al calor abrasador. Ya no tenemos país. Todo se ha convertido en desierto y el país ya no es habitable.

Nova mira al chico con una sonrisa, y dice:

—Este joven es uno de los muchos millones de refugiados climáticos de nuestro planeta, y ahora ha venido a mi

país para establecerse en él.

Las manoplas

Empezaron a recoger sus cosas de la cabaña. Ana cerró el tiro de la estufa y Jonás pasó un trapo por la encimera de la cocina. Preguntó a Ana si quería que la acompañara a su casa y pasara allí la noche. ¿O ese árabe seguía ocupando la habitación de los cojines...?

Ana se rio, pero enseguida se puso seria. Le cogió las manos y lo miró:

—Hoy no me viene muy bien, Jonás. Tengo que arreglar algo antes de que se haga de noche... algo que tengo que escribir y enviar. Tengo un plazo que tiene que ver con mi cumpleaños... Se trata de algo que he de enviar antes de que cumpla los 16 años...

Introdujo todos los recortes de periódico y todas las páginas impresas en las dos fundas de plástico, y se las guardó en el bolsillo del anorak. Jonás dobló las hojas de su conferencia para la clase y dijo:

—Me habría gustado traerte una respuesta mejor a cómo salvar 1.001 especies vegetales y animales. Pero me resultaba más cómodo traer simplemente esta conferencia.

—Me ha parecido muy divertida, Jonás.

Él le puso una mano en el hombro y la miró con determinación a los ojos.

—Me alegro de que no te hayas visto obligada a dejarme.

—Eso no habría sucedido en ningún caso. Yo quiero estar siempre contigo.

Bajaron la cuesta esquiando. Cuando se despidieron abajo en el lago Brea, antes de coger cada uno su pista, él en dirección suroeste, y ella sureste, Jonás le preguntó a quién iba a escribir. ¿Era alguien a quien él conocía?

Pero Ana estuvo hermética y respondió que se trataba de alguien a quien él tal vez llegara a conocer. De todos modos eso sería después de bastante tiempo.

De repente algo captó la atención de Jonás. Miró detenidamente las manoplas rojas de Ana y dijo:

—Cuando he llegado aquí llevabas unas manoplas azules.

Ella asintió con cara astuta.

—¿Dónde están ahora?

Ana levantó las manoplas:

—Aquí...

Él no entendía nada, pero Ana se quitó las manoplas, les dio la vuelta y le explicó que podía usarlas por ambos lados. Por uno eran azules, y por el otro, rojas.

Jonás la estrechó contra él y dijo:

—¡Baja con cuidado las cuestas! No busques... a la otra. No quiero que desaparezcas,

Ana. No quiero que te pierdas al otro lado. Prométemelo. No te quedes... *fuera de este mundo.*

El parque zoológico

Están en un tranvía atestado de gente saliendo de la gran ciudad. Hace calor. Los dos llevan vaqueros y camisetas claras. Debajo de la camiseta ella solo lleva un sujetador rojo. Ya no se nota que el chico procede de un país árabe.

Se bajan del tranvía en la entrada de un gran parque. Encima de la ancha puerta hay un cartel grande en el que pone con letras rojas: The International Zoological Park. La entrada es gratuita. El zoológico internacional de La Haya es hoy en día considerado patrimonio de la humanidad y está en la lista de la Unesco.

Ya dentro, ven un sinfín de animales moverse entre arbustos y árboles en enormes praderas y plantaciones parecidas a sabanas. También animales peligrosos como leones y tigres se pasean libremente junto a antílopes y ciervos, insectívoros y roedores, antropoides y marsupiales. Se supone que están amaestrados, pero Nova sabe que no son animales de verdad. Son hologramas, en la versión más moderna del mundo, y no constan de carne y hueso, sino de rayos láser.

Los animales de este parque tienen un aspecto completamente auténtico en cuanto a color, forma y movimiento. Delante de la pareja salta de repente un enorme canguro, una pantera negra pasa velozmente cazando y por el aire vuelan palomas y aves rapaces mezcladas. Pero no están vivos. Son virtuales. Por eso no son peligrosos ni para los humanos ni para los otros animales. Por la misma razón también son silenciosos. No necesitan muchos cuidados, ni necesitan comer ni beber, y no hacen sus necesidades entre los arbustos.

Él le ha puesto un brazo alrededor del hombro. Pasearse por este gran jardín es como pasearse por el mundo de ayer, casi como volver al jardín del Edén.

No es casualidad que el Gobierno Mundial eligiera La Haya para la creación del Parque Zoológico Internacional. Se ha instalado en la misma ciudad que el Tribunal Internacional del Clima con el fin de ser testigo de los hábitats destrozados del planeta, pues los modelos vivos de todos los animales del parque han desaparecido ya de la superficie de la Tierra junto con todos esos hábitats y ecosistemas en los que se sentían tan a gusto. También la vegetación del gran complejo es virtual. Todos los arbustos, árboles y plantas decorativas están extintos. Solo la hierba que pisan es naturaleza auténtica, y cuando Nova tiene que inclinarse para atarse el cordón del zapato, descubre un minúsculo pulgón rojo, tal vez sea de verdad, tal vez no.

Un pesado chacal se les pega constantemente y el chico árabe intenta apartarlo con la pierna, pero el inoportuno animal no está hecho de algo palpable. No es más que un espejismo.

El chico se detiene y deja que el chacal siga su camino. Acaricia el oscuro pelo de Nova, cogiéndolo entre los dedos, y pregunta:

—¿Es este parque un motivo de alegría para la humanidad? ¿O solo es un doloroso recuerdo?

Ella mete las manos por debajo de la camiseta del chico, le da unas palmadas en el pecho, lo mira y dice:

—Es un recuerdo incómodo, pero necesario, de una exterminación masiva de especies que los seres humanos no deben olvidar nunca.

Identidad

Había empezado a oscurecer. Ana bajó esquiando por la ladera de abedules y pasó por delante del aparcamiento. Desde allí continuó por el camino montañoso, al que no habían echado ni sal ni arena.

De repente vio por un instante a la misma chica a la que había visto arriba en la cabaña. La chica se sobresaltó y se introdujo en el bosque. Debajo del brazo llevaba un aparato que emanaba una luz azulada. Esta vez Ana pudo vislumbrar su cara. Se parecía un poco... a ella misma.

Se dio cuenta de que no había visto su propia cara cuando soñaba que era ella. No había estado nunca delante de un espejo. ¡Qué mala suerte!

Frenó en seco y empezó a subir de nuevo hasta el lugar donde la chica había cruzado el camino. Entró en el claro del bosque y se fijó en unas profundas huellas en la nieve. Pero la chica se había esfumado.

Era ya casi de noche, pero no del todo. No había ni rastro de la luna, pero cada vez se dibujaban más estrellas en el firmamento.

Había leído en alguna parte que la estrella más cercana al sol se encontraba a una distancia de 4,3 años luz. Se llamaba Alfa Centauri. ¡Pero un viaje a la velocidad de un Jumbo jet hasta el vecino más cercano al sol en el espacio duraría 5 millones de años!

Sintió su propio planeta más cercano y vulnerable.

Se acordó de algo que había leído en un artículo que tenía guardado en una de las cajas rojas. Algo sobre ir hasta el final y atreverse a ser más que uno mismo. Tenía el artículo metido en una funda de plástico, pero ya estaba demasiado oscuro para ver y no llevaba linterna. Se acordó de su bisnieta, que estuvo en ese mismo bosque con su terminal portátil, y Ana se quitó las manoplas y sacó su nuevo smartphone de un bolsillo del anorak. Recordaba una determinada frase y la buscó en Google en un intento de volver a ese artículo en Internet. Tecleó: «¿Cómo de amplio es nuestro horizonte ético?». En menos de un segundo apareció el artículo en la pantalla. Leyó:

¿Cómo de amplio es nuestro horizonte ético? En último término será una cuestión de *identidad*. ¿Qué es un ser humano? ¿Y quién soy yo? Si solo fuera yo mismo –este cuerpo aquí sentado escribiendo– sería un ser sin esperanza. A la larga, quiero decir. Pero tengo una identidad más profunda que mi propio cuerpo y mi breve momento aquí en la Tierra. Soy parte –y formo parte– de algo más grande y más poderoso que yo mismo.

Si pudiera elegir entre morirme en este instante, pero con la garantía de que la humanidad subsistiera durante miles de años, o vivir con buena salud hasta los 100, aunque entonces la humanidad entera muriera conmigo, no vacilaría. Elegiría morir aquí y ahora –y no como una víctima, sino porque algo de lo que

considero «yo» es representado por la humanidad entera—. También temo perder esa parte de mí mismo. Solo pensar que puede ocurrir, me aterra. Tengo más miedo a que la humanidad se extinga dentro de cien o mil años que al que tengo a que mi propio cuerpo se rompa en un instante y se vaya, pues de todos modos tendrá que irse.

Ocorre además que pienso en nombre de todo el planeta del que formo parte. También es yo. Me importa el destino de este planeta porque tengo miedo de perder el núcleo más profundo de mi identidad.

No ponía quién había escrito el texto, y Ana se preguntó quién podría haber sido. ¿Era una mujer, o podía igualmente ser un hombre? Se echó a reír. Todo el texto trataba de ser algo más grande y poderoso que uno mismo.

¡Tal vez fuera esa la razón por la que el artículo no estaba firmado!

El planeta

Está sentada en una nave espacial con el chico árabe. Han ganado un premio internacional por su meritoria labor a favor del planeta que habitan. El premio consiste en doce vueltas alrededor del mundo en una mini nave espacial.

Están los dos solos en la pequeña cabina. No tienen que preocuparse de lo técnico. Todo está dirigido y controlado por ordenadores; lo único que tienen que hacer es ponerse cómodos y disfrutar de la excursión.

Miran hacia abajo, a la Tierra. Se acuerdan de fotos que han visto del planeta azul verdoso tomadas durante las expediciones del Apolo hace más de cien años. El planeta les resulta irreconocible. Desde el espacio se ve que ahora está mucho más cubierto de nubes y tormentas, lo que encaja con la situación a ras del suelo. Ese mismo planeta que hace cien años parecía una canica de mil colores hoy en día tiene más bien el aspecto de un mechón de lana incolora.

Estar en el espacio es, a pesar de todas las nubes, una experiencia fantástica, y pueden, después de todo, vislumbrar algunas manchas verdes, marrones y azules entre los nubarrones. Allí está África, allí la India, China, Japón...

Lo que asombra a Nova más que ninguna otra cosa es el silencio. Lo único que oye es la respiración de su compañero de viaje. Cree además escuchar los latidos de su corazón. ¿O son los de ella?

El chico árabe no para de mirarla y sonríe:

–Eres tan bonita... –dice, y ella se siente un poco incómoda y vuelve a mirar ese planeta del que proceden. Ve el cuerpo celeste que la ha creado y le hubiera gustado poder prolongar el piropo contestando que es porque viene de un bonito planeta. En su tiempo *fue* increíblemente bonito.

Ningún ser humano de la Tierra puede verlos en este momento. Están totalmente abandonados a su suerte y el uno al otro. En este viaje están muy lejos de todo. A Nova se le ocurre que la manera más entrañable de pasar unos días junto a la persona a la que quieres tal vez sea un viaje en una nave espacial.

Allí arriba en el espacio el día y la noche duran en conjunto solo un par de horas. Pero han visto doce puestas y doce salidas de sol, y por encima de las nubes el cielo siempre está azul.

Carta en la red

Ana había cenado con su padre, y después de darle las buenas noches se retiró a su cuarto. Lo único que él le dijo durante la cena fue que no se pusiera el anillo rojo para esquiar. ¡Podría perderlo en la nieve!

Estaba escandalizado porque su hija se había llevado el viejo anillo a pasear en esquí por la montaña. Sin uno darse cuenta, se quita de vez en cuando las manoplas para ajustarse las botas o los esquís o se abre un bolsillo, por ejemplo para leer un sms. El anillo le estaba un poco grande, y por eso se esperó a que cumpliera los 16 para dárselo.

Ahora Ana estaba sentada en la habitación azul de la buhardilla, delante de su ordenador. Acababa de escribir la carta para su bisnieta y la había colgado en el blog del grupo medioambiental. Mientras escribía, se iba acordando todo el tiempo de más cosas que Nova había encontrado en aquella carta en la red, pero la mayor parte venía de ella misma. Repasó una vez más lo que había escrito:

Querida Nova, no sé qué aspecto tendrá el mundo cuando leas esto. Pero tú sí lo sabes, tú sabes la magnitud de los estragos climáticos, lo reducida que ha quedado la naturaleza y quizá cuáles son exactamente las especies vegetales y animales desaparecidas.

Me resulta difícil escribirte esto. No es fácil escribir a una persona que va a vivir en la Tierra varias generaciones después de mí, y tampoco lo facilita el hecho de que esté escribiendo a mi propia bisnieta. Pero procuraré ser lo más sincera y franca posible.

Aquí donde yo me encuentro, en uno de los rincones más ricos del mundo, aún importa solo una cosa: lo llamamos «consumo». En algunas otras sociedades se habla de «necesidades vitales». Cuando en lugar de ello nosotros usamos palabras como «consumo» o «gasto», tal vez se deba a que no entendamos que hay un límite. La gota no llega nunca a desbordar el vaso. Una palabra que ya casi no se usa es «¡basta!». La palabra que pronunciamos constantemente tiene tres letras y es la palabra «más».

Tú conoces mejor que yo las consecuencias del deshielo en Groenlandia y en el Ártico. La búsqueda de nuevas reservas de gas y petróleo ha comenzado ya. Los políticos dicen que tenemos que extraer la última gota de petróleo porque el mundo necesita más energía. El mundo necesita más petróleo y gas para sacar a más gente de la pobreza, dicen. Pero mienten. Saben que no son los intereses de los pobres los que los mueven. Por supuesto que son conscientes de que la combustión cada vez mayor de petróleo y carbón solo empeorará aún más la situación de los más pobres. Son las compañías petrolíferas y los países petrolíferos más ricos los que necesitan más beneficios. Es decir: *más, más*. No existe ninguna voluntad política de dejar sin explotar los nuevos hallazgos de petróleo y gas. Por desgracia, también falta una voluntad popular que se oponga a esto. Somos una generación egoísta. Somos una generación brutal. Hay poca conciencia de que también las generaciones que vendrán detrás de nosotros necesitarán algo de esta energía. Una palabra que empleamos raramente es «ahorrar». En cambio, palabras como «conciencia medioambiental», «carbono neutral», etcétera, etcétera, se emplean cada vez más en periódicos y documentos oficiales. Hemos desarrollado un lenguaje —una especie de lenguaje de bobos— que apenas tiene que ver con nuestra realidad física.

¿No existe entonces ningún hueco para el optimismo o empuje en este laberinto? Tal vez sí, tal vez no. Yo solo puedo hacer la pregunta, sé que tú ya conoces la respuesta.

Lo que aquí presento es una modesta aportación, pero no conozco ninguna alternativa mejor si la meta es un gran esfuerzo popular por salvar los recursos de este planeta para el futuro. Intenta imaginar lo siguiente:

En todos los lugares por donde se mueve la gente –en el bosque y en la montaña, en plazas y esquinas, estaciones de metro y aeropuertos– se montan unos autómatas verdes. Uno podrá pasar por ellos su tarjeta con el fin de ver en la pantalla maravillosos videoclips de los parajes naturales del planeta que desee. Tal vez se quiera estudiar más de cerca una determinada especie vegetal o animal, o un determinado ecosistema o hábitat de miles de especies. La idea es que uno no verá más naturaleza que esa de la que uno mismo pueda responsabilizarse. Todo el dinero que se obtenga con estas máquinas –se podrían montar millones de ellas por todo el mundo– se destinará a salvar la naturaleza de la Tierra. Al mismo tiempo, los usuarios participarían en un sinfín de divertidos concursos y juegos de azar.

Podría ocurrir entonces que una nueva generación de máquinas de juego constituyera por el momento la esperanza del mundo. Duele reconocerlo, pero no llegamos a ninguna parte renegando de la naturaleza del hombre y de los gobiernos democráticos.

Hay muchas cosas que no sé sobre el futuro. Solo sé que quiero contribuir a crearlo. Quizá haya empezado ya en una medida muy pequeña.

Mis mejores deseos para ti y para el mundo en el que crecerás y en el que vas a vivir tu vida.

Cariñosos saludos de tu bisabuela, Ana (Nyrud)

En ese momento dieron las 12. Ya era su cumpleaños. Era el 12.12.12. Casi le sorprendió que no ocurriera nada especial en el momento en el que el reloj marcó la medianoche, que no chocaran dos coches abajo en la gasolinera, que no se cayera nada de la repisa de la librería o que no bajara al menos una avalancha de nieve del tejado.

Pero al cabo de unos minutos recibió un sms. Era de Benjamín.

Todo solucionado. Liberada por soldados keniatas hace solo unos minutos. Ester está bien, acaba de llamar. ¡Gracias por tu apoyo moral! Saludos, Benjamín. P.S. La trataron bien, la dejaron estar al aire libre y nunca le ataron los pies o las manos. ¡Jugaba a los dados con los secuestradores! He ido a hacer footing. B.

Ana respiró aliviada y notó una lágrima en el rabillo del ojo. Pero no dejaría a Benjamín escapar tan fácilmente. Marcó su número y, al coger el teléfono, dijo él:

–¿Eres tú, Ana?

–Siempre tuve la seguridad de que Ester sería liberada en cuanto llegara el 12 de diciembre.

–¿Por qué?

–El mundo ha entrado en un bucle, y hemos atravesado el umbral de otra cronología.

–¿Por qué?

–Creo que no vas a tener la paciencia suficiente para que te explique todo. Pero hoy cumpla 16 años.

–¡Felicidades!

–Gracias.

–Muchas gracias por tu llamada, Ana. Te llamaré yo cuando esté menos liado.

–Entonces solo te contaré una cosa, y luego te hago una pregunta que quiero hacerte.

–¡De acuerdo! Pero tenemos que ser breves.

–Ya te conté que sueño constantemente con mi propia bisnieta... Ahora también la he visto estando despierta. ¿Sigues afirmando que eso no significa que esté enferma?

–Sí: no estás enferma, Ana. Además...

–¿Sí?

–Quizá estés más sana que la mayoría. Quizá debería haber más personas como tú.

–¿Cómo?

–Tenemos que aprender a visualizar a nuestros descendientes, a notar la presencia de los que heredarán de nosotros la Tierra.

–¡Muy bien dicho!

–¿Hay algo más que quieras preguntarme?

–Sí... ¿Por qué llevas una estrella en la oreja?

Él se rio:

–Me la regaló mi mujer hace más de treinta años, unos días después de que naciera Ester.

–¡Bravo!

–Ester significa «estrella», y no es cualquier estrella a la que remite ese antiguo nombre, es a la Estrella de la Mañana: o Venus.

–¡Qué tonta soy!

–¿Por qué?

–Por no haberlo adivinado.

–Buenas noches, Ana. ¡Espera un momento!

–¿Sí?

–¿Estás dispuesta a eximirme de mi secreto profesional?

–No tengo nada que ocultar. ¿Por qué lo dices?

–Me gustaría hablar de ti a Ester. Desde que te conozco, me recuerdas a ella cuando tenía tu edad. Las dos sois igual de sinceras y comprometidas.

–Gracias. Dale muchos recuerdos de mi parte.

–En realidad no estoy autorizado para hablar de una paciente.

–Bueno, entonces te libero de ese secreto profesional. Me encanta que la saludes de mi parte, y si quieres, puedes contarle todo lo que hemos hablado. Además, no me has tratado de nada. Te has limitado a afirmar que no necesito tratamiento, así que me niego a aceptar que haya sido tu «paciente».

–Algo de razón llevas.

–Eres una buena persona, Benjamín.

Él se echó a reír.

–Buenas noches, Ana.

–¡Buenas noches!

Se fue a acostar. Tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde la última vez que estuvo acostada en su cama.

Tal vez por encontrarse de nuevo en la misma cama en la que se había despertado, se acordó enseguida de un importante pasaje del sueño de la noche anterior.

Un error de lógica

Es temprano y llueve a cántaros. Nova está sentada en la cama de la habitación roja leyendo en el terminal que tiene en la mano. Se cree sola, pero de repente descubre a Bisa delante de la estrecha ventana, contemplando el valle. Carraspea para que también Bisa sepa que no está sola en la habitación. La anciana se vuelve hacia ella y dice con voz dulce:

—¿Sí, mi niña?

Nova lee en voz alta lo que acaba de encontrar en la pantalla: *Querida Nova, no sé qué aspecto tendrá el mundo cuando leas esto. Pero tú sí lo sabes...*

Bisa se estremece. Agita el brazo izquierdo, luciendo el anillo rojo. Es como si lo hiciera para mostrar poder. Dice:

—Eso quiere decir que por fin has recibido la carta que te escribí.

—¿Cómo resultó aquello de los autómatas verdes? ¿Llegaron a instalarse?

Bisa la mira con gran intensidad, y contesta secamente:

—¡Me da igual, Nova, porque diga lo que diga, habrá un error de lógica!

—¿También habrá un error de lógica si te pregunto cómo se llamaba mi bisabuelo?

La anciana mueve la cabeza casi con coquetería.

—¿No te acuerdas de eso? —pregunta—. No hace muchos años que te sentabas en sus rodillas. El chico al que te refieres se llama Jonás y es de Lo.

—Jonás...

—¿No te he hablado de cuando quedábamos arriba, en la vieja granja de verano? Él iba desde Lo, y yo subía desde Nyrud. En aquella época solo decíamos «montaña». «Nos vemos *en la montaña*», decíamos.

—Eso es. Y ahora no hay más que sotobosque.

Pero la bisabuela Ana la mira severamente y la corrige:

—De nuevo está surgiendo un error de lógica. Porque al mundo se le ha brindado una nueva oportunidad.

Agita de nuevo el brazo izquierdo, luciendo el rubí tallado.

El bisabuelo

Ana estuvo un buen rato oyendo crujidos en la helada pared exterior. En el instante de dormirse empezó a soñar con un ave roja que picoteaba el cristal de la ventana queriendo entrar. El sueño era tan vivaz y el picoteo del pájaro tan intenso que se volvió a despertar. Encendió la luz de encima de la cama, cogió su nuevo teléfono y vio que le había llegado un sms. Tal vez fue eso lo que la despertó. ¿O era solo el frío, que crujía en las paredes?

El mensaje era de Jonás.

¿Estás despierta?

Ella tecleó:

Sí, me has despertado.

¡Felicidades!

Gracias, Jonás.

Lo he leído.

¿Leído? No te entiendo.

Eso que ibas a escribir. Lo has colgado ya en el blog.

¡Socorro! Imaginaba que nadie lo leería hasta dentro de setenta años. ¿Me puedes llamar?

El móvil sonó al instante. Jonás dijo:

–¿Sabes que todo se ha solucionado por fin en África?

–Sí, lo sé, gracias: he hablado con Benjamín. Está muy feliz, claro... ¿Sabes por qué lleva una estrella en el lóbulo de la oreja?

–¿Por lo del salmo «No temas al poder oscuro, las estrellas te iluminarán...»?

–No digas chorradas, Jonás.

–¡Dímelo, entonces!

–Se la regaló su mujer unos días después de que naciera Ester. Y Ester significa «estrella»...

Jonás empezó a abrumar a Ana con felicitaciones por su cumpleaños y la elogió por la carta que había colgado en la red. Sobre todo le había gustado lo que había escrito sobre los autómatas verdes. Carraspeó, y dijo:

–Me fijé en algo que escribiste al final: «Hay muchas cosas que no sé sobre el futuro, solo sé que quiero contribuir a crearlo. Quizá haya empezado ya...».

–Sí, eso escribí a mi bisnieta.

Jonás volvió a carraspear:

–Tal vez pueda ofrecerme a ser el bisabuelo de esa niña.

Ana se rio tanto que temió haber despertado a su padre, que dormía en el piso de abajo. Susurró al teléfono:

–¡Entonces ven, Jonás!

Ahora se rio él.

–Estás loca –dijo.

–Hay muchas cosas locas.

–Tal vez podríamos empezar por hacernos adultos juntos. Este verano iré en bicicleta a Bergen. ¿Te vienes?

–Con mucho gusto, si tú te vienes en tren a Roma.

–¿En serio?

–¡Te lo juro!

–Eso es a lo que me refiero. Estamos ya en ello. ¿Sabes si se podrá ir por los Países Bajos?

–Seguro. Los neerlandeses también viajan a Roma. Quieres ver Ámsterdam, ¿no?

–No estaría mal, pero estaba pensando en La Haya.

–¿La Haya? ¿Has quedado con algún criminal de guerra?

–No, pero quizá un día se cree en La Haya un Tribunal Internacional del Clima. Me gustaría ir un día contigo a esa ciudad. Hay algo que quiero buscar. Tal vez haya algo que quiera enseñarte. Un gran recinto, quizá un parque o un barrio entero...

–Empiezo a sentir una gran curiosidad.

–¿Me prometes que vamos a brindar otra oportunidad a este planeta? Eso es lo más importante de todo. ¿Y que conseguiremos el apoyo de muchos?

–Claro que sí...

–¿Tienes fe en ello, Jonás? Quiero que tengamos fe en todo lo que hagamos.

–Sí...

–¿Pero eres optimista o pesimista?

–No lo sé. Quizás las dos cosas.

–Yo soy optimista, Jonás. ¿Y sabes por qué? Me parece inmoral ser pesimista.

–¿Inmoral?

–«Pesimismo» es solo otra palabra para «pereza». Puedo estar preocupada, que es algo muy distinto, pero los pesimistas se han dado por vencidos.

–Algo de razón sí que tienes.

–Hay también algo llamado *esperanza*. En la práctica, eso puede equivaler a veces a «luchar». ¿Te apuntas, Jonás? ¿Te vienes a viajar por el mundo para luchar?

–Creo que contigo haría cualquier cosa.

–Entonces voy a ponerte a prueba.

–¡De acuerdo!

–¿Empezamos a leer juntos?

–¿Leer?

—Quiero decir a Hamsun, Dostoievski y gente así. Los clásicos. Shakespeare, Homero. Y viejos cuentos, *Las mil y una noches*... Y los mitos. Podríamos empezar con las mitologías griega y nórdica. Quiero leer sobre Yggdrasil y Ragnarok. Quiero leer sobre Casandra, que era vidente y predecía lo que iba a suceder, pero a la que nadie creyó...

—¿Te refieres a leernos en voz alta el uno al otro? ¿No resultará un poco...?

—No, no es eso, podríamos leer el mismo libro casi a la vez. Así entraremos juntos en otros mundos. Entraremos y saldremos de los mismos paisajes imaginarios. De esa manera iremos adquiriendo un gran círculo virtual de conocidos. Y podemos hacer marchas por la montaña y llevar con nosotros una larga fila de amigos invisibles.

—Muy bien. Así lo haremos.

—Empezaremos mañana. Compraré dos ejemplares de *Misterios*, de Hamsun. Vi que lo tenían en la librería, y me tienta el título. Como hoy es mi cumpleaños, estoy segura de que mi padre me dará dinero. ¿No lo has leído?

—No. Pero tú no dejas de asombrarme.

—Eso está bien.

—Quizá...

—Ahora mismo me parece una locura vivir, así como al borde de toda lógica. Te digo que es bastante distinto tener 16 años a solo tener 15 años y 364 días. Hay muchas cosas que quiero hacer. ¿Sabes lo que voy a hacer antes de ir al instituto mañana?

—No, yo no soy vidente.

—Voy a averiguar cuántas especies de pulgones hay.

—Estás pirada.

—Pero fuiste tú quien me dio la idea.

—¿Quién...? ¿Yo?

—Escribiste sobre ello en la conferencia de clase. Escribiste que crearías un fondo específico para todas las especies de pulgones amenazadas. Y he estado pensando en cuántas especies podrían ser.

—Se me había olvidado por completo... Bueno, ahora creo que habría que dormir un poco.

—No seas tan aburrido, Jonás. Cuando me enviaste el mensaje yo ya llevaba durmiendo un segundo, y ahora me siento muy despierta.

—Tras un día como este, seguro que volverás a dormirte. Además, mañana te despertarán muy temprano. ¿No crees que tu padre te subirá bollos y refrescos a la cama?

—Sándwiches y té, Jonás. Ya soy demasiado mayor para bollos y refrescos.

—¡Entonces buenas noches!

—¿Sabes lo que haré si no puedo dormirte?

—¿Contar ovejitas?

—No, pero no andas muy desencaminado. Voy a contar pulgones. Cerraré los ojos y

contaré pulgones de esos hiperactivos de color rojo. Y mañana te contaré cuántos he contado antes de quedarme grogui.

–Quizá yo haga lo mismo. Y mañana veremos quién tardó más en dormirse. Buenas noches, Ana. ¡Nos vemos mañana!

–Buenas noches.

El pueblo

Es de noche y está oscuro, como boca de lobo. Ella está sentada en el suelo junto a dos hombres de su edad a las afueras de un pueblo. A la luz de una lámpara de gas ve que todos llevan armas automáticas. La lámpara de gas cuelga del caballete de un ruinoso cobertizo. Apoyados en la pared hay dos sacos de maíz, y en ellos pone: World Food Programme.

En los alrededores se oye el cricrí de los grillos y desde el pueblo llegan voces de unas mujeres charlando y riéndose, una cabra que bala y de repente también un niño que llora. El llanto se corta enseguida, lo que le hace pensar que la madre se lo ha puesto al pecho.

No tiene miedo. Pero sabe dónde está y quién es, que es Ester, y que la vida la ha convertido en rehén en un lugar desierto en la zona fronteriza entre Somalia y Kenia.

Unos murciélagos vuelan delante de la lámpara de gas. Mira a sus secuestradores. Ellos asienten con la cabeza, ella coge unos dados del suelo de tierra marrón y tira. Los dados ruedan, y los cinco se quedan con los seis puntos hacia arriba. Ella sonríe, incómoda por haber sacado tantos seises. También esbozan sonrisas los hombres de las armas automáticas.

—You are a winner! —exclama uno de ellos en inglés.

Con un matiz más oscuro en la voz, otro añade:

—La gente blanca del norte siempre gana.

Al lado hay una botella de limonada y cuatro vasos. Uno de los hombres los llena.

Ella levanta la cabeza. No hay luna, pero el cielo ofrece la lluvia de estrellas más generosa que ella ha visto jamás. Es increíble, piensa, que pueda haber tanta guerra y tanta enemistad bajo esta vista del universo. Siente vergüenza ajena.

El intenso canto de los grillos y los sonidos dispersos del pueblo se interrumpen de repente por ruidos de tiros y órdenes airadas en una lengua que ella no entiende. A uno de los secuestradores le da tiempo a disparar una bala de su arma automática, pero al instante todos se lanzan al suelo pidiendo clemencia. Ester los imita, se tira al suelo y pide clemencia. Desde el pueblo se oyen gritos de terror de las mismas mujeres que unos momentos antes estaban charlando y riendo, el bebé vuelve a llorar.

Los secuestradores son esposados y conducidos hasta un jeep verde que de repente ha aparecido por allí. De Ester se ocupa un oficial vestido de verde que exclama en perfecto inglés:

—Muchos saludos de Benjamín, tu padre.

Ester

Ana había dormido pocas horas, pero al despertarse tenía la sensación de haber dormido durante meses. Una vez más había estado en otro lugar del planeta. Antes de sonar el teléfono, o quizá exactamente a la vez, tuvo el tiempo justo para acordarse de que había sido Ester y que la habían tomado como rehén en el Cuerno de África.

Estaba tan segura de que era Jonás que se limitó a decir.

—¡Hola... hola!

Pero oyó una voz de mujer.

—¿Eres Ana?

—¿Sí?

—Soy Ester Antonsen. Llamo desde Nairobi.

Ana se estremeció.

—No entiendo nada. Acabo de despertarme de un sueño, y en ese sueño yo era tú... ¡Pero qué sorpresa!

—¡Felicidades, Ana! Hoy cumples 16 años.

—Gracias.

—Mi padre me ha hablado de ti. Fue él quien sugirió que te llamara para felicitarte. Le diste ánimos cuando yo estaba desaparecida. ¡Te lo agradezco mucho!

Ana se sintió feliz de haber servido de apoyo a Benjamín. Dijo:

—Lo eximí del secreto profesional y le dije que te saludara de mi parte. Admiro mucho a la gente que se va para ayudar a los más desfavorecidos.

Antes de que le diera tiempo a decir algo más, Ester le preguntó:

—¿Es verdad que soñaste que *eras* yo?

—Sí, sí, es verdad. Sueño a menudo que soy otra persona. En parte conocí a tu padre por eso. Una vez soñé que era un elefante. Era una sensación extraña... la de ser elefante. Pero, como te he dicho, esta noche he soñado que era tú. ¿Qué tal te trataron los secuestradores?

—En realidad bien. Les supliqué que me dejaran dormir fuera. Dijeron que de acuerdo, que se turnarían para vigilarme. Pero la verdad es que nos quedábamos despiertos hasta muy tarde jugando a los dados.

—Y tú ganabas, ¿verdad? ¡Siempre ganabas!

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno...

—Ana, ¿cómo lo has sabido?

—¿Sabes qué les pasó a los secuestradores? Tienen mujer e hijos.

—Serán entregados a las autoridades somalíes.

—¿Y luego...?

—Yo diré que me trataron con respeto. Pero no fue un cuento, Ana. Tuve miedo. No podemos aceptar que los cooperantes sean tomados como rehenes. Podemos intentar comprender a los terroristas, pero nunca disculpar el terror. Es probable que esos chicos tengan que pasar unos años en la cárcel antes de que se les permita volver a sus casas.

—De acuerdo... Vuelvo a pensar en lo de «mujer e hijos».

—¿Qué quieres decir?

—Vi una foto tuya en un periódico digital. Y llamé a Benjamín. Seguramente porque te reconocí de una foto que había en su escritorio.

—Pero esa foto es de mi madre, y se la hicieron hace ya mil años.

—Lo sé. Pero tenéis que pareceros muchísimo...

Se hizo el silencio al otro lado. Ester dijo:

—Me dicen muchas veces que soy el vivo retrato de mi madre. Pero ella murió cuando yo era pequeña, Ana, y desde entonces Benjamín solo me ha tenido a mí. Bueno, y luego a Lukas, mi hijo. Cuando me secuestraron, Benjamín tenía miedo de perderme a mí también, y quizá aún más de que Lukas se criara sin madre.

—Entonces lo entiendo. Estaba muy estresado... ¿Cuántos años tiene Lukas?

—Ocho. Adora a su abuelo y es un sentimiento recíproco, desde luego.

—¡Me los imagino! Para mí tu padre se ha convertido en un amigo. ¿Sabes por qué?

—No, pero tengo mucho interés en saberlo.

—Porque él ha *entendido* el problema climático, y le preocupa. Pero eso es solo una parte. La otra es que se toma en serio el hablar sobre estas cuestiones con una chica de mi edad.

—Cuando *yo* tenía 16 años hablaba con mi padre de estas cosas. Por aquel entonces no estaba tan dispuesto a escuchar. Soy yo quien lo ha educado.

—¿Ah, sí? ¿Es la hija quien ha educado al padre?

—No, él me enseñó a hacer cabrillas en el agua. Él me enseñó muchas cosas sobre los pájaros. Me enseñó a hacer flautas con las hojas de sauce, barquitos de corteza y coronas de flores.

—Entonces ha sido un buen padre.

—Pero yo me hice socia de Juventud y Naturaleza y le daba clases a él sobre el clima. Desde entonces lo he mantenido informado sobre la evolución.

—¡Genial! ¿Y cómo resumirías esa evolución?

—Los glaciares del planeta se derriten y el hielo del verano de las tierras árticas ha alcanzado este año un mínimo inquietante. Se han registrado las temperaturas más altas de la historia y en Estados Unidos, por ejemplo, hubo más de mil nuevos récords de temperaturas. Muchos de los síntomas del calentamiento global han aparecido mucho antes de lo esperado, incluso comparándolo con los escenarios más pesimistas de los investigadores sobre el clima. Millones de personas sufren ya las consecuencias contra las que tanto advertimos hace solo unos años. Registramos ejemplos cada vez más

frecuentes y destructivos de catástrofes climáticas como inundaciones, olas de calor e incendios forestales, y las personas se ven obligadas a huir.

—Lo sé...

—Pero no se ponen de acuerdo en reducir las emisiones. ¡Las naciones petrolíferas del mundo son incapaces de dejar en paz las últimas gotas de petróleo! Los más ricos no están dispuestos a renunciar a ninguno de sus privilegios. Y cuanto más tiempo esperemos a cambiar el rumbo, más costoso será el reajuste.

—Estas catástrofes están costando ya bastante, ¿verdad?

—Claro que sí. No hace muchos años se dijo que nosotros pertenecemos a la primera generación que influye en el clima de la Tierra, y a la vez seremos la última generación que no tendrá que pagar el precio por ello. Pero esa afirmación ya no es correcta. He visto con mis propios ojos y vivido en mi propia carne la miseria climática. He vivido catástrofes de sequía y he sostenido a niños agonizando en mis brazos... Es muy doloroso, Ana. Porque no es la naturaleza la que mata. Somos nosotros, los seres humanos.

—Cuando termine el instituto y mi formación, tal vez yo también me vaya a trabajar como cooperante.

—Algún día podrás venir conmigo. Pero quiero conocerte antes de eso.

—A lo mejor no te resulto tan divertida como te puede haber comentado tu padre. Pero no muerdo.

—Yo volveré a Noruega la semana que viene. ¿Vas de vez en cuando a Oslo?

—Alguna vez, pero...

—¿Sí...?

—Tengo novio, se llama Jonás...

—Ya lo sé. También me han hablado de él.

—Entonces creo que se ha pasado un poco...

—¿Quién?

—Benjamín. No ha mantenido el secreto profesional...

—No te preocupes por eso, Ana. Por cierto, me querías contar algo.

—En el instituto hemos creado un grupo medioambiental, de hecho por sugerencia de Benjamín. Si vinieras de Oslo a hablar de tus experiencias en África, medio instituto iría a escucharte. Seguro que nos dejan usar el salón de actos, y si no, lo ocupamos. Podrías hablarnos de las víctimas actuales del calentamiento global. A lo mejor tienes algunas fotos y también alguna que otra anécdota.

—Me encantaría, Ana.

—Tendría que ser por la tarde-noche. Pero puedes quedarte a dormir en nuestra casa. No te puedes imaginar los guisos que prepara mi padre. Mi madre no cocina tan bien, pero hace unos postres estupendos.

—¡Eso suena muy apetecible!

—Tenemos además una pequeña habitación de huéspedes con un enorme sofá y

diecisiete cojines distintos...

—¿Diecisiete cojines?

—...y en cada cojín hay bordada una escena de un cuento. En uno de ellos está la preciosa imagen de Aladino en la gruta subterránea donde encuentra la lámpara maravillosa. Muchos no recuerdan que Aladino tenía también un anillo mágico, pero precisamente ese anillo desempeña un papel importante en el bordado, y de hecho hay algo con ese anillo que tiene que ver con el día de hoy. Ya te hablaré de ello cuando nos veamos. Por cierto, ¿has montado alguna vez en dromedario?

—Muchas veces, Ana.

—Yo solo una. Benjamín me recomendó buscar la compañía de árabes. Y he seguido su consejo.

—¿Dónde?

—Aquí, en mi cabeza... Estoy oyendo a mi padre hacer ruido en la cocina y enseguida subirá por la escalera. Vendrá con pastelitos y té creyendo que va a despertarme. Te contaré muchas más cosas cuando nos veamos. ¡Me hace mucha ilusión! Ahora tengo que hacerme la dormida.

—Es verdad, tienes que seguirle el juego.

—¿O le digo sin más que Ester Antonsen ha llamado para felicitar me por mi cumpleaños? ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Tú no estás obligada a guardar ningún secreto profesional respecto a mí.

—¡Qué pases un buen día!

—¡Tú también, Ana! ¡Hoy es tu día!

Páginas web de interés

ALLPE Medio Ambiente www.medioambiente.org

Asociación de Economía Ecológica de España www.ecoeco.es

Carbon Trade Watch
www.carbontradewatch.org

Climate Action Network Europa
www.climnet.org/publicawareness/spanishintro.htm

Climate Justice Now
www.climate-justice-now.org

Ecologistas en Acción
www.ecologistasenaccion.org/rubrique.php3?id_rubrique=4

Fondo Mundial para la Naturaleza/Adena www.wwf.es

Global Environment Facility www.thegef.org/gef

Greenpeace España
www.greenpeace.org/espana/es

Grupo de Rehabilitación de la Fauna Autóctona y su Hábitat www.grefa.org

Panel Intergubernamental para el Cambio Climático
www.ipcc.ch/home_languages_main_spanish.shtml

Research & Degrowth www.degrowth.eu

Sociedad Española de Ornitología (SEO/BirdLife) www.seo.org

The International Society for Ecological Economics www.isecoeco.org

United Nations Framework Convention on Climate Change (UNFCCC)
www.unfccc.int/2860.php

Premios Sofía (1998-2013)

En 1997, el escritor noruego Jostein Gaarder y su mujer Siri Dannevig crearon la Fundación Sofía (www.sophieprize.org), encargada de otorgar un premio internacional dotado con 100.000 \$ (unos 75.000 €), procedentes de los beneficios obtenidos por el libro del autor *El mundo de Sofía*. Un jurado y una junta directiva han venido premiando desde entonces cada año la mejor labor de quienes trabajan en la defensa del medioambiente y luchan por un futuro sostenible. Lamentablemente, este premio no cuenta ya con los fondos necesarios para continuar en los próximos años.

2013 / Bill McKibben (Palo Alto, Estados Unidos, 1960)

Escritor y periodista estadounidense. Es conocido por sus escritos sobre el impacto del calentamiento global.

2012 / Eva Joly (Oslo, Noruega, 1943)

Magistrada y eurodiputada francesa, de origen noruego, por el partido Europe Écologie-Les Verts. Es conocida por su lucha contra la codicia del sistema económico y los problemas sociales y ambientales que de ella se derivan.

2011 / Tristram Stuart (Londres, Reino Unido, 1977)

Activista y escritor británico. Trabaja con gran entusiasmo en la concienciación ciudadana sobre el escandaloso despilfarro que se hace de los alimentos.

2010 / James E. Hansen (Denison, Estados Unidos, 1941)

Científico, activista y profesor estadounidense. Sus resultados, desde hace ya décadas, sobre el peligro del cambio climático para el planeta encontraron la oposición de los políticos y organismos más conservadores de Estados Unidos.

2009 / Marina Silva (Río Branco, Brasil, 1958)

Exministra de Medio Ambiente y activista brasileña. Conocida por su coraje, creatividad, capacidad para forjar alianzas y, sobre todo, por su lucha por la protección y conservación de la selva amazónica.

2008 / Gretchen C. Daily (Estados Unidos, 1964)

Bióloga estadounidense. Conocida por ser una visionaria en el debate sobre desarrollo sostenible y conservación de la diversidad biológica. Se ha centrado en la búsqueda de soluciones prácticas, y ha demostrado que hay argumentos económicos para conservar las especies y los ecosistemas y que esta dimensión se puede incluir en las decisiones políticas locales e internacionales.

2007 / Göran Persson (Södermanland, Suecia, 1949)

Primer ministro de Suecia (1996-2006). Durante su mandato, Suecia se convirtió en una nación líder en política ambiental, yendo incluso más allá de lo requerido por el protocolo de Kyoto, priorizando el desarrollo sostenible a corto plazo, reduciendo la emisión de gases de efecto invernadero y apostando por el biocombustible.

2006 / Romina Picolotti (Córdoba, Argentina, 1971)

Abogada y política medioambiental y activista de los Derechos Humanos. Ha llevado a cabo un trabajo pionero en vincular la destrucción del medioambiente con la lucha por los derechos humanos básicos, desafiando a las multinacionales y a las instituciones financieras, como el Banco Mundial, por los negativos efectos sociales y ambientales de sus operaciones.

2005 / Sheila Watt-Cloutier (Nunavik, Canadá, 1953)

Activista inuit canadiense. Llamó la atención del mundo sobre los devastadores efectos humanos en el cambio climático por emisiones de sustancias químicas tóxicas, especialmente en el Ártico, que está produciendo un rápido deshielo y afectando a las poblaciones esquimales que viven en la zona ártica.

2004 / Wangari Maathai (Nyeri, Kenia, 1940-Nairobi, 2011)

Activista medioambiental. Esta Premio Nobel de la Paz 2004 luchó con gran valentía por las mujeres, la protección del medio, los derechos humanos, la justicia social, la dignidad humana y la democracia en África. Su Movimiento Cinturón Verde consiguió que millones de árboles fuesen plantados en comunidades rurales pobres para mejorar su modo de vida (entornos más verdes y menos contaminantes, obtención de leña, madera, forraje o frutas) y proteger el medio ambiente (evitar la erosión del suelo, mejorar la fertilidad de la tierra y conservar la diversidad biológica).

2003 / John Pilger (Sydney, Australia, 1939)

Valiente y destacado periodista y director documentalista. Contribuyó a descubrir las mentiras y la propaganda de los poderosos, sobre todo en lo que respecta a guerras, conflictos de intereses y explotación económica de las personas y los recursos naturales. Sus documentales, artículos y libros han provocado un debate en las agendas ocultas del

poder y ha conseguido involucrar al público, moral y políticamente, en la protección de los débiles.

2002 / Su Santidad Bartolomé I (Imbros/Gökçeada, Turquía, 1940)

Arzobispo de Constantinopla, líder espiritual del mundo cristiano ortodoxo. Conocido como el «Patriarca Verde». Se ha pronunciado en contra de la injusticia, desafiando la actual globalización de la economía, que agranda la brecha entre ricos y pobres y conduce a un consumo excesivo. Ha logrado elevar la conciencia ambiental de 300 millones de fieles en todo el mundo y ha desafiado a otros líderes religiosos a que hagan lo mismo.

2001 / ATTAC (Asociación para una Tasa en las Transacciones Financieras para Ayuda a los Ciudadanos)

Movimiento social internacional surgido en Francia en 1997. Su movilización de miles de personas en todo el mundo en defensa de valores como la solidaridad y la justicia ambiental y en contra de la globalización financiera y el neoliberalismo se debe a que considera que estos dos últimos alimentan la desigualdad y la marginación de los más pobres, aparte de destruir con rapidez el medioambiente y las estructuras democráticas, provocando crisis económicas e inestabilidad.

2000 / Sheri Liao o Liao Xiaoyi (Chongqing, China, 1954)

Periodista y activista medioambiental. En 1996 fundó la ONG Aldea Global de Beijing (GVB) e inició una serie de proyectos de medioambiente que, gracias a los medios de comunicación, logró movilizar a millones de chinos para trabajar en equipo y cambiar el estilo de vida basándose en el consumo sostenible. Esta periodista tiene su propio programa de televisión sobre medioambiente desde hace años, ejerciendo una gran influencia en el país.

1999 / Herman Daly (Houston, EE.UU., 1938) y **Thomas Kocherry** (Kerala, India, 1940)

Profesor de Economía y ecologista (H. D.). Activista religioso, abogado y con estudios de Química, Zoología y Botánica (Th. K.). Ambos han demostrado que las actuales políticas económicas empobrecen a la gente y el medioambiente. Cada uno de ellos ha contribuido a cambiar el curso de los efectos adversos de la globalización económica y sus consecuencias para la gestión de recursos, incluida la pesca masiva en las costas de India.

1998 / Environmental Rights Action (ERA, miembro de Amigos de la Tierra Internacional)

ONG fundada en Nigeria en 1993. Su trabajo se ha centrado en la lucha para que las

empresas internacionales y el gobierno tomen medidas responsables que detengan la violación de los derechos humanos y del medioambiente. Con varios de sus activistas en la cárcel, esta ONG ha jugado un importante papel en la difusión de los graves daños causados por las empresas petrolíferas que operan en el delta del Níger.

Título original: *Anna. En fabel om klodens klima og miljø*

Edición en formato digital: octubre de 2013

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© De la ilustración de cubierta, Alessandro Gottardo
© 2013, H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS
© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-69-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La Tierra de Ana	5
Paseo en trineo	7
El doctor Benjamín	9
El terminal	18
Luces de emergencia	22
La bisabuela	24
Las cajas rojas	27
El paraguas	32
El petróleo	33
Los dromedarios	36
Archivo	37
Caravana	40
Las listas rojas	42
Noche de invierno	45
Patrimonio de la humanidad	47
Los globos	51
La piscina	52
Los tulipanes	54
La llave de contacto	55
Los senderos	58
La granja de verano	59
Cuotas de emisiones	62
Una nueva oportunidad	64
Los coches blancos	69
La rana	70
Los autómatas verdes	73
Gamificación	74

Bonitas casas de fin de semana	81
El anillo de Aladino	82
El Tribunal Internacional del Clima	86
Las manoplas	88
El parque zoológico	90
Identidad	91
El planeta	93
Carta en la red	94
Un error de lógica	98
El bisabuelo	99
El pueblo	103
Ester	104
Páginas web de interés	108
Premios Sofía	110
Créditos	114